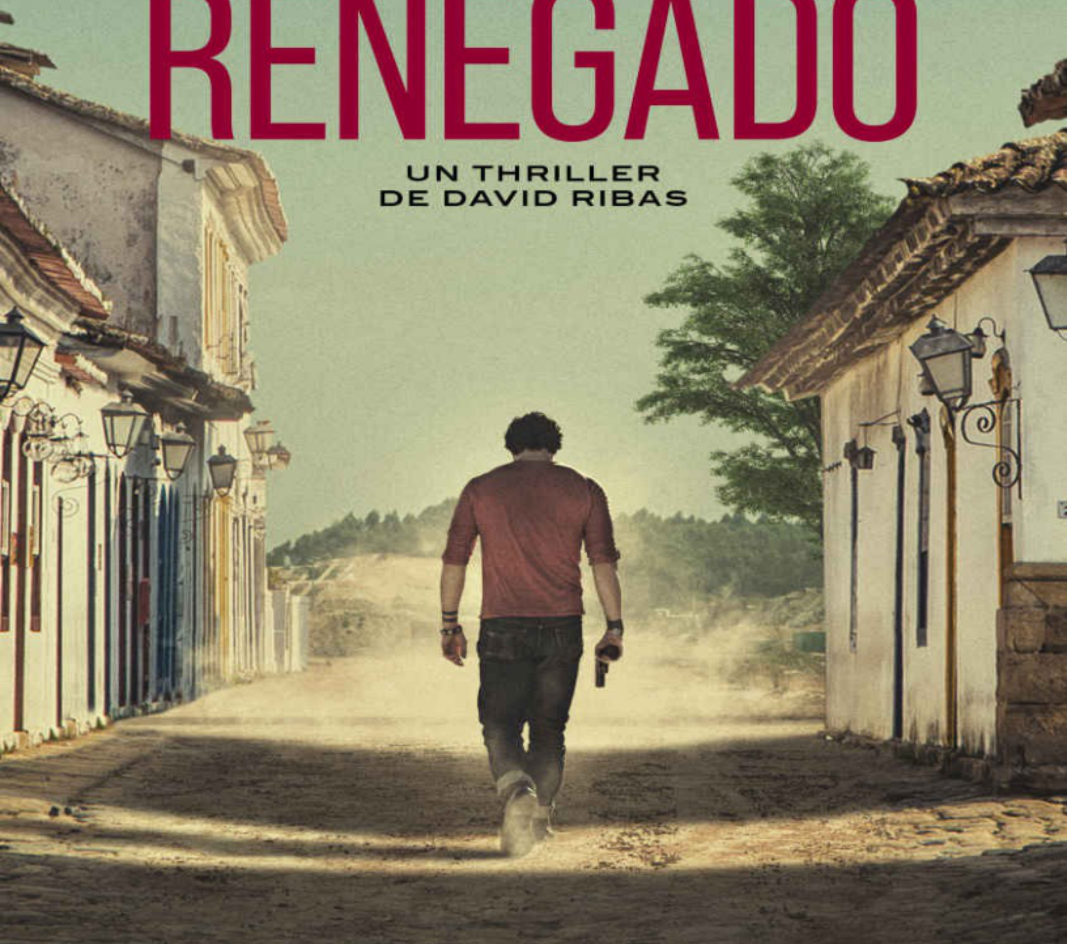
ALFREDO DE BRAGANZA

EL ESPÍA RENEGADO

UN THRILLER
DE DAVID RIBAS



EL ESPÍA RENEGADO



ALFREDO DE BRAGANZA

Maquetación: Autopublicamos.com

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/

Redes sociales del autor:





Obtén una copia digital GRATIS de mi novela *El secuestro* y mantente informado sobre mis futuras publicaciones. Suscríbete en este enlace: https://alfredodebraganza.com/novelagratis/

A Maya.

A Dino y Ariam.

A los agentes del CNI, que trabajan abnegadamente en proteger los intereses de España y a sus ciudadanos, renunciando a la tranquilidad y placeres que disfrutamos la mayoría.

«Una historia no tiene ni principio ni fin, tan solo puertas de entrada».
Carlos Ruiz Zafón

«Piensa honestamente.
Entrena constante y mentalmente.
Ponte al tanto de varias artes marciales.
Conoce los caminos de otras profesiones.
Distingue las ventajas y desventajas de cualquier asunto.
Aprende a ver las cosas con un enfoque preciso.
Percibe y comprende aquellas cosas que a simple vista no se pueden ver.
Presta atención aun en los pequeños detalles.
Haz cosas útiles».
Miyamoto Musashi en su *Go-rin no sho*, tratado sobre el *kenjutsu*

PREFACIO

El ruido de sus zapatillas al correr sobre la gravilla resonaba con fuerza. El camino estaba flanqueado de árboles. Ella vestía pantalón vaquero corto hasta las rodillas y una camiseta blanca. Era una chica de aspecto extranjero, vigorosa, sana y de complexión atlética.

Tenía el rostro lleno de terror, ansiedad y del más absoluto agotamiento. Miraba cada dos por tres hacia atrás por si los hombres que la perseguían estuvieran cerca.

Se llamaba Sofía y era española.

La joven se encontraba en el sur de la India, a poca distancia de la ciudad de Pondicherry, antigua colonia francesa.

Daba largas zancadas rítmicas, intentando emular los consejos que le dio en su día el profesor de Educación Física de su instituto de Madrid.

A pesar del ardor en el pecho y el dolor en las piernas, el deseo de vivir y la adrenalina le impulsaban a seguir adelante. No quería morir.

Se paró y tomó aire. Los rayos del sol al atardecer proyectaban su sombra contra el camino polvoriento de tierra al que había accedido.

Hacía unos días había celebrado sus veinticuatro años de edad, por lo que viajó al sur de la India junto con un grupo de amigos para explorar la región de Tamil Nadu, en concreto, Pondicherry, y su legado francés, con sus villas coloniales de color mostaza, calles bordeadas de árboles e iglesias católicas.

Pero también porque habían sido invitados por Irene y su novio Sandeep a visitarles en Auroville.

Irene era una amiga suya del instituto que había conocido en Barcelona a Sandeep, y juntos se habían hecho miembros de la comunidad de Auroville, donde llevaban viviendo dos años. Con motivo del cumpleaños de Sofía, le pidieron hacerles una visita con los demás amigos.

La Ciudad de la Aurora, más conocida como Auroville, era una comunidad fundada en los años setenta durante la época *hippy*, donde, entre otras actividades, daban especial consideración a la ecología, siguiendo las prácticas del llamado yoga integral del maestro y filósofo Sri Aurobindo. Los residentes solían ser en su mayoría indios, pero también los había de otras nacionalidades; alemanes, franceses, italianos y españoles, entre otros. Ahí convivían abrazados a la naturaleza, dedicados a la meditación, a la artesanía o a la agricultura orgánica.

Ahora, Sofía se había ubicado. Dejó de correr y se sentó en el suelo de tierra a tomar aire. Su corazón golpeaba con fuerza y sus piernas temblaban. Tomaba aire profunda y velozmente. Alzó la mirada. Si seguía en aquella dirección, conseguiría alcanzar la carretera principal y pedir ayuda.

Escuchó un ruido. Sus asustados ojos miraron a su alrededor. Temía por su vida.

¿Quiénes eran? ¿Por qué habían matado a sus amigos?

Estaban reunidos en el exterior de la caseta de Irene y Sandeep, riendo, hablando sobre las experiencias de cada uno en la India, bebiendo cerveza Kingfisher y comiendo *chicken tikka*.

Carlota y Paco a pesar de disfrutar del paisaje, y en general, de aquella parte de la India, consideraban que Auroville con sus «movidas» de observación interior y energías vitales desprendía un tufillo a secta o reducto «new age», «que apestaba a lavado de cerebro de mentes débiles», «una versión descafeinada de cooperativa kibutz, a la que habían querido imitar».

Irene y Sandeep no se enfadaron, comprendían ese primer rechazo.

—Es como querer construir una ciudad con base en una utopía —siguió comentando Carlota—. Además, considero que vuestras normas son muy elitistas y sectarias. Por ejemplo, para que yo pueda residir aquí tengo que pasar un proceso de varios meses, primero como voluntaria…

Irene la interrumpió con una sonrisa y le respondió de forma muy pausada.

—Eso tiene un sentido, porque, a fin de cuentas, esta es una comunidad que trabaja en equipo. Nos regimos por una filosofía comunitaria en la que tanto el individuo como la comunidad deben conocerse y aceptarse el uno al otro.

Irene y Sandeep les rebatían con paciencia, dándoles sus puntos de vista.

En una ocasión, Fernando dijo que Sandeep parecía raro, que pretendía ser alguien que en verdad no era. Estuvieron de acuerdo Carlota y Paco, argumentando que su modo de quedarse quieto y mirar a los ojos de otras personas desprendía misterio, desconfianza. «Incluso sus modales». «Hay algo raro en él». Lo que resultaba innegable, y todos estaban de acuerdo, era que con el magnetismo de su personalidad había encandilado tanto a Irene que esta hacía todo cuanto él le decía.

Pero Sofía, en cambio, desestimó aquellas opiniones. Creía que eran meros celos hacia el novio de Irene, amiga desde la infancia de todos ellos. Aún no aceptaban que ella se hubiera enamorado de un joven guapo de nacionalidad india.

Justo cuando Sandeep compartía la tercera bandeja de pollo con

masala, entraron tres personas desconocidas. Altos, con el pelo corto, atléticos: no daban la impresión de ser turistas, ni indios ni residentes de Auroville.

Los visitantes observaron los rostros de cada uno de ellos. Aunque tenían aspecto extranjero, preguntaron en español por Sofía Ferrer. Fernando les contestó que se había ido a comprar más cervezas y que no tardaría en volver. Entonces, uno de ellos le disparó en la cabeza. Paco se levantó, pero recibió dos tiros en el pecho. Sandeep se abalanzó sobre él, pero otro le lanzó al suelo de un empujón. Irene y Carlota salieron corriendo por la puerta trasera, internándose en el bosque.

—¡Corre, corre! —gritó Carlota.

Irene extendió la mano para que su amiga la cogiera y correr juntas, pero su cuerpo cayó hacia adelante con dos disparos en la espalda.

—Dios mío, no, no —suplicó Carlota entre sollozos.

Sacó del bolsillo su teléfono móvil, pero estaba tan nerviosa y le temblaban tanto las manos que el aparato se le cayó al suelo. Les escuchó acercarse y, en vez de seguir adelante, se internó en el bosque, en dirección a la parte trasera de la caseta sin saberlo.

Uno de los hombres disparó una bala sobre el cuerpo de Irene, quien, aún herida, suplicaba por su vida, y siguieron corriendo en dirección recta hasta que se percataron de que no era la ruta que la otra chica había tomado.

Mientras, Sofía llegaba a la caseta sosteniendo con ambas manos una bolsa con botellas de cerveza fría Kingfisher. Al ver a sus amigos muertos en el suelo, llenos de sangre, se quedó petrificada, sin reaccionar. La bolsa se le cayó de las manos, rompiéndose una botella al impactar contra el suelo. Entonces, soltó un grito ahogado de terror y retrocedió hasta el exterior.

Carlota se sorprendió al darse cuenta de que había tomado la dirección equivocada, y que, no sabía cómo, había regresado a las inmediaciones de la casa. Vio desde la distancia a Sofía, que permanecía de pie en estado de *shock* con las manos en la boca, y corrió a su encuentro, llegando con la respiración agitaba y presa del miedo. Cogió a su amiga de un brazo y la empujó hacia el bosque.

—Tenemos que irnos de aquí, Sofía. Nos van a matar. ¡Corre!

PARTE UNO

EL DESTINO JUEGA SUS CARTAS

1

La plaza y las calles adyacentes estaban llenas de gente, plagadas de soldados armados. Muchos, con banderas verdes y amarillas de Hizbulá, gritaban: «Oh, Salameh. Oh, amado, ¡golpea, golpea a Tel Aviv!».

Desde la azotea, Laura García y David Ribas vieron al general Farouk Salameh de Hizbulá, situado al lado de la plataforma, con un uniforme desteñido pero engalanado.

Los dos estaban bajo una lona de camuflaje. Él iba vestido con una túnica blanca. Ella con la vestimenta típica llamada *abaya*, de color gris oscuro. Ambos sudaban profusamente.

Se encontraban en un suburbio al sur de Beirut. Habían entrado al Líbano desde Siria, como pasajeros en un camión largo y blanco con las siglas UN escritas a ambos lados. Una vez infiltrados en el país, habían adquirido todo el equipo a través de contactos locales del servicio secreto israelí.

Cuatro guardias personales armados hasta los dientes protegían al general. A su alrededor había un grupo de hombres pertenecientes a diversas facciones. Unos iban completamente de negro, los uniformes de otros eran de camuflaje y estaban quienes llevaban las cabezas cubiertas con pañuelos a cuadros blancos y rojos, el tocado denominado kufiya.

Varios soldados se subieron al estrado y lanzaron consignas de combate. Todos ellos eran fuertes, jóvenes y con la barba bien cuidada. Gritaron algo en árabe y se quedaron en posición militar, erguidos como un palo.

—¿Quiénes son? —preguntó Laura, mirando a través de unos pequeños pero potentes binoculares.

Él permanecía inmóvil en el suelo, sosteniendo en sus brazos el fusil mientras miraba a través del telescopio.

—Supongo que militares importantes de la unidad del general Salameh —respondió David; observó varios segundos antes de volver a comentar—: No te quepa duda de que son luchadores de élite. Los que hay más a la izquierda dudo que sean soldados de verdad.

—¿Por qué lo dices?

—La forma en que se mueven delata que son guerrilleros. De lo contrario, estarían en formación como los otros, que dan una imagen

de haber recibido una exigente preparación militar.

David desvió la mirada a través de sus binoculares y observó a lo alto de los edificios próximos a la plaza: en todas las azoteas había francotiradores.

A los pies de los españoles había un hombre tendido, vestido con uniforme militar de Hizbulá. Estaba inconsciente debido a la medicina y somnífero que le habían inyectado. Se llamaba Lior Allon, y era un agente del servicio de inteligencia israelí.

Por la dificultad de la misión y la falta de tiempo, los israelíes no podían enviar a un experto militar para infiltrarse con Laura en Líbano. Ella propuso a David Ribas, quien no dudó en ayudarla para rescatar a una persona tan querida para ella como lo era Lior. Los israelíes se mostraron reticentes al principio, ya que les gustaba hacer las cosas por sí mismos. Aun con cierta reticencia al final tuvieron que admitir que era la mejor opción.

Un hombre que sostenía un micro pidió al general que subiera.

—Creo que este es nuestro momento —dijo Laura.

David ajustó la mira y enfocó la cabeza del terrorista en la retícula. El cañón del rifle asomó por debajo de la lona.

El general Salameh subió a la plataforma y fue recibido por el hombre del micrófono con un abrazo y dos besos en ambas mejillas. Cogió el micrófono y comenzó a hablar.

—Hizbulá está en la primera línea de la campaña de defensa de la nación palestina y de la Resistencia y, sin duda, seguirá en el camino hasta el final. Ninguna amenaza puede socavar nuestra resolución y determinación. Triunfaremos. Me dispongo a llevar a cabo un servicio a Alá para que nos dé gloria y fuerzas para destruir a los enemigos de nuestra gran nación. ¿Quiénes son? —El general se irguió, orgulloso —. Todos lo sabéis, queridos hermanos, los sionistas y los imperialistas. Desde el río hasta el mar recobraremos la gloria de Palestina y con la corona de Al Quds, desde el mar hasta el río, eliminaremos de la faz de la Tierra a los sionistas. A esos infieles que profanan, envenenan y contaminan la tierra que pisan. Que Alá condene a Israel.

De pronto se escuchó el ruido del rotor de un helicóptero.

Laura volvió la cabeza y observó a David, que hacía girar la ruedecilla de la mira.

—David, dispara.

—Espera.

El helicóptero redujo la velocidad, sobrevoló el edificio donde estaban apostados y en un instante batía el aire como un ventilador gigante de techo.

La voz de Laura se endureció.

—Hazlo, ¡ya!

El general hizo gestos a un lugarteniente para que subiera a la plataforma a un hombre encapuchado cuyas manos llevaba atadas a la espalda.

—Y aquí —comenzó a decir conforme el prisionero era llevado a la fuerza al estrado; la gente aplaudía y gritaba consignas; los soldados mostraban sus fusiles en alto y lanzaban gritos de combate—. Tenemos a un espía israelí. Que lo sepa el mundo entero.

Desde el helicóptero no detectaron peligro en la azotea y continuaron sobrevolando otros edificios de alrededor.

El público gritaba lealtad a Hizbulá mientras el general sonreía de orgullo. Levantó el brazo para quitar el pasamontañas al prisionero. Al hacerlo, dio un respingo hacia atrás con asombro. Era personal de su seguridad privada. Parecía drogado, ya que no tenía aspecto de saber dónde estaba.

Pero el general Salameh no tuvo tiempo de dar la alarma, en ese momento, el dedo de David apretó el gatillo. La bala impactó contra la cabeza del terrorista, explosionando en una nube de sangre.

A varios kilómetros de distancia, Eli, director de los servicios secretos israelíes y artífice de la operación, sintió cómo la adrenalina hizo que su corazón bombeara con más rapidez y fuerza.

Él había organizado en una anterior ocasión otra misión con Laura, pero en Irán, junto con un equipo de biólogos. Especializado en política exterior y analista de Inteligencia, no consideraba a la cúpula de Hizbulá como lunáticos ni mentirosos, sino calculadores, racionales y malvados, así pues, ejecutaba sus acciones en consonancia.

Tras ver en sus pantallas que el general estaba abatido, dio luz verde al siguiente paso de la misión.

Un helicóptero Sikorsky UH-60 Black Hawk y otro Apache aparecieron de la nada, silenciosos, en lo alto del cielo.

Los aparatos pertenecían a una unidad de élite de las Fuerzas de Defensa Israelíes (IDF). Habían despegado desde una base secreta en el desierto de Néguev con centenares de litros de carburante diésel de reserva, donde realizaban prácticas incluso sin pilotar: supervisando por ordenador con piloto automático. Cada cierto tiempo realizaban maniobras con el propósito de ascender o descender por diversas rutas hasta con los ojos cerrados, perfeccionando la habilidad de pilotar con giros, disminuciones o aumentos de velocidad.

Mientras el Apache se adelantaba, el Black Hawk procedía a rescatar de la azotea a los operativos españoles y al hombre que permanecía tendido.

El Apache derribó al helicóptero de Hizbulá y enseguida apareció sobre los simpatizantes y terroristas, que veían con absoluta perplejidad y asombro el enorme aparato. ¿Sería todo parte de algún ensayo?, llegó a pensar más de uno. Esto fue la perdición de muchos

terroristas armados, quienes, debido a la incredulidad y no al miedo, quedaron varios instantes sin reaccionar, y eso significaba la muerte.

El Apache empezó a disparar con sus ametralladoras de treinta milímetros a toda aquella gente armada, destrozándoles y convirtiendo a todo ser vivo en restos sangrientos.

—Ahora es el momento —dijo David.

Laura tiró de la lona mientras él disparaba a un francotirador en una azotea.

Comenzó a oírse el zumbido del helicóptero Black Hawk que se acercaba. Enseguida el aparato estaba justo encima de ellos. La operación se llevó a cabo con extremada rapidez.

El comando israelí abrió una puerta lateral y descendió una camilla. Laura y David pusieron el arnés alrededor del cuerpo de Lior, ajustaron los cables de la camilla a los bordes y de inmediato desde el helicóptero lo alzaron rápidamente hasta el interior.

Entonces, desde arriba tiraron dos arneses. David le tendió uno a Laura, que se colocó con premura, pero en ese momento él recibió un disparo en el hombro que le hizo caer al suelo. Enseguida, Laura se desprendió de las ligaduras de su arnés y desde abajo, con aspavientos, le indicó al soldado de la IDF del helicóptero que se marchara.

El piloto hizo lo que se le ordenó, informando al Apache.

—Vámonos —gritó Laura, ayudando a David a levantarse.

De repente, el Apache dejó de disparar y, así como apareció de la nada, se apresuró a desaparecer del cielo, dejando en tierra un reguero de muerte y heridos entre los soldados de Hizbulá. En ese momento se unió al Black Hawk y juntos regresaron a toda velocidad a casa.

Los españoles dejaron todo allí y se apresuraron para huir. Mientras corrían agachados, una lluvia de balas impactó contra el hormigón, antenas de televisión y depósitos de agua.

Abrieron la puerta de la azotea, bajaron al quinto piso. Allí entraron en un apartamento y, cruzando el interior de la vivienda, llegaron a la parte de atrás, donde descendieron con los pies apoyados contra la pared y con unas sogas asiéndoles las axilas.

En la sala de operaciones israelíes, Eli mantenía la compostura. Aun habiendo rescatado a su compatriota, que había sido secuestrado por Hizbulá, no todo salió como estaba previsto.

Vio por las pantallas las imágenes vía satélite que mostraban a Laura ayudando a David, con síntomas de estar herido al trastabillar en dos ocasiones, mientras huían del lugar para no caer en manos de Hizbulá.

Eli suspiró.

—Si llegan a salvo al piso franco, pondremos en acción una operación relámpago.

—Dudo que lo consigan —comentó un comandante del Ejército, viendo en otra pantalla el caos en las calles de alrededor.

—No los subestimes. Es más, para ir ganando tiempo, voy a llamar al primer ministro para recibir su autorización, y a ti te pido que vayas organizando el equipo para la extracción.

Laura y David saltaron al asfalto y corrieron por un callejón. Él parecía ignorar el terrible daño de la bala que le había impactado a la altura del hombro. Pero Laura le agarró y le hizo parar.

—Un momento —dijo ella, jadeando, pretendiendo tomar aire.

David alzó la mirada hacia las azoteas y luego observó el otro lado del callejón; por la calle paralela corría la gente despavorida, gritando. En ese instante, Laura sacó del interior de su ropa una pequeña jeringuilla y, sin que él pudiera decir algo, se la clavó en un brazo.

—Por Dios, Laura —dijo David entre dientes, sosteniéndose en la pared—. Avísame antes.

—No quisiera cargarte sobre mis espaldas —añadió ella con una sonrisa.

La droga que le había inyectado produjo enseguida a David una potente dosis de energía.

Continuaron la marcha. A continuación, doblaron la esquina y, aminorando el ritmo, caminaron hacia la calle principal.

2

Laura se cubrió la cabeza con un pañuelo y David se puso una gorra que llevaba guardada en el bolsillo.

—Conviene que nos separemos —dijo él.

—Entonces, tú sigues adelante. Mézclate con la gente que está ayudando a los heridos. De este modo, con la sangre en tu hombro, pasarás desapercibido. Nos vemos en el piso franco.

—Laura…

—Si las cosas se ponen feas, ten por seguro que no me cogerán viva. —Su voz sonó determinante. Su mirada era fría. Tenía un control de sí misma que David no pudo más que admirar su coraje—. Me pegaré un tiro.

—Eso no será necesario. Todo saldrá bien.

—Me gustas cuando te pones optimista pero tú harás lo mismo —se lo dijo muy en serio.

Él no contestó y, tomando la iniciativa, caminó por delante. Una columna de policías y otra de vehículos de Hizbulá cruzaron la calle con las sirenas ululando y gritando órdenes a través de altavoces.

La gente corría a la desbandada en todas las direcciones. Un grupo de ambulancias aparecieron con sus sirenas y luces encendidas. Los dos se mezclaron entre la ruidosa multitud.

David se paró en un lateral. No iba a dejar sola a Laura. Así pues decidió seguirla de cerca en caso de cualquier situación de peligro en la que se encontrara.

Él notó que Laura caminaba demasiado deprisa. Además, llevaba un brazo dentro de su vestimenta: sujeta a la axila tenía una pistola. Esto podría despertar la curiosidad en un terrorista espabilado.

La vio entrar en una calle. Desde lo alto de un *jeep*, dos soldados la habían estado observando. Algo les terminó llamando la atención: sus movimientos corporales no se correspondían con los de una mujer libanesa. Uno de ellos habló por un *walkie-talkie*, saltaron del vehículo y fueron a su encuentro. Agentes extranjeros infiltrados y disfrazados de mujeres no eran inusuales, menos aún al ser retratados en películas y producciones de series de televisión occidentales.

David se abrió paso entre el gentío, cruzó la calle y corrió en su ayuda.

Laura caminaba con prisa cuando de repente se encontró de frente

con tres soldados, bloqueándole el paso. Levantaron sus fusiles. Uno de ellos le ordenó que se pusiera de rodillas.

Ella hizo lo que le dijo, pero aprovechó su movimiento para sacar la pistola y disparar. Sus balas impactaron mortalmente en dos de ellos, pero el tercero consiguió apretar antes el gatillo de su fusil y en la ráfaga que salió de su arma perforó el costado de Laura, cayendo hacia atrás.

En ese instante, aparecieron por detrás los dos soldados que habían dado el aviso. Se acercaron hacia la figura de mujer con los fusiles por delante. Le gritaron en árabe que soltara la pistola. Entonces, apareció David levantando su arma: le disparó un tiro en la cabeza a uno y después al otro.

Se aproximó a Laura, pero uno de los soldados que había caído levantó su fusil y disparó. La bala dio a David en su hombro derecho, justo al lado de la herida de bala que había recibido de un francotirador en la azotea, cayendo de costado. Él levantó su pistola y le disparó en el pecho antes de que volviera a apretar el gatillo.

Laura intentó incorporarse.

—¿Por qué tenías que seguirme?

—¿Es este tu modo de agradecérmelo? —preguntó siendo irónico. Ayudó a Laura a levantarse—. Venga, Laura. Saldremos de esta.

Ella le miró a los ojos y suspiró.

—¿Siempre eres tan optimista?

—Sí, porque, para empezar, las posibilidades de que escapemos aún son altas. —Vio a lo lejos un hombre intentando abrir la puerta de su coche Kia blanco—. Espérame aquí.

Corrió hacia él y, poniéndole la pistola en el costado, le espetó:

—Dame las llaves. —El aterrado hombre se las dio—. Ahora, lárgate de aquí o te mato.

El horrorizado hombre salió corriendo a toda prisa.

David arrancó, dio una vuelta de sentido, se metió en la calle y recogió a Laura, tumbándola en el asiento de pasajeros. Tenía todo su vestido manchado de sangre.

David corrió a sentarse frente al volante, aceleró calle arriba.

Ella se fijó en el pecho de David, lleno de sangre.

—Estás herido.

—En el hombro, dos veces. Creo que el primer tiro es una herida limpia, ha salido por la espalda. Si me hubiera dado en el hueso, tendría más dolor. El segundo disparo, creo que me ha dejado la bala dentro. —Se giró hacia ella un instante—. Tú tapónate la herida. Con el chute que me has dado, aún no siento el dolor que tendré pronto.

Ella se quitó el pañuelo atado al cuello y lo presionó contra su costado.

David dobló a la derecha, luego a la izquierda, esquivó una

ambulancia y finalmente se internó en el tráfico.

—Tengo que ir más despacio.

Redujo la velocidad.

—David… Yo…

—Laura, no me des tus órdenes ahora. Me vas a escuchar lo que te voy a decir.

Ella sonrió. Perdía fuerzas. Estaba pálida. Todo su regazo estaba impregnado de sangre.

—A ver, genio, dime.

—Te dejo en el piso franco. Abres el armario donde tenemos el botiquín. Te tratas la herida, sabes qué inyecciones tomar. Yo me deshago de este coche lo más lejos que pueda, de lo contrario, peinarán toda la zona hasta dar con nosotros. El dueño ya habrá alertado del robo.

—¿Y después?

—Si en una hora como máximo no he llegado, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Pegarme un tiro.

—Eso es mejor de lo que te esperaría si te cogen con vida.

—¿Y tú?

David redujo la velocidad hasta aparcar junto a la acera, se giró y la miró con seriedad.

—Yo me ocuparé de que no lo hagas.

—Ah, claro, tú siempre tan optimista —afirmó ella, sonriendo.

No pasaba mucha gente por la acera. Cuando hubo cruzado una joven pareja, David salió del coche, dio la vuelta y abrió la puerta de pasajeros. Ayudó a Laura a taponar la herida. Le dio un beso en la frente.

—Métete en el portal lo más rápido posible.

Tan pronto ella desapareció en el interior del edificio, él puso en movimiento de nuevo el coche y se marchó a toda velocidad.

3

Cuando David entró en el portal, vio manchas de sangre en la escalera. Subió lo más rápido que pudo al apartamento situado en la tercera planta.

Al entrar, había más sangre en el suelo.

—¿Eres tú, David? —Oyó decir a Laura desde la habitación del fondo.

—Sí.

Él se dirigió a su encuentro. Trastabilló un instante y se tuvo que sujetar en la pared. Estaba perdiendo sangre. No podía permitirse caer inconsciente.

Vio a Laura tumbada en la cama del dormitorio principal, bocarriba y en ropa interior, bañada de sangre y con la pistola en la mano derecha. Sobre su cintura tenía una toalla. Sus ojos expresaban el dolor que sentía. David quitó la toalla impregnada de sangre e inspeccionó la herida en el costado derecho.

—Voy a tener que coserte. La buena noticia es que la bala hizo una herida limpia, no ha tocado la costilla ni el esternón.

—¿Y tú?

—Yo aún me mantengo. —David fue al baño y mojó un trapo de agua—. Voy a salir fuera a limpiar la sangre que ha caído en las escaleras.

Él tardó poco en volver.

—¿Te vio algún vecino? —preguntó Laura cada vez más pálida.

—No, por suerte aquí solo hay inquilinos mayores de edad y la mayor parte del tiempo están frente al televisor a todo volumen.

David se arrancó la túnica. Todo el pecho lo tenía cubierto de sangre. Sintió un alivio al despojarse de la ropa que tenía pegada al cuerpo con sangre y sudor. Se puso un parche en cada herida de bala.

—He accionado la alarma —murmuró Laura, entrecerrando los ojos.

—Ahora será cuestión de esperar a que vengan a rescatarnos.

David fue a la cocina con rapidez y puso a hervir agua de una cacerola. Luego fue al dispensario y sacó varias medicinas y gasas. Volvió al dormitorio.

—Te voy a poner una inyección de morfina y otra de novocaína.

—¿Crees que vendrán? —preguntó ella con un tono de voz débil.

—Por supuesto. Tú fuiste pareja de uno de ellos. Ha sido gracias a ti que él pudo volver a casa. Para ellos eres tan valiosa como Golda Meir.

Laura sonrió.

—Gracias a ti también, David. ¿Te he dicho que eres un optimista?

—Sí, varias veces. Eres una pesada.

Ella volvió a sonreír.

Él le administró las inyecciones.

—¿Lo has hecho alguna vez?

Él esbozó una mueca.

—Tantas que no me acuerdo.

Ella sonrió a su vez.

—Mentiroso —murmuró. Sus ojos se iban apagando.

David le puso una toalla enrollada en la boca, contra la que podía apretar los dientes.

Al comenzar a hurgar en la herida, su cuerpo dio varias sacudidas de forma espasmódica, luego quedó completamente inconsciente debido a la fuerte dosis que le había suministrado.

Trajo de la cocina el cazo hirviendo, suturó la herida y le colocó un apósito. Luego le cubrió el costado con una venda.

La cama estaba llena de sangre y también sus cuerpos.

Miró la pantalla del teléfono móvil de Laura. No podía abrirlo, estaba encriptado. Suspiró. Sus vidas estaban en manos de los israelíes. Dos días, tres. Si no consiguieran rescatarlos, él tenía pensado salir del apartamento con Laura tan pronto tuvieran fuerzas suficientes e intentar por sus propios medios huir del país.

Fue a la cocina. Se puso un trapo en la boca y se curó él mismo las heridas del hombro, siguiendo el mismo método.

Una vez terminado, se tumbó en la cama al lado de Laura. Se giró hacia ella. Le gustaba tenerla como compañera en una misión arriesgada como la que habían realizado. Poco a poco él también fue quedándose dormido, recordando unas palabras que ella le dijo en una ocasión acerca de su permanente estancia en la India: «El dolor es soledad».

Tan solo hacía unas horas habían conseguido entrar en la celda donde tenían secuestrado al espía israelí Lior Allon, antiguo compañero sentimental de Laura. Lo encontraron irreconocible; muy delgado y con una barba sucia, tirado en el suelo entre excrementos y orines, con delirios y temblores.

Él fue capturado en Irán, desde donde lo habían trasladado a Líbano para ser dejado a manos de Hizbulá. Aunque no tenían duda de que él era Lior, para confirmar la identidad a sus compatriotas, Laura tomó una foto de su rostro y la envió.

El servicio secreto israelí la recibió y de inmediato la procesó en su

base de datos de alta velocidad. Inmediatamente, el *software* de reconocimiento facial midió los píxeles de los ojos, analizó la estructura de los pómulos y del cráneo, y escaneó casi veinte aspectos faciales diferentes. Un instante después, Laura recibía la confirmación: aquel hombre era Lior Allon.

Entonces, David se quitó la mochila de la espalda y de su interior sacó un estuche lleno de medicinas y jeringas. Le dio varias inyecciones para bajar la fiebre alta y el sudor. Luego le dio una droga cuyos efectos duraban escasas dos horas. Era tan potente que abrió los ojos como platos y mantuvo todo el tiempo la mente clara hasta que perdió posteriormente el conocimiento en la azotea.

—«Una promesa es una nube» —dijo Laura.

El israelí sonrió.

—«Y el cumplimiento es la lluvia» —añadió él, completando el antiguo dicho persa que ambos acordaron en su día como contraseña.

David arrastró al interior de la celda a un soldado de Hizbulá que habían inmovilizado con un potente dardo e intercambiaron su ropa con la de Lior. Luego le inyectaron una droga que lo mantendría atontado durante un periodo de cinco horas. El tiempo suficiente como para que no sospecharan de él cuando le pusieran la capucha y lo sacaran al exterior ante la horda de simpatizantes y terroristas.

Ahora, tumbado en la cama, David pensó en el resultado de la operación.

De vuelta en Israel, Lior sería tratado por las heridas provocadas debido a los golpes recibidos y la tortura que había sufrido durante su cautiverio. Luego se iniciaría todo un proceso burocrático que duraría meses, en el que tendría que pasar una serie de trámites: entrevistas con psicólogos, con analistas de inteligencia para evaluar todo lo sucedido, y con miembros de la inteligencia militar. Las probabilidades de que hubiera sido aleccionado por la inteligencia iraní para utilizarlo como infiltrado o agente doble eran grandes, aunque sus más allegados la consideraran como improbable, mínima o irreal. Por esto, las fases de pruebas a las que sería sometido eran tan dispares como extrañas. No podría salir de su base hasta estar oficialmente limpio de cualquier duda.

Todo había salido según lo planeado, excepto el haber resultado los dos heridos. Los tranquilizantes y los potentes antibióticos que se habían suministrado a sí mismos comenzaron a surtir efecto. Notándolo, agarró la mano izquierda de Laura.

David cerró los ojos y cayó en un profundo sueño.

* * *

A UNA HORA intempestiva de la madrugada, un grupo de hombres

vestidos de uniforme militar de Hizbulá irrumpieron sigilosamente en el apartamento y se los llevaron consigo.

Sin embargo, el destino no era una prisión o una celda de interrogatorio, sino Israel. Una vez más, un comando de la unidad de élite del Ejército israelí, llamada Sayeret Matkal, se había infiltrado en un país extranjero y realizado con éxito una operación secreta.

4

Seis meses más tarde, en algún lugar de la costa de Kovalam, al sur del estado indio de Kerala, David Ribas se encontraba corriendo descalzo en la playa.

El sol se hundía en el océano, tornándose ámbar.

Hizo estiramientos, se quitó la camiseta y se adentró en el agua.

Esperó el momento propicio y se lanzó de cabeza después de ver como una de las olas rompía. Permaneció zambullido por debajo del oleaje y emergió unos metros más allá, donde el agua estaba más serena.

Estuvo nadando en paralelo a la orilla de la playa hasta que comenzó a tener molestias en el hombro. Se giró y se mantuvo flotando bocarriba, dejándose llevar por la corriente. Se sentía rejuvenecido y también algo eufórico, y un poco triste. Tuvo la imperiosa necesidad de gritar.

Miró hacia el cielo.

—¡Hoolaaa! —Se sintió bien con el desahogo de gritar a pleno pulmón, y lo repitió—. ¡Hoolaaa!

Trataba de no mover sus manos y sus pies, y quedar suspendido en el agua porque así se sentía relajado.

Cerró los ojos e intentó hacer un juego de meditación que en un tiempo no muy lejano le había enseñado un asceta hindú. Consistía en abandonar el cuerpo. En más de una ocasión lo había intentado, pero siempre daba marcha atrás, ya que temía que se pudiera dejar llevar y se autolesionara, o llegara incluso a matarse, debido a un daño cerebral.

Se imaginó estar contemplándose desde el cielo, flotando en el agua como si fuera un punto insignificante.

Había llegado a la costa de Kerala hacía varios meses, donde estuvo disfrutando de un tiempo de descanso fuera de las zonas urbanas y polución como la que vivía en Bombay, aparte de haberse recuperado de las heridas sufridas en Líbano.

El médico que le había tratado le recomendó en un principio una zona costera rodeada de la naturaleza y de aire puro. Peligros pulmonares debido a la alta contaminación en las ciudades, como el pulmón negro y la temida y silenciosa silicosis, mantenían afectadas a millones de personas en la India, especialmente en el estado de

Rajastán, donde los pulmones se llenan de polvo sobre todo debido a las tormentas de arena y por las canteras de arenisca.

Por eso decidió dejar su residencia habitual de Bombay y viajar a la región de Kerala, al suroeste de la India, en la costa Malabar del mar Arábigo, también conocida como «la tierra de los dioses», por su paraíso tropical y espectacular belleza.

Estaba hospedado en un centro de rehabilitación, construido en plena naturaleza, donde había estado recibiendo varias terapias de masajes con aceites y otros tratamientos ayurvédicos.

No solo era un lugar de rejuvenecimiento y curación, sino que se impartían clases de artes marciales. Así pues, durante este tiempo, había estado practicando el antiguo arte marcial *kalaripayattu*, que ya conocía, pero que quiso perfeccionar.

Su entrenador, un maestro veterano en este deporte, se llamaba Anoop Kumaran. Tenía el cabello muy abundante, negro y liso. Su bigote ancho le confería un aspecto de estrella de cine de los años ochenta. Solía realizar de vez en cuando espectáculos y exhibiciones públicas con sus discípulos en ferias de turismo financiadas por el Gobierno indio.

Con ayuda de Anoop, esta práctica le hizo muy bien para una rápida y pronta recuperación, especialmente en la circulación sanguínea, el tono muscular, la postura y sobre todo la coordinación neuromuscular.

David recibía su serie de peculiares y ancestrales masajes por un especialista utilizando los pies, que implicaba un alto nivel de habilidad y sensibilidad. Él permanecía tumbado bocabajo mientras el especialista, agarrándose de una cuerda tendida en el alto techo para obtener un equilibrio, usaba cortos y largos pasos, deslizándose poco a poco sobre los músculos de su cuerpo. Además de eliminar la acumulación de toxinas y ácidos lácticos, aumentaba su flujo de energía, le rompía el tejido cicatrizado y le estimulaba la circulación.

También había una sala dispuesta únicamente para la meditación. A David le agradaba esta combinación, la defensa personal y cultura física con el tratamiento fisioterapéutico y el cuidado de la salud mental.

Pero los días de descanso y recuperación se vieron ensombrecidos cuando le llegó la noticia por parte de un vendedor ambulante que había un extranjero dando vueltas por la zona, preguntando por él.

Desde entonces tomó sus precauciones. Evitaba el pueblo vecino y los lugares llenos de gente. Los autóctonos eran fáciles de sobornar y si veían de forma asidua a un peculiar extranjero o persona que no era del lugar, enseguida podían informar de su presencia a terceros. Por eso durante las semanas se mantenía casi todo el tiempo en la zona costera poco accesible.

Conforme pasaban los días desestimó el peligro. No solo esto, sino que se encontraba tan a gusto que tomó la decisión de quedarse a vivir en aquellas tierras. Estuvo visitando casas puestas a la venta y hablando con sus propietarios. Era hora de iniciar una nueva vida. Y dio un paso adelante.

Llamó por videoconferencia a Hassena, la jefa del crimen organizado, desde su teléfono móvil con tarjeta de prepago, que iba cambiando cada dos por tres para evitar ser detectado por quien quisiera dar con su paradero.

Fue ella quien le rescató del atentado terrorista en el hotel Taj Mahal Palace de Bombay, donde asesinaron a cientos de huéspedes, entre ellos a su mujer que estaba embarazada. Desde entonces, David había trabajado para Hassena.

No tenía pelos en la lengua, era de principios firmes y carácter fuerte, y, a veces, a su interlocutor pudiera parecerle impertinente. David esperaba que disparara su salva en cualquier momento. La conocía tan bien que enseguida se daba cuenta de su estado de ánimo debido a su tono de voz, cuando estaba enfadada era pausada y dulce.

Le contó sus planes futuros y le dijo que ya no volvería a Bombay, que había decidido instalarse en la costa de Kovalam, que había visto una casa junto al mar y tomado la decisión de comprarla. Ella no mostró sorpresa, lo cual le hizo pensar a David que Anoop le había pasado información acerca de él.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Yo te necesito en Bombay.

—Tienes a más gente.

—Sí, pero te necesito a ti. Va a comenzar la demolición en la zona de chabolas cerca del lado sur de DhaKarthi. El tribunal supremo no ha tomado en serio las protestas contra la demolición y han aprobado la construcción de un centro comercial. No van a dar indemnizaciones y seguramente habrá muchas muertes. Hay quien ha sufrido amenazas y ha vendido sus terrenos por unas pocas rupias. Si esto se convierte en efecto dominó, todos los residentes de las chabolas malvenderán lo poco que tienen. Se quieren hacer con la zona trozo a trozo.

En aquellos días, los tribunales estaban emitiendo órdenes de demolición, tirando abajo asentamientos ilegales o los que carecían de una planificación urbana. Las chabolas habían proliferado, convirtiéndose en enormes comunidades a lo largo de los años.

David intentó razonar con ella. Le contó que necesitaba dar un cambio a su vida, de lo contrario acabaría siendo lo que él nunca había pensado que fuera.

—¿Un asesino? —preguntó Hassena con sarcasmo—. David, de esto ya hemos hablado en el pasado. Haces lo que tienes que hacer

porque eres el mejor en ello. Como toda causa tiene sus efectos, tus acciones, aunque tengan que ser violentas, tienen consecuencias positivas en otras personas.

Antes de terminar la videoconferencia, ella le pidió meditar su decisión. Pero él le confirmó que su decisión era firme.

Flotando bocarriba, cerró los ojos. El único ruido que podía escuchar era el chapoteo del agua del mar contra su piel.

Hizo memoria de todos los últimos acontecimientos. No iba a disfrutar de una nueva vida. Su situación había dado un vuelco. El destino había jugado de nuevo con él.

* * *

HACÍA UNOS DÍAS, David se encontraba en el centro de rehabilitación con un asistente de Anoop, haciendo unos estiramientos con cuerdas elásticas, cuando el maestro de *kalaripayattu* le llamó para que se reuniera con él y otra persona en el jardín.

David llevaba puesto un pantalón negro muy corto y una camiseta blanca de algodón. Los otros dos hombres iban vestidos con el tradicional pareo de algodón llamado *lungui* y camiseta de tirantes. El calor durante los últimos días había sido intenso. Pero ese día el fresco viento procedente del mar Arábigo era agradable y hacía llevadero el clima.

—Este hombre se llama Narayanan —le dijo Anoop al presentarlo—. Es el líder de la comunidad de pescadores de Kalam Beach. No habla inglés ni hindi, solo malayalam.

El pescador era muy moreno, con bolsas prominentes en los ojos, calvo, tenía una prominente barriga. Sin embargo, sus movimientos eran ágiles y sus antebrazos musculados.

—Encantado —dijo David de forma cortés, juntando ambas palmas de las manos a la altura del pecho.

Luego Anoop alzó el brazo y señaló a un joven muy moreno y delgado que se mantenía de pie, guardando por respeto la distancia con los mayores.

—Y aquel chico es su hijo. —Al ver que todos miraban en su dirección, el joven juntó las palmas de las manos a la altura del pecho e hizo una leve inclinación. David le respondió con el mismo gesto—. Él sí que sabe inglés, pero Narayanan quiere que sea yo quien te traduzca lo que él te quiere decir.

Los tres se sentaron sobre la hierba. Los ruidosos cuervos indios, de más tamaño que la corneja negra y la grajilla occidental, revoloteaban sobre las palmeras con sus inconfundibles sonidos. Estas aves convivían junto con casi otras cien distintas en Kerala, en las que también destacaban cormoranes, garzas, loros, cucos, abubillas,

pájaros carpinteros, oropéndolas y currucas volando sobre los techos de hojas de palma de los cocoteros.

El joven tomó asiento sobre una piedra, sin perder la mirada en David, a quien observaba con profunda admiración. No todos los días podía estar tan cerca de un extranjero blanco. Pero aún más, el hecho de haber acudido a él, le confería un halo de heroísmo solo comparable al que representaban los actores indios en las películas masala de acción. Estaba cautivado.

Un empleado del centro llegó con una bandeja y tres vasos de agua de coco con lima y miel cruda.

Anoop sirvió un vaso al pescador, luego a David y otro lo tomó él. Dieron cortésmente unos sorbos y el empleado se los llevó de vuelta en la bandeja.

David observó a ambos y levantó las manos.

—¿Cuál es el motivo de esta reunión? —preguntó él, mirando a Anoop.

—David, este hombre ha venido expresamente a solicitarme que te pida tu ayuda.

—¿Yo? Sabes que estoy aquí guardando reposo, recuperándome físicamente —reflexionó por un instante. Aunque pudo suponer por qué acudían a él, quiso preguntarlo—. ¿De qué tipo de ayuda estamos hablando?

—He intentado que nadie supiera tu relación con Hassena *madame*, pero me ha sido imposible impedir que trascendiera la información fuera de mi propiedad. —Se sentía algo nervioso al revelarlo, así que buscó los argumentos más plausibles—. El personal del centro ha visto las heridas en tu cuerpo, causadas con armas de fuego y cuchillo… Has mantenido comunicación en maratí y en hindi con alguno… Comprende que, desde que llegaste, tu presencia causó mucha curiosidad… La gente local comenzó a hacer preguntas y se corrió la voz sobre tu grado de implicación con el crimen organizado.

—Dímelo claro —dijo David, frunciendo el ceño.

—Solo una persona como tú puede resolver la situación tan extrema en la que se encuentra la comunidad que lidera este hombre.

—¿Y la policía?

—No. Ellos reciben las órdenes de Karthi Rajendran.

—Karthi, ¿el político? ¿Qué interés tiene en la comunidad de pescadores de Kalam Beach?

—Quiere construir un resort y para ello está sembrando el terror en la zona.

—¿Y qué se supone que este señor quiere de mí? —preguntó, moviendo la cabeza hacia Narayanan—. ¿Comprar el terreno? No tengo ese dinero.

Anoop guardó silencio, miró al pescador, que permanecía quieto y

en silencio observando a David, y luego miró al suelo para levantar enseguida la mirada.

—Que lo mates —contestó con un tono frío sin apartarle la mirada de los ojos.

Antes de que David respondiera, Narayanan comenzó a narrar la situación de terror en la que vivía su comunidad con el político Karthi Rajendran y su total impunidad. Mientras hablaba en idioma malayalam, ininterrumpidamente y de corrido, Anoop traducía en inglés a David.

La última vez que Karthi les aterrorizó con su presencia y les hizo daño, sucedió dos días antes. Llegó a Kalam Beach con su séquito de amigos. Aparcaron sus coches caros, Toyotas y Audis, entre otros, golpeando y rompiendo varias barcas que estaban siendo reparadas.

Ocuparon la casa de un pescador. Obligaron a su familia a cocinar pescado frito para todos ellos. Al pescador le dijeron de hacer una hoguera en la playa. De los vehículos sacaron cajas llenas de botellas de alcohol.

Mientras narraba los hechos, se notó que el recuerdo de lo sucedido le estaba resultando doloroso.

Sobre la media noche llegaron más amigos de Karthi con chicas «blancas». Acabaron borrachos y varios de ellos se metieron dentro de la casa con las jóvenes. Algunos estaban tan intoxicados que violaron a la mujer y a la hija del pescador. Los demás amigos, al darse cuenta de lo que habían hecho sus compañeros, decidieron matar a las dos. Estrangularon a la madre, pero la hija consiguió huir pegando gritos al aire. Cuando la escuchó el padre, fue corriendo a socorrerla, pero lo golpearon hasta quedar inconsciente. La hija estaba tan traumatizada que al día siguiente la encontraron muerta entre las rocas, se había tirado por un acantilado.

—Esta mañana encontraron al padre ahorcado en su casa —continuó traduciendo Anoop al inglés—. No pudo soportar la vergüenza, el destino trágico impuesto a él y a su familia.

Esto hubiera sido un episodio aislado, un suceso acontecido en el pasado, inaudito, pero no era la primera vez. Personas afines al político habían secuestrado a un total de cuatro adolescentes en la región en lo que iba de año.

Una de las jóvenes había acabado en un burdel, trabajando, y las otras tres se suicidaron al quedar embarazadas y por la vergüenza que traerían a sus familias si regresaran a sus casas.

Los hombres de Karthi se sentían impunes. Llegaban a Kalam Beach a cualquier hora del día o de la noche y aporreaban con palos de madera y barras de hierro las motocicletas de los habitantes. Hasta a más de uno le habían apedreado e incluso roto las piernas o un brazo, excitados por el frenesí de la violencia. Solían prender fuego

con gasolina a las barcas. Se decía que estaban regalando droga a los más jóvenes entre la comunidad de pescadores para volverlos adictos y arruinar sus vidas y la de sus familias. La gente más veterana tenía miedo de salir a pescar por temor a que en el momento menos imprevisto sucediera algo trágico a sus familias.

—Aquella noche, Karthi permaneció todo el tiempo con sus amigos en la playa hasta que se cansó y se fue con una chica en su todoterreno, dejando a sus hombres que hicieran lo que quisieran —continuó Anoop, traduciendo del malayalam al inglés—. Después de las violaciones y las muertes, nada ha pasado. Ninguna responsabilidad. Acudir a la policía es ponerte la soga al cuello.

Narayanan terminó de hablar, mirando fijamente a David. Entonces, tembloroso y a punto de soltar las lágrimas, juntó las palmas de sus manos y le pidió justicia.

Anoop le puso un brazo sobre la espalda, intentando tranquilizarlo.

—De acuerdo —dijo David al fin—. Lo haré. Les solucionaré el problema.

Cuando se hubo marchado el pescador y su hijo, David se encaró con Anoop.

—Nunca me negaré a ayudar a nadie. Pero la próxima vez te agradecería que me lo hicieras saber tú personalmente, no poniéndome en una situación embarazosa frente a una tercera persona. Luego no tendría inconveniente en reunirme con él, sabiendo de antemano el problema.

Anoop extendió los brazos.

—Tú representas la única posibilidad que tienen para seguir viviendo, David. Debido a tu asociación con Hassena *madame,* eres temido y respetado. No es solo el hacer justicia, que se les niega, sino el devolverles el poder de vivir en paz, en prosperidad.

—Y porque consideras que tengo suficiente experiencia en matar a personas, soy el más acertado para hacer el trabajo, ¿verdad? —dijo, su tono era algo admonitorio.

Anoop refunfuñó.

—No solo eso, David, sino que por tu condición de extranjero solo tú puedes acceder a su círculo. Con mi aspecto de indio, yo no conseguiría acercarme ni a tres metros de Karthi Rajendran. Podrás entrar en la fiesta VIP que dará mañana por la noche sin ser cuestionado por su seguridad privada. Acércate a él, obsérvalo. Es adicto a las drogas. Seguro que en cierto momento desaparecerá y se irá a una habitación a solas para meterse una raya. Busca ese instante u otro que consideres para seguirlo y matarlo.

—Anoop, yo no voy a matar a nadie. He dicho que les solucionaré el problema, pero no te confundas conmigo. No soy un matón a sueldo. Me reuniré con Karthi, hablaré con él y le amenazaré. Le

pediré incluso que invierta en la comunidad de pescadores y les done dinero como indemnización por todo el daño que ha causado.

Anoop dio un paso atrás, sorprendido por sus palabras.

—No, David —le reprendió—. ¿Qué te pasa? Te has ablandado.

—Soy el mismo —musitó él, ignorando el reproche—. Solo que creo que puede haber otra forma de resolver la situación, incluso la comunidad de pescadores podrá salir más beneficiada.

—Estás muy equivocado —añadió Anoop, claramente enojado—. Ese tipo de personas no están predispuestas a tener una conversación amigable. Solo conocen una ley, la de la violencia.

* * *

AL DÍA SIGUIENTE, por la mañana temprano, David llegó a la zona de entreno. No había nadie. Estuvo haciendo estiramientos. Se sorprendió de que no escuchara ni viera a ningún empleado o monitor. El asistente de Anoop corrió hacia él.

—Lo han matado.

—¿Qué?

—Lo han matado —repitió. Se derrumbó en sollozos, pero enseguida recobró su compostura—. Han matado al maestro Anoop.

* * *

EN UNA ZONA acantilada se había instalado la pira funeraria. Sobre la madera estaba el cuerpo de Anoop, cubierto por una sábana blanca y guirnaldas. La gente de alrededor, locales y empleados del centro de rehabilitación, entonaban cánticos. Enseguida su cuerpo ardió, frente al indiferente y sublime mar.

El hijo de Narayanan le tradujo lo que su padre le contó en malayalam: el día anterior por la noche, Anoop entró en la propiedad de Karthi con la intención de matarlo. Él mismo le llevó en su escúter, pero Anoop le ordenó que se marchara, sin embargo, permaneció escondido, y lo vio todo.

Anoop fue visto por los vigilantes de seguridad. Como llevaba en la mano una espada, lo abatieron con sus fusiles. Desde la distancia, él vio cómo cargaban con el cuerpo y lo metían en un coche. Los siguió. Tiraron el cuerpo cerca del mar. Ni siquiera Karthi se encontraba en la vivienda y la noticia del suceso quedó silenciada.

David se sintió descorazonadamente solo. Comenzó a pensar como lo hace la gente que se siente sola, a base de fragmentos de lamentaciones y rescatando del subconsciente juicios pasados. Había pretendido creer que en medio de la violencia que le rodeaba en la India él solo era un punto en el espacio y en el tiempo, prescindible, y

no era así. «No puedo negar quién soy», se dijo a sí mismo.

Durante el resto del día se sintió preso del sentimiento de que había traicionado a Anoop. Sufrió fuertes remordimientos, una repentina tristeza que consideraba no exenta de culpa. Se enojó consigo mismo al haberle expresado sus dudas de matar a Karthi. Cayó en una desesperación paralizadora.

Sus pensamientos se movían a la deriva como algas en el océano. El querer vivir otra vida había sido una idea tan ridícula como egocéntrica. «¿En qué estaría pensando? Maldita sea».

* * *

TUMBADO BOCARRIBA SOBRE EL AGUA, abrió los ojos. Alguien le llamaba utilizando un silbido característico. Alzó la cabeza y vio en la orilla a Narayanan levantando un brazo, apremiándolo a ir a su encuentro.

Era el momento.

Salió del agua y, acompañado del pescador, llegó al interior de la selva. Ahí les esperaba su hijo con un abultado objeto envuelto en papel de periódico. Se lo tendió a David sin decir nada.

Él lo abrió, tirando el papel a un lado. Al ver el arma, se giró hacia Narayanan.

—¿Qué se supone que es esto? —le preguntó mostrándole la pistola que había conseguido—. Igual ni funciona.

Era una pistola obtenida de contrabando, muy antigua. Pudiera pasar por fetiche de un coleccionista; era prácticamente una reliquia, sucia y cubierta de óxido. David conocía el mercado negro. El arma habría entrado a través de Nepal, y pertenecía a la época de la guerra de Vietnam, como mínimo. Muy probablemente del Frente Nacional de Liberación de Vietnam, o FNL, mejor conocido como el Viet Cong.

—Es lo que hemos podido comprar —dijo en malayalam con tono de disculpa.

Su hijo dio un paso adelante y tradujo a su padre.

David la desmontó. Observó todas las partes. Movió la cabeza. Era un arma ya en desuso que expulsaba los casquillos cuando disparaba. Sabía que podía haber probabilidades de que se encasquillara. El gatillo estaba medio corroído. La pistola menos apropiada para cometer un asesinato. «Sin embargo, quizá la más conveniente para el trabajo», pensó David, porque era el tipo de arma difícil de rastrear después de su uso.

Tendría que probarla. Puso el cargador. Extendió el brazo, apuntó hacia el tronco de una palmera a escasos metros, y disparó. Padre e hijo dieron un respingo al escuchar la detonación.

—Perfecto —dijo David al fin.

Narayanan sonrió, mostrando unos dientes grandes y blancos. Miró a su hijo, que también sonreía, y después a David, contagiado por el excelso estado de ánimo de los dos. El líder de la comunidad de Kalam Beach suspiró aliviado.

5

Ana Valverde tenía cincuenta y tres años. Se conservaba en forma y mantenía una incombustible energía. Se levantaba todas las mañanas a las cinco y media y volvía a su residencia pasadas las nueve de la noche. En ocasiones incluso más tarde.

Dedicaba un día de la semana a hacer ejercicio en un centro deportivo privado, los domingos por la mañana. Un entrenador personal la asistía con ejercicios de movilidad, fuerza y cardio HIIT, y por último se pasaba una hora en la piscina. El resto del día se dedicaba a leer sus correos de forma esporádica en su móvil, escribir en su agenda temas a tratar, reuniones y contactos que realizar a partir del lunes, programar la siguiente semana, y por último pasar el resto del día con su hija Sofía.

Durante el transcurso del tiempo había aprendido a vivir con las constantes y obvias insinuaciones maliciosas de ser una mujer atractiva en un mundo dirigido por hombres. Las proposiciones sexuales las dejó hacía décadas en un pasado en el que convivía bajo una constante marea de invitaciones, unas directas, otras de forma indirecta.

Entonces, localizó sus atractivos físicos más deseables: un busto impresionante, unas caderas delgadas y un rostro atractivo que no compaginaba en el sector del mundo de los servicios de inteligencia.

Decidió hacerse una trasformación. Para neutralizar los comportamientos que sufría a su alrededor, desarrolló un estilo deliberado, evitando cualquier interés erótico. No usaba maquillaje ni pintalabios siquiera; cambió de vestuario, siendo su ropa más holgada y de colores neutros, como el gris, marrón, negro y el blanco. El pelo siempre recogido en coleta y su forma de interactuar con sus compañeros fue eventualmente más directa, al grano, carente de matices, con cierta autoridad y gran fortaleza para encarar la adversidad. Hubo quien comenzó a llamarla maleducada, narcisista, egocéntrica e insoportable.

La realidad es que ella hablaba fuerte a todo el mundo, a veces con descaro y con una mirada que expresaba un temperamento muy frío y altivo. Posiblemente esto fuera necesario para ir escalando puestos.

Dadas las relativas posiciones de poder dominadas por hombres, ella juró nunca acabar menospreciada, vejada o intimidada por sus

superiores. ¿Por qué tendría que doblegarse porque los demás tenían la imagen preconcebida de que la mujer era una persona de ego débil, susceptible a ser manejada, y además frágil? Se propuso desde sus primeros años como interina, y posteriormente funcionaria pública, a alcanzar sus objetivos, subir los escalafones de poder. Acabarían por aceptar órdenes de una mujer fuerte de carácter. Y así fue.

Cuando fue nombrada directora del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) y estuvo ensamblando a su equipo, varios miembros de la organización, en especial los más veteranos, la pusieron a prueba, pero conforme pasaba el tiempo no consiguieron lo que se propusieron, mermar su estado anímico y psicológico hasta el punto de dudar de que ella fuera la persona más capacitada para ocupar un puesto tan importante.

Cada vez más, las tecnologías emergentes y los datos se convertían en fuentes importantes de poder, a menudo creados y controlados por empresas, no por Gobiernos. Internet, las redes sociales, los satélites, los análisis automatizados y otros avances habían permitido, no solo al CNI, sino a los civiles, recopilar, analizar y difundir información de inteligencia. En muchos casos eran fuentes intangibles, difíciles de ver y comprender. Como el simple uso del wifi en la casa de un particular, que podía permitir, haciendo uso de tecnologías, detectar cuerpos y mapear movimientos dentro de la señal del wifi del hogar. Se podía ver cuándo el ciudadano iba al baño, durante momentos íntimos, o el tiempo que pasaba con sus hijos. El internet de las cosas se había convertido en un arma de espionaje masivo por el que se podía conocer hasta el más mínimo detalle de lo que ocurría en la vida de una persona. Y todo quedaba registrado en datos y guardado en servidores, que luego pasaban de mano en mano y se comercializaban sin parar.

Por ello, Ana se propuso trabajar duro para hacer frente a estos desafíos mediante el lanzamiento de reformas organizativas, programas de innovación tecnológica y nuevas iniciativas para reclutar a los mejores talentos de la ciencia y la ingeniería. Todo ello fomentando al mismo tiempo a la «reina» de las disciplinas, el HUMINT, la inteligencia de la información obtenida y facilitada por fuentes humanas.

Durante esos primeros días reunió al personal mejor cualificado alrededor de la mesa ovalada para conferencias, y les dijo:

—He llegado hasta aquí gracias al trabajo duro que he realizado durante toda mi carrera, y ahora mis habilidades y capacidades van a ser puestas a prueba. —Miró uno a uno a la cara. Todos estaban inmóviles, pendientes de ella—. Y aunque dependo de cada uno de vosotros, espero que obedezcáis mis órdenes, estéis o no de acuerdo, y se cumplan los objetivos propuestos con la debida celeridad y

profesionalidad. Porque quiero que tengáis por seguro de que aquí nadie es prescindible.

La mayoría del personal cabeceó anhelante, pero hubo otros que no.

Ella dejó bien claro que un frío y tosco comportamiento, así como un lenguaje obsceno, no la intimidaban en absoluto. Los primeros días respondió ante esto con una calmada y fría reacción: no consiguieron provocarla; tras el transcurso de las semanas quedaron todos ensombrecidos por su fuerte personalidad y carácter autoritario.

Por la manera tan inteligente en que lo había hecho, y lo que había obtenido, acabaron enseguida respetándola. Era esta la razón por la que podía aparecer sin decir nada, a cualquier día de la semana y a la hora menos esperada, en un departamento más o menos importante dentro del complejo del CNI, y sus empleados saludarla con confianza.

Aquel día, Ana apagó su ordenador, se puso la chaqueta, recogió su bolso y se despidió de su secretaria, de su ayudante adjunto, de los empleados del turno de noche y se fue a su casa.

Una vez allí, se dio un buen baño con sales, cuidados faciales, como cremas y aceites esenciales, música, una copa de vino y un cigarrillo.

Tumbada en la bañera, aspiró el tabaco en profundas caladas y cerró los ojos. Concentrada en la música clásica de piano relajante, el sueño la estaba venciendo. La perspectiva de un largo y merecido descanso le estaba rondando.

Abrió los ojos a la vez que alargaba el brazo para coger el albornoz, cuando dio un respingo al ver una persona con pasamontañas apoyada en la pared del baño.

—Siento mucho molestarle a estas horas, pero necesito que me conceda unos minutos, señora directora.

Ana se quedó paralizada dentro de la bañera, llena de espuma, pero enseguida recobró la compostura: comprendió que, por su voz, era una mujer y no un hombre. En segundo lugar, ni venía a robar ni a matarla o violentarla. Solo quería conversar.

—¿Para quién trabajas?

Silencio.

—Mañana llamará a Julián Fernández para citarlo a una reunión en el CNI.

—¿Por qué? ¿Para qué?

Silencio.

—Le va usted a explicar lo que está haciendo en la India. Por qué hay operativos del CNI infiltrados como civiles.

—Entonces, se trata de eso. De David Ribas. ¿Qué sabe él?

—Usted misma le contará todo como si él no supiera nada.

—Julián ha sido una persona muy importante en el CNI, si le llamo

para una reunión, el personal lo verá como una debilidad por mi parte, cuestionarán mis decisiones. Nadie se fía de nadie. Incluso se llegó a instalar cámaras para grabar a empleados durante sus tiempos de descanso, para saber qué hacían, si iban a la cafetería o no, con qué colegas se relacionaban, etcétera. Todos le verían entrar en el edificio y cuestionarían su presencia.

—Usted es la directora ¿acaso no puede hacer lo que le dé la gana?

—Por supuesto que no. Existe un protocolo. Como directora, mi cualidad principal es mi capacidad para guardar secretos, salvar vidas, obtener información que permita al Gobierno tomar decisiones acertadas o solucionar un intento de chantaje al Estado, pero no llamar la atención entre mi personal teniendo reuniones sin discreción en nuestra sede central con anteriores directores, dando una imagen de debilidad ante la toma de decisiones, como si estuviera yo solicitando ayuda.

—Aun así, seguro que algo ingenioso se le ocurrirá.

Una vez que pronunció sus últimas palabras, aquella misteriosa persona salió del baño.

* * *

EN UNA CALLE CERCANA, esperaba una furgoneta aparcada. La puerta corrediza se abrió y Laura García entró, cerrando a su espalda.

—¿Todo bien? —preguntó Óscar con un palillo entre los labios, arrancando el vehículo.

—Como esperaba —respondió ella.

6

Karthi Rajendran aborrecía la suciedad, especialmente el polvo, tanto como el fracaso. Como empresario metido en política era soberbio y arrogante. Llamaba «vulgar pueblo llano» a sus votantes. La insensatez de desprecio hacia la gente más pudiente era tal que compraba sus votos: tenía un grupo de personas encargadas de ir de pueblo en pueblo donando dinero a los distintos líderes de las comunidades para que le votaran.

En muchas ocasiones empleaba otros métodos, la violencia, para amedrentar a sus votantes. Prácticamente a los partidos de la oposición los tenía amordazados. La historia de su familia había sido así, era una crónica plagada de chantajes, sobornos, secretos, asesinatos y traiciones por doquier.

Cuando le propusieron construir en Kalam Beach un resort de lujo para una cadena hotelera, no se lo pensó dos veces: tenía que echar a la comunidad de pescadores, comprar el terreno y arrendarlo.

Arrogante y típicamente engreído, Karthi había estudiado en Inglaterra un máster en una universidad privada. Prácticamente no estudió, sus padres le pagaron la titulación dejando una generosa donación a la organización.

Le gustaba viajar a Dubái para ir de compras. En Kerala, su principal habilidad era organizar fiestas y eventos para corporaciones, multinacionales e inversores extranjeros. Todo por una cuantiosa comisión o porcentaje en el negocio. Enseguida se metió en la política. Como una manera de aumentar y acelerar burocráticamente los contratos, creó una consultora privada a través de la cual recibía sobornos.

Todo lo aprendió de su padre, del que heredó millones de rupias indias y de dólares americanos en paraísos fiscales, y de un círculo de gente arribista dependiente de sus actividades ilegales. Esta red clientelar fue ampliándose con el tiempo entre las esferas empresarial, política y del entretenimiento. Todos querían invertir dinero negro antes de que el fisco les detectase ganancias sin declarar.

David investigó acerca de él en internet. Vio varias imágenes de él vestido estrafalariamente como si fuera un marajá posando para Variety, National Geographic y otras tantas revistas. Pertenecía a una familia de políticos, matones que desde sus inicios en la política no

habían dudado en ensuciarse las manos. Así, su familia había acumulado una inmensa fortuna invirtiendo en construcción y en ocio, aparte de lavar dinero produciendo películas con diversas empresas pantallas.

Aquella noche había mucho personal de seguridad rondando la villa de Karthi Rajendran. Vestían como funcionarios, es decir, para aparentar que eran del Gobierno. La realidad era que muchos de ellos habían sido contratados por una noche y eran monitores de gimnasios privados, culturistas mal pagados llenos de esteroides y anabolizantes.

David iba vestido con pantalón chino marrón claro y camisa blanca de algodón de manga corta. Se había peinado con la raya a un lado y, en general, daba el aspecto de ser un extranjero adinerado. Visualizó la escena. Cada vez que llegaba un nuevo grupo de invitados, los de seguridad ponían caras serias, abrían y cerraban las puertas de sus vehículos de gama alta. Metódicos y obedientes, aquellas personas no tendrían tiempo de verlo disparar si él sacaba su pistola. Eran lentos, patosos y se les notaba cierta impaciencia por terminar su jornada de trabajo y querer disfrutar entre bastidores de bebidas alcohólicas caras que de lo contrario no pudieran permitirse, comidas *gourmet* y quizá de algún tipo de droga.

Ingresó sin que nadie se lo impidiera en la entrada. Era una glamurosa fiesta con música procedente de un DJ que pinchaba en un lateral de la piscina, donde la gente estaba de pie, conversando o bailando, otros tumbados en hamacas con sus bebidas y cócteles en la mano.

Era una noche resplandeciente, con invitados en los que se incluían extranjeros, empresarios, jóvenes actores y actrices de cine del momento, periodistas bajo sueldo, políticos y gente de la moda.

En el jardín junto a la piscina, había un escenario donde dos hombres y dos mujeres semidesnudos exhibían una interpretación de la danza tradicional kathakali al ritmo de la música moderna electrónica. Más que una danza tradicional, era un *show* erótico.

La multitud bailaba, cantaba y bebía. La comida estaba preparada por los mejores chefs de Kerala. En las mesas y barras había canapés, y los camareros servían licores de todo tipo.

Un grupo de chicas con acento de algún país de Europa del Este se reían entre ellas mientras pedían a un camarero rellenar sus vasos de chupitos. Sin quitarle los ojos de encima, los llenó y puso rodajas de limón sobre ellos, y al lado, el salero. Las chicas espolvorearon sal encima del dorso de la mano, se lo chuparon y luego se tomaron los vasos de tequila de un trago.

David se mantenía pegado a los invitados para no llamar la atención de que estuviera solo o perdido. Entonces vio a Karthi, alto, atlético, esbelto. Llevaba un pantalón blanco de lino y una camisa

blanca desabotonada hasta mitad del pecho, mostrando su piel bronceada y cuerpo fibroso. El pelo negro lo tenía engominado hacia atrás y sus grandes ojos marrones brillaban enfebrecidos.

Hablaba en inglés con un acento con reminiscencias extranjeras, su manera de expresarse con los invitados era muy cursi, con palabras muy de uso británicas, dando la imagen de haber sido educado en colegios elitistas.

Jovial y hábil narrador de anécdotas, posaba con los invitados que le solicitaban un selfi, y amenizaba las conversaciones contando historias sobre su familia descendiente del marajá de Travancore. La gente en verdad se creía que provenía de una familia real. No era así, pero lo hacía tan bien que era imposible pensar lo contrario.

Debido a esto, periodistas extranjeros le habían realizado reportajes en los que Karthi les contaba un batiburrillo de leyendas mezcladas con mucha imaginación, de falsedades combinadas con hechos reales. Su público se lo creía. Con una voz cautivadora y movimiento corporal ensayado, atraía a su audiencia, hablando de la lucha entre otros rajás, peleas contra el colonizador británico, safaris sobre elefantes para dar caza a tigres devoradores de personas y demás falsedades con una capacidad inventiva extraordinaria.

De este modo participa en numerosos pases fotográficos luciendo un turbante, un palo de polo junto a un caballo esbelto o vestido con ropa de safari en un *jeep*, emulando la caza del tigre. Todos querían de cerca al dinámico, extravagante, millonario y hombre del momento: el excéntrico representante de un mundo exótico reconvertido en moderno, contemporáneo, tecnológico, extraordinario.

David se acercó en el instante en el que él terminaba una divertida anécdota, que culminó con una alegre carcajada entre un grupo de invitados, y se marchaba a atender a otros.

—El poder y el dinero son una gran maldición —le espetó David a la cara sin perder la sonrisa, para que ningún otro invitado notara animosidad entre ellos o escuchara el tono y contenido de la conversación entre los dos—. Corrompe, ¿verdad que sí? Te consume hasta que no puedes salir. Y utilizas tu frustración para hacer daño a los demás, ¿no es así?

Este le dirigió una mirada de extrañeza. Restó importancia a los cometarios con un gesto de la mano.

—¿Quién eres?

—Un amigo de los pescadores a los que les haces la vida imposible. Un amigo del padre de una de las jóvenes a las que has destruido la vida.

Karthi le mantuvo la mirada, como queriendo averiguar las verdaderas intenciones de aquel extraño. ¿Un corresponsal extranjero? ¿Trabajador de una ONG?

—Antes tenías que ser guapo, hablar un inglés con acento británico, tener un negocio con éxito. Hoy en día la gente quiere estar cerca de la nueva generación de millonarios. Gente como yo, que me consideran conveniente, que me quieren a su lado. ¿Y sabes por qué?

David hizo un mohín.

—Sorpréndeme.

Karthi se dirigió con aire pausado hacia un lateral de la piscina, cerca de la barra, donde la intensidad de la música era menor. David caminaba a su lado, observando sus movimientos.

—Porque soy un brahmán inteligente. —Ladeó la cabeza y lo miró para intensificar el tono de sus palabras—. Los extranjeros como tú no conocen las peculiaridades de un indio al haber nacido brahmán. No somos hindúes corrientes. —Cabeceó—. Como hindú brahmán, he recibido una educación en una universidad extranjera, hablo correctamente el inglés, tengo una pronunciación especial al hablar el idioma regional con mis empleados. —Observó por un instante a los bailarines kathakali contorsionando sus cuerpos sobre el escenario al ritmo de la música, y puso de nuevo su mirada en aquel hombre cuyo motivo aparente era desestabilizar sus negocios—. Y sí, considero que somos un tanto arrogantes. —Extendió los brazos al aire—. Todo es bello cuando se es rico.

—¿Es así como te justificas para destruir a los habitantes de Kalam Beach?

Karthi soltó una sonora carcajada.

—Entonces, ¿de eso se trata? En mi posición soy yo quien decide si es necesario acomodar una comunidad en otro lugar. El mar donde pescan es el mismo a medio kilómetro de distancia, ¿por qué no desplazarlos?

—Ellos viven ahí desde hace décadas. Mucho antes de que tu familia existiera.

Karthi miró alrededor. De pronto se quitó la camisa y se lanzó de cabeza a la piscina. Se sumergió y salió jadeante por el lado opuesto. Muchos invitados pensaron que era una de las muchas extravagancias de la fiesta y le imitaron, saltando vestidos a la piscina. El DJ cambió de registro musical, encendió unos potentes reflectores de luces de colores y el ambiente en general de la fiesta cambió a más ruidoso y desenfadado.

Karthi cogió una toalla de algodón que un sirviente le tendía con absoluto servilismo. Su pantalón chorreaba agua. Se acercó a David.

—La gente de clase baja en la India tiene que sufrir para que personas como yo y toda esta gente —dijo, y extendió los brazos como si quisiera abarcar a todos los invitados— podamos seguir disfrutando de nuestro estilo de vida como si nada. Vosotros los extranjeros tenéis una moral, una dignidad, una ética, ¿no es así? Por eso te preguntarás

cómo los aquí presentes pueden dormir tranquilos habiendo tanta pobreza en el exterior. No buscamos redimirnos ni sentimos compasión. —Alargó el brazo, señalando hacia el mar—. Los habitantes de Kalam Beach harían lo mismo si se invirtieran nuestras vidas, ¿no te das cuenta? No, no lo haces. Ellos me escupirían y me orinarían encima sin el menor asomo de conmiseración. Todos los indios somos iguales. Pero vosotros los extranjeros veis buenos y malos, ricos y pobres.

—¿Y esto te justifica el hacer el mal a la comunidad de pescadores, a los que consideras fuera de tu propio sistema de casta hindú? Porque si no los consideraras como intocables, no les harías el daño que les causas.

Karthi soltó una carcajada.

—Esa gente son unos aprovechados, tanto como lo soy yo, pero en otro nivel. «Los intocables» los llama la prensa extranjera. Lo sé yo que mantengo contacto con periodistas extranjeros. Pero lo que los occidentales no saben es que los líderes de esas castas en desventaja social, tribus, castas deprimidas, *dalits*, intocables o como quieras llamarles, no quieren en verdad que sus situaciones se regularicen. Ellos quieren seguir viviendo a costa de mamá Estado, con esa etiqueta de casta baja, porque así obtienen beneficios como la reserva especial en puestos de la administración pública, plazas en la universidad, escaños especiales para ellos en instituciones políticas y en el Parlamento.

David lo miró atentamente, y repuso:

—Que la política se ha convertido en algo cada vez más comercial, con líderes que negocian un toma y daca a fin de asegurarse los máximos beneficios, no es nada nuevo.

Karthi estaba sorprendido por la rapidez mental de aquella persona y sus cortantes comentarios. Dejó escapar un suspiro de impotencia.

—Me temo que me conviene desalojar a los pescadores de Kalam Beach, para satisfacer los intereses de cierto grupo empresarial, y lo haré. No hay nada ni nadie que me lo pueda impedir.

—¿Y ellos?

—Pues que se vayan a otro lugar a asentar sus cabañas. Ni siquiera sus líderes les van a echar una mano, porque están ocupados en la capital reivindicando su identidad e influencia para seguir amasando dinero. Es lo que yo llamo el aroma del poder.

—¿Has acabado?

—No, todavía no.

En ese momento las luces se apagaron y una serie de potentes reflectores sacudieron la fiesta. El DJ no solo había añadido luces de colores, sino humo que salía de unos potentes tubos laterales de la piscina, creando una atmósfera siniestra, espectral.

Karthi echó a correr hacia el interior del edificio. Subió las escaleras, saltando los escalones de dos en dos e impulsándose con ayuda del pasamano.

Al llegar a la planta superior, hizo una llamada en su móvil. Abajo apareció un miembro de seguridad, señalándole hacia arriba con el pulgar mientras mantenía el aparato en la oreja, colgó la llamada y se dispuso a bloquear el paso a quien quisiera subir por detrás de su jefe.

David llegó y vio a un gigante moreno, de pelo rizado hasta los hombros, que se abalanzaba sobre él. Esquivó un puñetazo, luego otro, y cuando encontró el espacio, dio un paso adelante y le asestó un golpe en el estómago, sacó la pistola, escondida a la espalda, y le golpeó en la cabeza, desplomándose en el suelo.

En la parte superior de la escalera, Karthi, espectador de la pelea, no esperó más, se giró y entró corriendo en su dormitorio, con decoración recargada y chillona. Música *chill out* sonaba desde algún altavoz moderno. Un grupo de chicas desnudas estaban tumbadas en una enorme cama; estaban tan drogadas que ni se molestaron en mirarle. Dos de ellas se besaban apasionadamente.

Karthi tiró a un lado un sofá de terciopelo que se interponía en su camino y fue directo hacia un armario. Abrió un cajón. Sacó una pistola de su interior.

Fue hacia la ventana. Abajo la gente seguía disfrutando de la desenfadada fiesta.

—Tira el arma —dijo David desde la entrada del dormitorio.

Karthi se dio la vuelta, levantando la pistola, David apretó el gatillo, pero la pistola se encasquilló.

Karthi se dio cuenta del arma tan anticuada que sostenía. Soltó una estruendosa carcajada. A su espalda, un raudal de luces de colores procedente del área de la piscina giraba en todas direcciones, sincronizadas con la música en alto volumen, confiriendo a la habitación un ambiente psicodélico.

—¿Pensabas dispararme con una pistola de la época de los piratas? —preguntó Karthi, excitado, sin dejar de reír, mostrando al aire su Glock 26.

Levantó el arma, apuntó a David y apretó el gatillo. No pasó nada.

—Creo que se te olvidó poner el cargador —dijo David con un tono suave. Rápidamente le lanzó con todas sus fuerzas la pistola, rozándole la cabeza y golpeando el cristal hasta rebotar en el suelo.

Karthi se giró hacia el armario, pero el grito de una mujer le hizo dar un paso hacia atrás y mirar en dirección opuesta.

—¡Hijo de puta! —le espetó una de las chicas semidesnudas de aspecto extranjero. Había cogido del suelo el arma de David, y sujetaba el mango con ambas manos; mostraba signos de actuar con máxima ansiedad y estrés bajo la influencia de algún estupefaciente—.

Nos has drogado. Nos querías violar. Lo intentaste con mi amiga.

—¡Eh! —exclamó Karthi, apuntándole con el índice y hablándole en tono amenazante—. Suelta eso, maldita rusa de mierda. Y lárgate de mi casa.

La chica se acercó, rechinando los dientes. Karthi levantó su arma para golpearla en la cabeza. La joven apretó el gatillo, una bala le perforó el estómago a Karthi. Su cuerpo cayó hacia atrás, rompiendo el cristal de la ventana ya dañado por el impacto de la pesada pistola. Cayó a una pequeña terraza. Se inclinó, levantó de nuevo el brazo. Iba a proferir de nuevo un insulto, pero otra bala le perforó la garganta. Su cuerpo se precipitó por el balcón hasta caer de golpe en la piscina.

Hubo quien se creyó que había sido un salto intencionado desde el balcón y señaló el cuerpo flotando mientras se reía a carcajada batiente. Enseguida alguien soltó un grito de horror al percatarse de la sangre roja que se mezclaba en el agua y salía del cuerpo del ya difunto Karthi Rajendran.

La chica soltó el arma y prorrumpió en lloros. Las otras dos mujeres que se habían estado besando salieron en desbandada de la habitación al escuchar el primer disparo, mientras otra permanecía somnolienta.

—Tranquila —dijo David recogiendo el arma—. Despierta a tu amiga y largaos de aquí enseguida.

—Un guía turístico nos dijo que acudiéramos a esta fiesta —comentó ella.

Él vio en el cajón del armario billetes de quinientos euros envueltos en pequeños paquetes, los cogió.

—Toma —dijo a la chica, que no salía de su asombro—. Olvida lo sucedido. Soy yo quien vino a matar a ese hombre y he conseguido mi objetivo. Lo sucedido a ti no te tiene que remover la conciencia. —La joven asentía—. Vete lejos de aquí. Disfruta de tu estancia en la India. Sé prevenida. No confíes ni te mezcles jamás con gente como esta.

David salió de la fiesta entre los demás invitados, que se marchaban a la desbandada, caminando con prisa, pero sin despertar la atención de la gente. En el exterior el personal de seguridad había desaparecido con el fin de no verse ninguno implicado con la policía, que estaba a punto de llegar.

Minutos después, David frenaba su motocicleta al lado de un lago y lanzaba la pistola al fondo del agua.

Aquel criminal, político sin escrúpulos y empresario corrupto, nunca más haría daño a alguien. Pero pronto nuevos criminales, vestidos con la vestimenta blanca típica de los políticos indios, ocuparían el puesto dejado por él. Nuevos lobos disfrazados de corderos. ¿Hasta cuándo continuaría? Hasta el fin de los tiempos, porque la corrupción era una epidemia inherente en la política y

sociedad india.

David apartó aquellas reflexiones de su mente, se subió de nuevo en la motocicleta y enfiló por el camino iluminado por la claridad estelar, flanqueado por los árboles de una selva sumida en las tinieblas.

7

David se encontraba reparando una barca, cuya pintura empezaba a agrietarse y combarse, con varios pescadores de Kalam Beach, junto a una zona sombreada por las palmeras.

Narayanan le llamó para almorzar. Sentados en el suelo de cemento de su modesta casa, David y varios pescadores comieron sobre hojas de banano como platos.

Durante la comida, prácticamente no hablaban, solo la degustaban. Siempre era muy parecida, un auténtico festín. En ocasiones añadían trozos de cordero, y otros días cambiaban el tipo de pescado frito. Pero destacaba el arroz, con una generosa cuchara de mantequilla, *ghee*. Esto acompañado de yogur, *chutney* de mango, verduras fritas, distintos tipos de lentejas, *dhals*, además de pequeños cuencos de metal alrededor de la planta de banano que contenían distintas salsas, guisos secos y curris vegetales como de coliflor, patata y calabaza.

La mujer de Narayanan les servía continuamente, rellenando la comida que veía que el invitado acababa. Mientras engullían la comida, se notaba que los pescadores disfrutaban de aquel momento con júbilo.

David tenía que sonreír y teatralizar hasta la exageración para decir «basta». La comida solía ser muy copiosa y por respeto y muestra de satisfacción era un deber dejar que le rellenaran la hoja de banano, una o incluso dos veces. Luego por la noche David no cenaba, su próxima comida era el desayuno del día siguiente.

Se despidió de Narayanan y de los pescadores. Estuvo andando durante más de una hora hasta que llegó a una zona de rocas.

Se tumbó sobre una planicie, bajo la sombra de las palmeras. A pocos metros, las olas rompían con estruendo. A cada tanda de olas le seguía un silencio. Sosegado, cerró los ojos.

Poco a poco fue cayendo en un sueño profundo.

El asceta hindú estaba sentado frente a él, con las piernas cruzadas. Lo había conocido en algún lugar perdido de la cordillera del Himalaya, durante un viaje que realizó en motocicleta por el norte de la India.

—¿Cómo puedo saber que lo que hago es bueno o malo?

—Tú en verdad quieres preguntarme: ¿es bueno matar? ¿Es bueno asesinar? —preguntó con suma tranquilidad—. Contesta tú primero a

esta pregunta, ¿lo es?

—Matar a una persona es malo, sí —contestó, dándose cuenta de que el asceta le llevaba a un terreno filosófico.

—¿Por qué lo crees así?

—Porque hay leyes en la sociedad contra el asesinato —sugirió—. Arrebatar la vida a un ser humano es terrible. Es un delito, y además está la cuestión moral de la que hablan los libros sagrados.

Los ojos oscuros del *sadhu* resplandecieron al inclinarse sobre el fuego de leña que había a sus pies.

—Que digan unas leyes que matar es malo o esté escrito en libros religiosos está bien, porque si todos lo hicieran, acabaríamos con la felicidad, la vida en concordia, no avanzaríamos como sociedad. Pero ¿qué pasa cuando no hay otra opción como en una situación de defensa propia? ¿No matarías para proteger a gente inocente? ¿No lo harías para prevenir el mal?

—Es una buena observación —respondió David sin dudarlo.

El hombre, lleno de rastas en el cabello que le llegaban hasta la cintura, esbozó una sonrisa torcida.

—Entonces, ¿sería correcta tu acción?

David suspiró, sopesando su decisión y a dónde quería llegar.

—Por supuesto.

El hombre cerró los ojos y musitó unas oraciones.

—¿Sabes dónde irás cuando mueras? —le preguntó de súbito, abriendo los ojos al tiempo que le mantenía fija la mirada.

—No me lo planteo —contestó David—. Tampoco lo pienso y evito hablar de ello.

Enarcó las cejas y se inclinó sobre David, poniendo su arrugada cara a escasos centímetros de la de él.

—Pues entonces, despiértate.

La imagen resultó tan real y amenazadora que en un instinto de supervivencia rodó hacia un lateral y se incorporó con un sinuoso movimiento.

Un hombre de aspecto extranjero, zapatillas deportivas, calcetines blancos, bermudas y camiseta de tirantes, había estado a punto de abalanzarse sobre él con una navaja.

—David Ribas, ¿verdad? —preguntó el desconocido en español.

—¿Me ibas a clavar la navaja y luego preguntarme mi nombre? ¿Tú quién eres?

—¿Importa?

David se fijó en el arma. Tenía el mango muy corto y la cuchilla larga, afilada. Alguien en el mercado negro se la habría proporcionado. No era una navaja corriente.

—Por curiosidad. ¿Para quién trabajas?

—Haces demasiadas preguntas, David.

El hombre se movió torpemente, lanzando el arma por delante.

David le observaba mientras esquivaba los golpes y se movía de un lado a otro. Calculaba distancias e iba estrechando el espacio entre los dos. Sus habilidades sorprendieron a su adversario.

Cuando creyó que era el momento oportuno, David le asestó un golpe en una pierna, desequilibrándolo.

El hombre se cayó sobre una roca, movimiento que aprovechó David para inmovilizarle con una llave de *jiu-jitsu*.

—Suelta la navaja y podremos hablar.

—A la mierda.

—No quiero matarte.

El hombre invirtió la hoja de la navaja con intención de clavarla en el esternón de David, pero él le agarró el puño con tanta fuerza que la muñeca parecía que fuera a dislocarse del antebrazo. La hoja cambió de dirección y el hombre, en un instinto de supervivencia, no tuvo otra opción que soltar el arma.

David le asestó un golpe seco en el costado, rompiéndole una costilla, y lo lanzó a un lateral, incorporándose.

Tumbado sobre las rocas, el hombre jadeaba, sosteniendo su mano herida y con la otra el costado.

—No te vas a salir con la tuya.

David recogió la navaja y la lanzó al mar lo más lejos posible.

—Mira, no sé quién eres ni me importa. Solo te pido que me dejes en paz.

—No estoy solo. Vendrá más gente a por ti.

David le cacheó los bolsillos de su pantalón corto estilo cargo. Él intentó forcejear, atacándole con una serie de patadas, pero quedó inmovilizado bocabajo.

—Ah, estupendo. Así podrán acompañarte a un hospital. —De un bolsillo sacó una cartera. No lleva identificación encima, solo dinero en metálico. Le quitó el teléfono móvil y se lo guardó—. Te sugiero que vayas pronto, no sea que la costilla rota acabe perforándote un pulmón.

David se dio la vuelta y se adentró con rapidez en la zona selvática. En un lugar apartado tenía su motocicleta Royal Enfield Bullet 500. Se subió, arrancó y se internó por un estrecho sendero de tierra.

Había viajado en avión a Kerala, pero tan pronto se fue recuperando de sus heridas pidió a Hassena que le mandara desde Bombay su motocicleta, y de este modo tener la posibilidad de moverse independientemente por la zona sin necesidad de recurrir a conductores de autorickshaws locales. Así evitarían que la gente supiera su itinerario diario, actividades, sus idas y venidas. Una empresa de transporte se la trajo en un camión por carretera hasta el

centro de rehabilitación. Conocía cada pieza de su engranaje y sabía cómo repararla con los utensilios más rudimentarios.

La primera vez que la utilizó, hacía muchos años, se sintió torpe e inseguro. Pero

cuando aprendió su manejo, se convirtió en su más fiel transporte en la India,

especialmente en Bombay, donde supo cómo esquivar autobuses con sus tubos de escape escupiendo diésel adulterado, serpentear entre el caos del tráfico,

deslizarse en la calzada entre los estrechos espacios que dejaban los vehículos,

escaparse de los embotellamientos del tráfico, sobre todo durante la hora punta,

atravesar zumbando con el ronroneo de su motor por las calles y avenidas haciendo uso

de atajos, esquivar autorickshaws kamikazes y demás vehículos como otras motos y

coches por doquier que salían disparados a la carretera como flechas cambiando de carril sin observar sus retrovisores. Fue entonces cuando empezó a gozar de ella, ejercitándose así en los burlones métodos de la conducción en la India.

Construida siguiendo el modelo original de la British Royal Enfield, la moto

era conocida por su longevidad y su distintiva manejabilidad. El modelo en

particular, Bullet 500, evolucionó desde la décadas de los años cuarenta y cincuenta con

un motor de cuatro tiempos con engranajes de válvulas externos hasta un motor

totalmente de aleación con la caja de cambios incorporada e inyección de combustible

electrónica. La fábrica india había confirmado que suspendería la fabricación de este

modelo debido a que no era demandado por el consumidor indio a diferencia de otros de la misma marca, como el 350, y por las normas y políticas de control de emisiones.

David condujo entre la selva, bordeando una serie de estrechos canales y lagunas donde navegaban las típicas embarcaciones de la región, los llamados *kettuvallams* o casas flotantes. Estas embarcaciones habían sido antiguos barcos locales construidos con hojas de palmera y bambú, utilizados en su día para transportar arroz y especias hasta el puerto de Cochín, desde donde zarparon para dar a conocer las especias indias al resto del mundo. Ahora se habían convertido en barcas acondicionadas para el turismo del siglo XXI.

Entró por un camino de tierra bordeando un acantilado. Paró la moto y, sentado como estaba, quedó con la mirada fija en el horizonte, sintiendo el viento cálido y frío en los brazos y en la cara a medida que la brisa iba y venía desde el mar. Una flota de barcas de pescadores pasó por delante de regreso a Kalam Beach.

Confeccionó una lista mental de lo que debería de hacer en aquellos momentos, dado que su identidad había sido revelada. Sabían dónde estaba y quién era. Necesitaba evaluar todas sus opciones posibles, recuperar cierta perspectiva, entonces tendría que actuar de inmediato.

Había llegado el momento de marcharse de Kerala, pero antes tendría que hacer una llamada telefónica. Sacó el móvil. Miró la lista de llamadas hasta que encontró un número que se repetía, decidió marcar.

8

En Madrid, aquella mañana, en la avenida Padre Huidobro sin número, cerca de la carretera A-6, concretamente en uno de los cinco edificios de la sede central del CNI, llamado Hexágono, se encontraba sentada la directora en la mesa de reuniones de su despacho con su asistente y secretario, Luis Vega.

Estaba atendiendo una llamada en su móvil de una analista informático que le informaba sobre el paradero del agente Marcos, uno de los cuatro operativos que tenía el CNI en la India.

—¿Cómo que ha desaparecido? Búscalo de nuevo —ordenó ella y colgó la llamada.

Su asistente tomó la palabra, siguiendo con la exposición de su trabajo.

—La metodología que solemos aplicar para este tipo de búsqueda de datos es la más sofisticada, pero quizá podríamos solicitar la colaboración de otras agencias con más experiencia en la India, como los británicos.

—Ni hablar. Esto se queda en casa. No vamos a hacer saltar la liebre, informando a todo el mundo que tenemos a un activo renegado en el sur de Asia.

Su teléfono móvil volvió a interrumpir la reunión. En la pantalla, aparecía la letra M, de Marcos.

—Marcos, me han comunicado que no has dado señal. Os di instrucciones de llamar al número de línea fija, no a este número.

Hubo un profundo silencio. Entonces ella se dio cuenta de que no era él; hizo una señal a Luis, chasqueando los dedos al aire, para localizar la llamada; él salió corriendo del despacho.

—¿Quién eres?

Era una voz grave la que sonaba al otro lado.

—¿David? ¿Eres David Ribas? —preguntó ella, hablando muy despacio para ganar tiempo.

—Te he hecho una pregunta.

Ella se daba cuenta de que era un valioso oponente, con cierto grado de habilidad. Debía de cuidar sus palabras.

—David, soy Ana Valverde, directora del CNI.

—¿Por qué queréis matarme?

—Quizá nuestro agente te dio una idea equivocada, ya que no

sabría cómo reaccionarías.

—Intentó matarme.

—Nadie quiere matarte. Para que veas que cumplo con mi palabra te pido que vayas a la embajada en Nueva Delhi, y una vez allí te proporcionaremos un cómodo vuelo a España.

Silencio de nuevo.

—Eso no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Deja las cosas como están y no las remuevas. Tu operativo ahora mismo estará de camino al hospital por una fractura. Ten por seguro que la próxima vez no seré tan condescendiente con tus empleados que vengan a saludarme con un arma por delante.

—Nadie necesita resultar herido.

—Entonces te doy un consejo. Diles que regresen y me dejen en paz. Así no habrá sangre.

—¿Serías capaz de matar a tus propios compatriotas?

—Me quieres sacar palabras de mi boca para tergiversarlas porque esta conversación está grabada. No voy a entrar en tu juego. Te lo repito, llama de vuelta a tus hombres.

Luis entró de nuevo en el despacho y levantó el pulgar al aire, indicando que ya tenían localizada la llamada.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Ana.

Silencio.

—No quiero confrontación alguna —aseveró él—. No quiero problemas. Te estoy diciendo que me dejen en paz. Te lo pido amablemente.

La llamada se cortó.

En la India, David Ribas lanzó el teléfono móvil a un río. Se quedó un instante reflexionando sobre sus opciones y las consecuencias de todo aquello. Luego arrancó la moto y se internó por un sendero estrecho rodeado a ambos lados por altas y frondosas palmeras.

Ana y su asistente salieron del despacho hacia la sala de operaciones.

Desde hacía un año ella había iniciado el proyecto de crear una oficina clandestina del CNI en Nueva Delhi. Durante ese tiempo, agentes de campo fueron seleccionados, viajaron a la capital india haciéndose pasar por empresarios y habían alquilado dos plantas en un edificio que albergaba agencias de viajes y de aerolíneas extranjeras.

En la sala de operaciones, Luis hizo un gesto a un informático que mostró en una pantalla la localización geográfica de la llamada.

—Se ha producido en Kovalam, en el sur de la India —dijo el informático maximizando la imagen desde su teclado—. Precisamente, a poca distancia de donde Marcos dio señales por última vez.

—Ahora muéstranos las imágenes restauradas del atentado —le pidió Luis.

El informático tecleó y en la pantalla de grandes dimensiones, en la parte central de la sala de operaciones, aparecieron las escenas grabadas por cámaras de seguridad del pasado atentado terrorista contra el presidente de España cuando viajó a Nueva Delhi. El ataque se produjo en las inmediaciones de la embajada. Haría un año del trágico suceso.

Vieron las imágenes del momento en el que el coche presidencial chocaba contra un árbol a escasos metros de la puerta principal de la embajada. Entonces, un hombre descendió con agilidad para abrir la puerta de pasajeros, donde se encontraba el presidente agachado.

La imagen de ese hombre se congeló. El informático la maximizó con claridad.

—¿Estás seguro de que es él? —preguntó Ana.

—Hemos cotejado las imágenes con la base de datos —contestó el informático—. También tenemos la descripción que el presidente nos hizo sobre él.

—¿Y?

Guardó silencio y miró a Luis.

—Es David Ribas —confirmó Luis.

Otro empleado frente a su pantalla plana de ordenador alzó la voz.

—He recibido comunicación de Marcos. Confirma que detectó a David Ribas en el sur de la India, mantuvo conversación con él y se niega a regresar a España.

—¿Y? —añadió Ana.

—Está en el hospital con una costilla rota. David Ribas se apropió de su teléfono móvil. Ahora mismo el aparato está destruido. Según la última señal, David efectuó la llamada junto a un río. Probablemente lo habrá arrojado allí.

—Sí, existe. No es una leyenda infundada la de David Ribas. Está operando a sus anchas en la India —murmuró Luis, y leyó el informe en el que se le declaraba fallecido tras un atentado terrorista en Bombay junto con su esposa, Cristina Navarro, hacía ya más de una década.

Cuando acabó, Ana solo tenía una sugerencia.

—Enséñame las imágenes que tenemos en los archivos de David Ribas, durante su etapa en España.

Luis hizo una señal al informático para que prosiguiera con la información obtenida. En la pantalla aparecieron distintas fotografías de un joven y adulto David Ribas en diferentes ocasiones, durante prácticas, fotos de perfil al graduarse, y otras con un señor que Ana conocía muy bien.

—Ese de ahí es un antiguo directivo del CNI.

—Sí, es el veterano Julián Fernández —confirmó Luis—. Otra leyenda en el servicio de espionaje español.

Ana se apretó las sienes con los pulgares. Hasta ahora había sabido controlar sus emociones, pero la operación no estaba saliendo según sus planes. Las tensiones comenzaban a resquebrajar su fachada profesional.

—Así pues, es el mismo David Ribas que murió en el atentado terrorista en el Taj Mahal Palace hace unos años —comentó Ana.

—El mismo.

Ana quedó en silencio, reflexionando.

Una joven empleada se aproximó.

—Su aspirina, señora directora —dijo en tono servicial.

Ella la miró.

—Deja el bote en mi despacho. Creo que voy a necesitarlo.

Luis sacó de una carpeta un folio y comenzó a leer.

—El vehículo en el que iba el presidente presentaba muchas deficiencias en cuanto a seguridad. El grueso de la carrocería y de los cristales no había sido actualizado, por este motivo las balas consiguieron penetrar y matar a los dos guardaespaldas que había en su interior.

—Eso es competencia del ministerio, Luis. ¿Has compartido la información?

—Sí, ya la tienen. De hecho, el Gobierno está pensando en comprar dos coches blindados que les ha ofrecido el embajador de Estados Unidos en Nueva Delhi.

Ana tomó el documento y lo leyó por encima, devolviéndoselo enseguida.

—Bien, por lo menos los *airbags* funcionarán como deben y el material de la carrocería estará a la altura.

—Hay un informe médico donde se menciona que el fuerte daño muscular del presidente en el cuello se hubiera podido evitar si…

Ana le interrumpió.

—¿Te has puesto a pensar en las consecuencias que nos puede traer si se llega a saber que un exagente español dado por muerto actuaba de chófer del presidente de España en su visita a la India? Si esto llega al conocimiento de los medios de comunicación, ruedan cabezas.

—Comprendo que es difícil de creer, pero estos son los hechos. Al menos hay que agradecerle de que hubiera salvado al presidente, arriesgando su propia vida como lo hizo. —Señaló Luis a la pantalla donde se veía a un hombre ayudando al presidente de España a escapar del atentado terrorista y huir corriendo por la calle hasta que el ángulo de la cámara dejó de captarlos. Se encogió de hombros—. Aunque, desde luego, debe de haber una explicación.

La directora del CNI no podía dar crédito a sus oídos.

—Obviamente, hay una explicación —dijo ella. Señaló la otra pantalla, la que mostraba la imagen de David Ribas con Julián Fernández—. Conozco a la persona que puede dármela.

PARTE DOS

SON TIEMPOS PELIGROSOS

9

Acompañado de una joven empleada del CNI, Julián Fernández caminaba por los pasillos de mármol, siempre brillantes como si de un hospital se tratara, con una tarjeta de visitante colgada en la solapa.

Le habían acompañado sus principales empleados del Cervantes, la organización de inteligencia y lucha antiterrorista que él dirigía, Laura García y su equipo operativo más reducido: Tom, Fabián y Óscar.

Se habían quedado todos en la recepción, menos Óscar, sentado frente al volante de la furgoneta, aparcada en el *parking*.

La reunión con la directora del CNI era de extrema importancia y gravedad. Hacía poco habían tenido constancia de la presencia de operativos españoles en la India. Querían conocer por boca de la directora del CNI el motivo. ¿Era por David Ribas? ¿Cómo habían dado con su existencia en el país asiático?

Creían que habían tenido conocimiento de la existencia de David tras el atentado terrorista contra el presidente de España. El político habría hablado a su regreso a España del misterioso agente que le había salvado la vida y que se hizo pasar por su chófer. También quizá por algunas cámaras de seguridad cuyas grabaciones se habrían quedado guardadas antes de que desde el Cervantes las apagaran e hicieran inservibles. Por esto, Laura insistió en acompañarle.

Julián tenía el aspecto de un veterano director de universidad. Llevaba puesta una corbata de lazo con un traje sencillo, gafas, pelo gris en las sienes y una pronunciada calvicie. Sin embargo, en aquel rostro maduro estaban grabadas las líneas de una vida llena de peligros, toma de decisiones de vida y muerte: una difícil y larga carrera en el mundo de la Inteligencia.

Siguiendo de cerca a su guía, caminó entre una hilera de ordenadores, en donde jóvenes analistas trabajaban. En una serie de pantallas laterales mostraban los últimos acontecimientos más significativos en España y en el mundo entero que llegaban vía satélite.

No había cambiado mucho desde la última vez que estuvo dentro del CNI. Los mapas informatizados eran los mismos o muy parecidos, excepto quizá por la claridad de las imágenes, que ahora eran mejores, lo que podía evidenciar que eran del mismo patrón solo que estaban actualizados, quizá por el mismo proveedor.

Cogieron el ascensor para ir a la planta superior.

Cuando la puerta se abrió, Julián observó la tecnología que utilizaban allí. La misma que la CIA. «Qué anticuados». «Parece todo instalado por un director de arte hollywoodiense», se decía a sí mismo observando todos los detalles.

Por suerte, en el Cervantes iban más adelantados en cuanto a tecnología.

La joven se detuvo y señaló una puerta de cristal. La mirada de Julián se cruzó con la de la mujer al otro lado de la estancia.

—Entra, Julián —le llamó Ana a pesar de estar la habitación insonorizada, alzando el brazo como si lo hubiera estado esperando. Llevaba puestos unos pantalones grises y una blusa blanca. A primera vista parecía una ejecutiva de finanzas en una multinacional.

Él abrió la puerta y entró. De un vistazo se preguntó si la directora del CNI habría dormido la noche anterior. Aunque su rostro no reflejaba ningún cansancio. Era una mujer dotada de un garbo muy especial, incombustible, astuta y trabajadora hasta decir basta.

Sin embargo, él esperaba encontrar su fragilidad. Siempre la había en aquellas personas que denotaban ese carácter. En muchos casos, la fachada se desmoronaba al analizar los sistemas cognitivos de la persona.

Desde los ventanales se podía ver en el exterior las banderas ondeando en el patio de abajo, en aquella clara y soleada mañana. También el monumento colocado en memoria y honor de los agentes caídos en Irak en 2003.

Ambos tomaron asiento, uno frente al otro, en la ancha mesa de madera. Ana abrió una carpeta y le mostró una fotografía de David Ribas protegiendo al presidente de España durante el pasado atentado terrorista en las inmediaciones de la Embajada de España en Nueva Delhi.

—Dime, ¿quién es? —Hubo silencio. Ella añadió al cabo de un instante—: Nadie mejor que tú puede contarme quién es David Ribas. A partir de este momento, creeré en la resurrección de los muertos.

No podía desmentirlo ni negar quién era.

—No es una persona corriente —comentó él devolviéndole la fotografía.

—Empezamos bien. Y, por cierto, te diré que ahora mismo me están cambiando las cerraduras de mi apartamento y modificando el sistema de seguridad por otro más avanzado.

—No sé de qué me hablas.

Ella le mantuvo la mirada. Iba a ser inútil relacionarle con la visita en su vivienda de la mujer con pasamontañas. Admitir que había sido asaltada en el baño mientras permanecía desnuda en la bañera no dejaba en buena posición a la directora del CNI.

—¿Y si te pregunto por qué dices que David Ribas no es una persona corriente?

—Es ahí donde radica precisamente una de sus cualidades principales, donde cualquier persona que intente analizarlo puede equivocarse.

—Eso lo aprendí en la escuela de Inteligencia, Julián. Por favor, no me vengas dando lecciones. ¿Quieres decir que no es una persona común a la que le puede faltar un mínimo de capacidad de raciocinio?

Ella retiró de su cara un mechón de pelo. Su tono era casual, como si se tratara de una charla educada entre una alumna y un profesor; ella le trataba con indiferencia, y no se molestaba en ocultarlo.

Julián alzó la vista al techo, como si estuviera dirigiendo sus pensamientos a otra época pasada.

—Al mencionar que no es una persona corriente, quería decir que no es una persona «sencilla». Ya que tal cualidad se puede interpretar con falta de raciocinio. Él está en el extremo: es un hombre que analiza los hechos, un hombre de acción. Sus aptitudes como operativo radican en su capacidad de tomar decisiones en los momentos más complicados. Los acepta, demora o rechaza, pero jamás los rehúsa. Hace frente a lo desconocido.

—Vale, entonces, es inteligente, mentalmente rápido, habilidoso en situaciones de extremo peligro, dedicado y rápido.

—Y sabe disparar y enfrentarse a un adversario cuerpo a cuerpo.

Ana soslayó el tema con un ademán de la mano.

—Es un asesino anónimo.

Julián se obligó a concentrarse en el presente.

—¿A dónde quieres llegar a parar?

—La compenetración de los distintos servicios de inteligencia…

—Integración, Ana —le interrumpió él—. Yo lo llamaría integración.

Ella hizo una mueca irónica de conformidad.

—Bien… La «integración» de los distintos servicios de inteligencia.

—Servicios secretos, si quieres hablar por todos, utiliza esta denominación, ya que el término Inteligencia suena más suave al referirte a la obtención de unos fines ciertamente ambiguos, que solo unos, los más profanos en la materia, sabemos utilizar.

—De acuerdo. Dejemos la denominación de «servicios secretos» y «servicios de inteligencia» aparte. Quería decir que a las distintas ramas de las fuerzas de seguridad del Estado no les gusta trabajar conjuntamente. Está todo lleno de subdivisiones, muchas, incluso yo diría que con demasiados analistas con sesgos ideológicos, por tanto, sus informes son subjetivos; asesores, secretarios... Si los políticos no interfirieran, manejándolas según sus intereses, se podrían consolidar. —Hizo de nuevo la mueca irónica—. Integrar.

—Ana, no creo que el ministro del Interior apoye tus palabras.

Desde hacía meses ella vivía una tórrida aventura entre bambalinas con el ministro del Interior, Esteban Gómez. La relación era secreta, pero nada se le escapa al Cervantes y su poder de obtener información, incluso comprometedora.

Ana le señaló con el índice.

—¿Crees que lo sabes todo, eh?

—No, no lo creo, es que lo sé todo.

—Dejando a los políticos a un lado, lo que vengo a decir es que en los distintos departamentos de las fuerzas de seguridad del Estado mienten, ocultan información y no dejan de competir unos contra los otros.

—Quizá sea comprensible si analizamos la situación en la que nos encontramos.

—¿En qué situación nos encontramos? —preguntó en tono cortante.

—Vivimos en una época muy convulsa. Son tiempos peligrosos, Ana. Los líderes no se encuentran con determinación suficiente para tomar decisiones que en última instancia pueden perjudicar a políticos y sus agendas. Hay demasiada inseguridad y los funcionarios tratan de ponerse a salvo. No quieren ver peligrar sus ascensos, sus trabajos fijos, sus pensiones. Ninguna nación se pone al frente para luchar contra la amenaza terrorista. Es nuestro deber desde las organizaciones de inteligencia hacer frente a su salvajismo porque los políticos europeos continúan acobardados. Cada vez más vivimos bajo la sombra alargada de la amenaza terrorista. Se producen constantes asesinatos, más detenciones de personas con tenencia y fabricación de armas y explosivos, secuestros, asaltos, captaciones de lobos solitarios, hay más células terroristas, el tráfico de armas y de personas es cada vez más rampante… y la respuesta de los líderes políticos ya sabes cuál ha sido en cada ocasión, tibia. Vivimos sometidos al miedo de que algo, algo muy gordo de la envergadura de los atentados del 11M, pueda suceder de un día a otro.

Ana cruzó sus delicadas manos sobre la brillante superficie de la mesa.

—Tengo carta blanca para crear un nuevo servicio de espionaje que deje de estar lastrado por el pasado y dispongo del presupuesto.

Julián apoyó la barbilla sobre la palma de su mano, escudriñando el rostro de Ana como un profesional de un juego de mesa que conminase a su oponente de menor nivel a que se lo pensara antes de lanzar su próxima jugada o se retirase.

—Ana, siempre has sido una persona brillante —dijo él al fin—. Te han considerado el perfil adecuado por tu capacidad intelectual necesaria, y posees persistencia y lealtad. Pero la pregunta es si no

pretendes volar demasiado alto. Recuerda el mito de Ícaro.

Él sabía que ella podía volar lo más alto que se propusiera, porque conocía la psique de las personas, donde estaban las cumbres y los valles, los éxitos, fracasos y obstáculos.

Ella era imparcial en su conciencia, como estaba mencionado en el informe del Cervantes sobre ella. Sí que podía volar como Ícaro porque a ella le importaba bien poco de dónde procedieran los vientos que soplaran bajo sus alas. Ella ansiaba el éxito en el mundo de la Inteligencia, sin importarle el precio que tuviera que pagar.

—Volvamos al tema que planteaba. ¿Por qué este politiqueo y rivalidad entre las fuerzas de seguridad del Estado y las organizaciones de inteligencia?

—Porque tienen distintas competencias, por tanto, objetivos, y quieren congraciarse con ciertos partidos políticos para seguir siendo financiados por el erario. Por ejemplo, quisiera saber qué hacen agentes operativos del CNI en la India.

Se mantuvieron la mirada. Por unos segundos, nadie habló. Solo se escuchaba el suave zumbido del aire acondicionado centralizado.

—Mi objetivo ahora se encuentra en quitar del tablero a esta persona.

Le tendió otra fotografía tamaño cuartilla.

Un escalofrío le subió a Julián por el espinazo.

En la imagen aparecía él, joven, con cuarenta y pocos años. Tenía extendido un brazo sobre los hombros de un joven David Ribas de facciones regulares, anchas espaldas, musculoso, atlético. Los dos posaban alegremente frente a la cámara.

Ella esperó pacientemente.

—Era mi amigo. —Parecía absorto en otra época—. Discípulo y amigo. Un fenómeno, no lo niego. El mejor.

—Esa es la razón por la que no existe expediente.

—Sí que lo hay.

—Sí, claro. Haberlo, lo hay, pero sabes a qué me refiero. Hay expediente hasta el día de su entierro en Madrid, una vez que lo declararon como fallecido en el ataque terrorista en la India. Pero no desde entonces al día de hoy.

Julián sonrió. Le devolvió la foto. Ella le miró a los ojos y ambos permanecieron en silencio, sentados, con la mirada fija, vigilándose, a la espera.

—Conocí a su mujer. Una persona inteligente y brillante.

—Julián, tenemos suerte de saber todo lo que sabemos. De lo que yo estoy segura es muy poca información comparada con la que tú tienes de él.

—No creía que la suerte tuviera que ver en el trabajo de analista de inteligencia.

—No tengo tiempo para sarcasmos.

—Deja que te lo resuma, habéis identificado a alguien que ha permanecido muerto desde hace años. ¿Por qué remover este tema? Déjalo pasar, Ana.

Ella sonrió a la vez que asentía con la cabeza.

—Si continúas así, creo que no nos vamos a llevar muy bien. Ahora que tú nos lo confirmas, ya podemos saber con cierta seguridad que esa persona se llama David Ribas, exoperativo y antiguo discípulo tuyo. —Abrió su carpeta y le tendió una fotografía de perfil de él—. ¿Lo reconoces verdad? —Le mostró otras tantas fotografías—. Estas fueron captadas por los móviles de huéspedes del hotel Claridges, donde David llevó al presidente para salvaguardarle tras sufrir el atentado en la embajada.

—Esta reunión es del todo segura, ¿verdad?

Ana le lanzó una mirada.

—Julián, estamos solo los dos reunidos. Como cortesía, te he pedido venir a verme. Tras las circunstancias inesperadas de cierta visita que tuve anoche. —Alzó las cejas. Forzó una sonrisa—. Esto es extraoficial. También por el hecho de que ese hombre hubiera salvado la vida del presidente.

—¿Qué quieres saber?

—¿David Ribas está en la India bajo alguna misión especial? —preguntó esta vez manteniendo un tono reprobatorio—. ¿O se trata de alguna operación que se mantiene en secreto? Explícame exactamente qué está haciendo ese hombre en el extranjero y por qué razón está dado por muerto. Tenemos que comportarnos como profesionales. Sentirnos… «integrados», ¿no era eso?

—Yo no tengo duda de que lo hago.

—Mira, Julián. Existen demasiados cabos sueltos alrededor de David Ribas. ¿Cómo pudo sobrevivir al ataque terrorista en el que fue dado por muerto? ¿Por qué no se identificó el cadáver antes de ser enterrado en Madrid? ¿Cómo sabías que seguía vivo? ¿Cómo es posible que hiciera de chófer al presidente de España durante su visita en Nueva Delhi? Estamos hablando de una información muy sensible. Yo no puedo permitir que un operativo de inteligencia español ande suelto por ahí fuera haciendo lo que quiera en plan justiciero. ¿Y si acaba trabajando para agencias extranjeras? Las primas y beneficios serían muy tentadores para un hombre que vive sumergido en la mugre de un país tercermundista.

—Él no vive en un estercolero.

—Vete a la India y verás qué país más horrible para vivir.

—He estado en la India y no comparto tus opiniones.

—Pongamos todo en la balanza, ¿de acuerdo? Analicemos los hechos. David Ribas es un agente operativo español que actualmente

hace trabajos como mercenario para el crimen organizado de la India, ¿es así? Esto es lo que averiguó mi operativo Marcos antes de que él lo enviara al hospital con una costilla rota. —Julián permaneció callado. Ella continuó—: Por tanto, esta persona ejerce la violencia y asesina. No hay otra comprensión que valga. No se va a entregar. Ha dado a entender durante estos años en los que ha vivido en la sombra que rechaza cualquier requerimiento legal para volver al país al que pertenece. —Bajó el tono de su voz, como si no quisiera que nadie la oyera—. Tengo que poner fin a su presencia en la India.

Julián iba a contradecir sus palabras, sin embargo, optó por tener otra reacción, se lo pensó mejor. Ella ya habría tomado la decisión mucho antes de aquella reunión: tratar a David Ribas como una amenaza a la que había que exterminar. Le sostuvo la mirada, sonriendo de forma tranquila.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que ya te puedes imaginar. Aquí solo existe una salida.

—No lo subestimes.

La expresión ceñuda de Ana se evaporó.

—¿Qué insinúas?

—Lo que ya te puedes imaginar —respondió recreando el mismo tono de voz que ella había empleado.

—Por Dios, Julián. No vuelvas a ser sarcástico conmigo. ¿Lo próximo que me vas a decir es una frase manida sacada de una película de Hollywood?

—Simplemente, te digo que no lo subestimes —repitió él.

—Él… no deja de ser más que un solo hombre.

Julián evitó alzar los ojos y tener una reacción que vislumbrara cualquier atisbo de ser analizado por la experta directora del CNI. Permaneció varios segundos sin ofrecer ningún gesto.

—Eso es cierto. No es más que un solo hombre. Pero no es una buena noticia lo que acabo de escuchar.

—¿Quién te ha dicho que te la iba a dar?

Julián barrió con su mirada la sala de reuniones antes de levantarse.

—Te deseo buena suerte.

—No es nada personal contra ti, por haber sido su mentor. Pero considero que él es una amenaza que hay que tomársela muy en serio —dijo Ana.

Julián sacudió la cabeza y replicó con firmeza:

—Pues yo opino que hay que dejarlo tranquilo. Él ya ha sufrido mucho.

Ana también se levantó.

—¿Te refieres a su mujer?

Con el rostro inexpresivo, la miró con fijeza. Ana le devolvió la

mirada; quería hacerle ver que su presencia no le causaba gran impresión.

—Estaba embarazada cuando la asesinaron en el ataque terrorista en el hotel Taj Mahal Palace.

Ana se cruzó de brazos.

—Mira, Julián, sabemos que a veces un hombre con sus medios consigue lo que no logra un analista de inteligencia en su despacho frente a la pantalla de un ordenador o de un operativo puesto en el cargo por tener licenciaturas y saber idiomas. A David Ribas no le ha importado enfrentarse a peligros, jugándose la vida, movido por esa espina que lleva clavada en su interior: el odio. Pero tener a una persona como él, con sus conocimientos y experiencia, se puede convertir en carnaza para ser reclutado por la inteligencia extranjera en contra de nuestros intereses, si no lo ha hecho ya. Por eso, tener un espía suelto a su libre albedrío en constante relación con el crimen organizado se convierte en un objetivo para ser eliminado y evitar males mayores. ¿No fue Sun Tzu quien dijo algo así como que si no se trata bien a los espías, pueden convertirse en renegados y trabajar para el enemigo?

Se hizo un silencio.

—Mi recomendación, y vuelvo a repetírtelo, es que lo dejéis en paz. Para serte sincero, tiene una experiencia abrumadora y un entrenamiento muy superior a agentes mucho más jóvenes que él. A David Ribas lo podemos seguir utilizando hasta que se debilite por la edad, la mente y el físico, o fallezca durante una misión. Lo hemos utilizado en operaciones en la India y en el extranjero. Es paciente, inteligente, se sabe desenvolver, se rige bajo los dictámenes del sentido común, ni sufre paranoias ni es malo por naturaleza. Con un agente así, sería una estupidez desprenderse de él. Yo lo pensé en el pasado y me pegué un tiro en el pie. La operación fue un fracaso y le tuve que pedir perdón. Ese activo de ahí fuera nos es muy útil para preservar los intereses de España.

Ana se encogió de hombros.

—El mundo se ha convertido en un lugar peligroso, como me has analizado antes, y bajo mi dirección no voy a permitir a ningún agente renegado. Los países ya no saben quién es amigo o enemigo. Asia es un lugar estratégico. Los países BRICS están ganando importancia mundial y en ellos, la India juega un papel cada vez más importante. De hecho, he montado una oficina en Nueva Delhi. Situados en el sur de Asia podremos tener movilidad y generar información. Podemos entrar y salir de Pakistán, Afganistán, entrar en China, Bangladesh, mantener reuniones en Cachemira… Hoy en día la tecnología nos presenta grandes oportunidades y avances, pero el HUMINT es prioridad, indiscutiblemente una necesidad para generar información

a través de fuentes humanas. Las batallas no solo están en el uso de las nuevas tecnologías sino en los terroristas infiltrados, en los lobos solitarios, en las células clandestinas dispuestas a actuar en el momento menos previsto, en las habitaciones secretas, en las actividades de ocupación y abducción, en la información privilegiada en el extranjero, en los grupos extremistas…

Una vez más, Julián la interrumpió.

—Esa oficina está destinada al fracaso.

El ruido de un helicóptero les llamó la atención.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó sorprendida Ana, girándose hacia la ventana. No se veía nada en el cielo, sin embargo, el sonido de los rotores de un helicóptero persistía—. Parece que está sobrevolando el edificio.

—¿Tenéis algún tipo de maniobras? —preguntó Julián.

Ella cogió un mando y encendió varias pantallas digitales dispuestas en una pared. Los dos observaron en una pantalla a varios hombres con cascos y capuchas descender con cuerdas de un helicóptero y acceder al edificio por una ventana tras haber roto el cristal con un explosivo plástico.

Vieron en otra pantalla a varios hombres vestidos de negro y con fusiles corriendo por los pasillos, disparando por doquier.

Luis Vega, como asistente de la directora del CNI también estaba encargado de agendar las reuniones del día. Estaba trabajando en su Departamento y acababa de atender una llamada telefónica cuando, alertado por el tableteo de disparos, salió fuera y vio a uno de los terroristas caminar por el pasillo. Inmediatamente, corrió en dirección opuesta.

Abrió de sopetón la puerta de reuniones, lo que provocó que tanto Ana como Julián se sobresaltaran.

—El CNI está bajo ataque —gritó Luis.

10

Sofía tomó la iniciativa, cogiendo del brazo a su amiga para que no se quedara atrás. Ella y Carlota habían estado corriendo sin parar desde los últimos diez minutos.

Pararon a descansar, dejándose caer al suelo. Carlota miró hacia atrás angustiada, las lágrimas caían por sus mejillas.

—Preguntaron por ti —dijo ella, jadeando.

Sofía respiró y espiró con fuerza.

—¿Por mí?

—Sí, dijeron en español: «¿dónde está Sofía Ferrer?» —Carlota rompió a llorar; continuó entre lágrimas—: Fernando les dijo que estabas fuera y que volverías enseguida. Entonces, comenzaron a matar a todos.

Sofía la abrazó. Por un instante, pensó en sus padres y en la naturaleza de sus trabajos como altos cargos de la administración del Estado.

—¿Tienes tu móvil?

—Lo perdí en el bosque cuando corría con Irene. A ella también la han matado. Le dispararon por la espalda.

—¿Tú los viste?

—No lo sé.

—Cómo que no lo sabes, ¿qué aspecto tenían?

—Ahora que lo pienso, no parecían indios.

—No eran indios —aseveró Sofía.

—No. No lo eran.

—Tenemos que salir de este bosque y pedir ayuda.

Carlota hablaba entre lágrimas.

—Tiene que haber más casetas por esta zona. Hay extranjeros viviendo aquí en Auroville. Lo dijo Sandeep. Las vimos desde el camino de tierra. ¿No te acuerdas?

Sofía asintió en silencio y levantó la mirada. El camino se bifurcaba ante ellas.

—Igual hemos ido en dirección contraria, hacia el interior, porque la entrada estaba frente a la carretera principal, paralela al mar —añadió. Miró los dos caminos frente a ellas—. Debemos de separarnos.

Carlota se abrazó aún más fuerte a su amiga.

—No, no quiero estar sola.

—Es la mejor opción. Si nos vamos las dos por el mismo camino y es el equivocado, tendremos menos esperanzas de seguir con vida. Tú te vas por la derecha y yo por la izquierda.

Carlota asintió al fin, limpiándose las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Sí, creo que estamos corriendo a ciegas.

—Si no recuerdo mal, la entrada estaba hacia la derecha. —Se giró y observó en derredor—. Allí está ese techo circular dorado —dijo señalando a lo lejos, donde se podía ver el resplandor de la brillante cúpula de un edificio habilitado para tener en su interior un centro de meditación—. Esa es la bola gigante que vimos camino a la caseta de Sandeep, ¿te acuerdas? —Quedó reflexiva—. ¿Pero cuál es la derecha? Igual hemos ido en círculos.

—Yo creo que si vamos por ese lado… —comentó Carlota, señalando uno de los caminos.

—Entonces, tú vete por ahí y pide ayuda. Yo lo haré por el otro.

—Pero ¿por qué no se ve a nadie?

—Es tarde. Pronto anochecerá. Esta gente vive en sus casetas aisladas, como Irene y Sandeep. Gente tiene que haber. Y si no, sigue hasta la carretera general, por donde entramos. ¿De acuerdo?

—Sí.

Las dos se dieron un abrazo y cada una se fue en una dirección distinta.

Sofía corrió manteniendo el ritmo. Pronto reconoció el lugar en donde estaba. Enseguida llegaría a la carretera general y podría pedir ayuda.

Mientras tanto, Carlota pronto se sintió tremendamente cansada, sus piernas parecían que eran los pistones de una máquina que ahora se negaban a continuar por falta de energía.

Decidió sentarse a tomar un descanso.

Escuchó a alguien cantar. Se levantó y vio a una mujer de unos cincuenta años de aspecto extranjero, sandalias, pantalón corto de algodón y camiseta de tirantes con flores estampadas caminando al tiempo que recitaba mantras hindúes.

—Ayuda, ayuda —gritó Carlota, desesperada, corriendo hacia ella; la voz se le fue ahogando en la aspereza de sus jadeos.

—¿Qué sucede? ¿Qué te ha pasado?

La mujer tenía un marcado acento alemán.

—Nos quieren matar.

La mujer alzó la mirada, pero no vio a nadie más por detrás de aquella joven.

—¿A quién?

Carlota se tiró al suelo de rodillas.

—A nosotras.

La mujer enseguida pensó que estaba bajo la influencia de algún tipo de droga. Aunque estaba prohibido el consumo de estupefacientes en Auroville, era común su uso por parte de los extranjeros: los locales o residentes con más tiempo de estancia se las vendían muy baratas.

Volvió a echar un vistazo a los alrededores, por si hubiera alguien rezagado, y, entonces, la observó con detenimiento.

—Déjate de tonterías o tendré que avisar en la recepción y ellos pondrán una incidencia contra ti y tus amigos.

—Es verdad.

Enseguida las figuras de varios hombres surgieron de entre la maleza. Carlota sintió pánico y echó a correr.

La mujer se quedó de pie, petrificada y perpleja, viendo a aquellos hombres acercarse. Uno de ellos le sonrió, mientras, otro levantaba el brazo; llevaba algo metálico en su mano.

11

En un monitor vieron una docena de imágenes más pequeñas provenientes de las cámaras de seguridad internas distribuidas en pasillos, salas de reuniones, escaleras, ascensores, despachos y departamentos donde los jóvenes analistas trabajaban.

Eran escalofriantes. Los terroristas disparaban y abatían a los empleados, que no sabían cómo defenderse ni dónde esconderse: no estaban preparados para aquel escenario.

Ana se quedó inmóvil, como si estuviera procesando el significado de todo aquello. Parecían escenas teatralizadas por actores, no podía ser real. La mente de la directora del CNI daba vueltas. ¿Cómo era posible? ¿Era todo parte de un ensayo? Sus pensamientos estaban ocupados por todas estas preguntas y más.

Por el contrario, Julián supo de inmediato que algo más grave ocurría.

—Se dirigen hacia aquí —aseveró Luis.

Julián miró a Ana. Al ver que ella no reaccionaba, la cogió de los brazos.

—Tenemos que actuar.

Inmediatamente, las pantallas se apagaron, al igual que las lámparas del techo y el aire acondicionado del edificio. La única iluminación era la que provenía del exterior a través de los grandes ventanales, y unas pequeñas luces led activadas automáticamente tras el corte de electricidad, situadas en los laterales.

—Ana, tenemos que salir de aquí —añadió Julián, zarandeándola de nuevo.

—Venid —dijo ella, retomando su compostura.

Salieron del despacho y se dirigieron por el pasillo hasta llegar a una puerta. Ana la abrió insertando una llave de seguridad. Enseguida se encendieron las luces del edificio.

—Ha saltado el generador de emergencia —comentó Luis.

Continuaron caminando con el paso acelerado por otro pasillo, accediendo a una planta inferior, hasta llegar a otra puerta.

—Este es nuestro búnker secreto —dijo Ana. Tecleó un código personal de seis dígitos. Una robusta puerta de acero se abrió delante de ellos—. Aquí tendremos todo el tiempo electricidad y podremos comunicarnos con el exterior.

* * *

LAURA SE PUSO EN ALERTA. El instinto le decía que había peligro. A lo lejos escuchaba un inconfundible tableteo, como el sonido ahogado del estallido de unos petardos.

—Chicos, algo está sucediendo —murmuró.

Tom dejó la revista sobre política exterior que estaba leyendo y se levantó del sofá, prestando oído a los ruidos lejanos. Mientras, Fabián se acercó a la ventana.

—¿No es el claxon de nuestra furgoneta?

Los tres se pegaron junto al cristal. Abajo vieron a Óscar haciéndoles gestos con las manos.

Laura sacó su teléfono móvil.

—No hay cobertura. La red está bloqueada.

Óscar les hizo un gesto como si estuviera disparando un fusil, y señalando a la parte de arriba del edificio. Enseguida vieron al personal de seguridad acercarse a la entrada y mirar hacia arriba.

—Han utilizado inhibidores de frecuencia y bloqueado las puertas de acceso —dijo Tom.

—¡Por aquí! —ordenó Laura, yendo fuera hacia un pasillo.

* * *

DENTRO DEL BÚNKER, Julián llamó a Varun, que en esos momentos se encontraba con su equipo de ayudantes en la sala de operaciones del Cervantes.

Varun Grover, de origen indio, empleado en la organización Cervantes desde hacía varios años, era el experto informático. Tenía una barriga pronunciada debido al poco deporte que realizaba y por la dieta de comida rápida a la que era adicto; cabello liso y negro, tez morena aceitunada, cara rechoncha y gafas grandes y redondas tipo Harry Potter.

Él era capaz de entrar en la base de datos ajenas con alguna programación nueva e ingeniosa que él mismo creaba para sortear todo tipo de protección antivirus. Igual hacía con los cientos de satélites que pululaban alrededor del planeta, rusos, chinos o americanos, con los que podía obtener datos e imágenes exclusivas, e incluso podía leer los números de una matrícula desde mil setecientos kilómetros de altura.

—Varun, dime algo.

—Soy un genio, jefe —contestó él sin el menor asomo de ironía—. Ya lo sabes.

Julián puso cara de enfado.

—Vale, genio. Ahora infórmame de lo que está sucediendo.

Él terminó de teclear en su consola, sin bajar la mirada de las pantallas. Observó los distintos monitores que mostraban las cámaras de seguridad internas del edificio del CNI.

—Están abatiendo a toda persona que se encuentran de camino hacia vosotros.

—¿Y Laura y su equipo?

Varun los veía por el calor corporal en su pantalla.

—Van en vuestra ayuda, pero las señales están bloqueadas. El móvil de Laura tiene instalado un dispositivo especial con el que sí creo que me podré comunicar.

De repente, una explosión colosal hizo temblar el edificio.

Ana señaló una pantalla.

—Al cortar la electricidad, algunas puertas electrónicas no se abren por protocolo de seguridad.

Luis señaló una pantalla donde se veía a dos terroristas poniendo más explosivos junto a una puerta para hacerla estallar.

—Están utilizando explosivos para llegar a nosotros.

* * *

LAURA, Tom y Fabián, que se encontraban subiendo por las escaleras de emergencias, sintieron la fuerte vibración después de la detonación.

El teléfono móvil de ella sonó en su bolsillo. Al ver el número en la pantalla, respondió enseguida. La llamada era desde un número en Hannover que había sido previamente desviada a Johannesburgo, en Sudáfrica, desde donde se desvió el número a Dhaka, en Bangladesh, y a su vez reenviada digitalmente a Casablanca, en Marruecos.

—Dime, Varun.

—Julián está a salvo en una especie de habitación del pánico con Ana. La puerta de acero es bastante gruesa como para que puedan acceder.

—¿Cuántos son?

Varun miró sus pantallas.

—Hay cuatro en dirección a ellos y un quinto en la planta superior, dando vueltas, disparando a todo el que ve por delante.

Llegaron a un descansillo. Enfrente tenían la puerta que daba acceso a la planta.

—¿Dónde están ahora mismo?

Varun miró otra pantalla.

—Podéis abrir esa puerta que tenéis delante sin problema. Ellos están más al fondo. En el lado derecho.

Entraron con precaución. Había agujeros de disparos por todas partes. Encima de un escritorio vieron a varias personas abatidas, y por todas partes cristales, cascotes, escombros y sillas. Muchas de las

pantallas planas de los ordenadores estaban por los suelos.

Caminaron en silencio por el pasillo. Vieron a dos mujeres acurrucadas en el suelo.

Laura les hizo un gesto de que guardaran silencio. Tom y Fabián les señalaron las escaleras de emergencia.

Enseguida vieron a otros empleados y les indicaron lo mismo, que salieran por detrás, utilizando las escaleras de emergencia.

Hubo otra segunda explosión, tan potente como la anterior, que hizo que los tres se lanzaran al suelo. La violencia y el estruendo hicieron que cayera el techo falso, quedando suspendidos en el aire muchos cables y plafones led. Los terroristas habían abierto la puerta y accedido a otro Departamento.

—¿Qué tipo de edificio es este? —preguntó Tom entre dientes, protegiéndose la cabeza.

—Una vergüenza —añadió Fabián—. Los materiales deben de ser de ladrillo y adobe.

—Tanta máquina detectora de metales de última generación a la entrada, y el edificio tiembla como un flan —dijo Tom.

—Vamos, vamos —les exigió Laura, levantándose del suelo.

Los tres corrieron hacia adelante.

* * *

—TE BUSCAN A TI, Ana, sin lugar a duda —declaró Julián, mirando una pantalla.

—Pues difícil lo tendrán para trucar el sistema de seguridad de este búnker.

—No hay que subestimarlos. Llevan explosivos, con lo cual indica que van precavidos. —Miró alrededor—. ¿Hay algún arma en este sitio?

Ana señaló un armario empotrado. Julián se acercó y lo abrió. Varias pistolas automáticas, tres fusiles, máscaras de gas y chalecos antibalas. Había cajones llenos de munición.

—Bueno, pues algo es algo. —Miró a Luis—. ¿Has usado alguna vez un arma? ¿Sabes disparar?

—Nunca he cogido un arma.

Julián observó a Ana, que a duras penas podía controlar su miedo, se encontraba atemorizada.

—Estate tranquila, que tengo a mi equipo ahí fuera. Todo saldrá bien.

Ella asintió.

Julián le tendió un chaleco antibalas, otro a Luis, y luego les señaló la pantalla. Los tres vieron a Laura, Tom y Fabián corriendo por un pasillo.

—¿No os lo había dicho? Mi equipo está en acción.

* * *

LAURA SACÓ SU TELÉFONO MÓVIL.

—Dime algo, Varun —murmuró.

—Parad. Hay uno colocando explosivos en una pared a escasos metros de donde estáis. Otros tres han ido más adelante.

Laura hizo un gesto a Tom y Fabián.

Tom se asomó por la esquina y vio a un hombre arrodillado sacando de su mochila explosivo plástico y pegándolo en la pared. Estaba manipulando unos cables cuando Tom se acercó por detrás y de un golpe en la nuca lo tumbó, acto seguido, le agarró del mentón y de la cabeza y le partió el cuello.

Laura cogió el fusil. Tom y Fabián, las pistolas automáticas que tenía ajustadas en cada pierna.

—Parece armamento turco —comentó Fabián observando el arma —. ¿Puede ser?

—Eso parece —contestó Tom.

Laura les hizo un gesto, señalando a un terrorista aproximándose.

—Apuntar a la cabeza, llevan chalecos kevlar —susurró.

—¿Por qué tardas tanto? —gritó el terrorista en árabe a su compañero.

Estaba a punto de llegar donde se encontraban ellos, cuando Laura saltó al pasillo en posición de disparo, apretando el gatillo cuatro veces consecutivas. Tres balas le impactaron en el cuello y el rostro: el hombre cayó hacia atrás, borboteando sangre.

Tom corrió y le arrebató el fusil.

—Vamos —les pidió Laura con apremio.

Una vez que atravesaron aquel Departamento, vieron a dos terroristas que les daban la espalda mientras caminaban por el otro extremo de la planta.

Fabián se adelantó y tocó el hombro de Laura, dando a entender una señal de peligro.

Un terrorista apareció debajo de una mesa, apretó el gatillo, pero el disparo le salió demasiado alto, destrozando la cristalera de un despacho. Tom levantó el arma y efectuó varios disparos, impactando en el rostro de su atacante.

Sin embargo, una ráfaga del fusil del terrorista se esparció por todas partes, mientras, el hombre se caía de espaldas a la pared y revotaba hasta caer al suelo. Por suerte Laura, Fabián y Tom se quedaron tumbados.

El otro tomó posición de disparo desde el centro del pasillo y comenzó a dispararles sin cesar. Vació el cargador, de su pechera

cogió otro y recargó el arma. Mientras, Laura había corrido en paralelo por el pasillo adyacente, dando la vuelta y encontrándoselo de frente.

El terrorista se giró, y, al impulsarse para correr en dirección opuesta, vio a Laura frente a él. No tuvo tiempo de levantar el arma, una bala le impactó en la cabeza, cayendo su cuerpo al suelo como si hubiera recibido una potente descarga eléctrica.

Laura se levantó y sacó el teléfono móvil.

—Varun, dime algo.

El informático veía todos los movimientos en el edificio gracias a la tecnología de imágenes térmicas de alta resolución.

—Os habéis cargado a cuatro —dijo el informático observando sus pantallas—. Falta el quinto, que está arriba. Se ha percatado de la baja de sus compañeros y parece que va de camino al búnker.

Se guardó el móvil en el bolsillo.

—Veamos, necesitamos un plan —dijo ella—. Tom, tú subes a la planta superior, mientras Fabián y yo seguimos recto hasta dar con el búnker, y ahí nos quedamos salvaguardando la entrada.

—De acuerdo —dijo Tom.

—Espera. No corras ningún riesgo estúpido. Empieza a disparar si te lo encuentras. Asegúrate de comprobar los despachos.

Tom salió corriendo en dirección opuesta para alcanzar las escaleras.

Fabián inspeccionó rápidamente el pasillo que tenían enfrente, y Laura, pegada a su espalda con el rifle por delante, lo siguió.

* * *

JULIÁN ESTABA HABLANDO por videoconferencia con Varun, este le puso al corriente de los terroristas abatidos.

—Gracias a Dios —dijo Ana, abrazándolo.

—Quedaros a la espera de que os confirme que han eliminado al quinto y último terrorista. Aun así, no salgáis hasta que un equipo de especialistas peine el edificio en caso de explosivos trampa —les comunicó Varun.

Julián y Ana vieron las imágenes de la cámara de seguridad de la azotea, en las que un equipo antiterrorista de la Policía Nacional descendía de un helicóptero.

—Ya se ha acabado todo —dijo Julián.

Los instintos de liderazgo de la jefa del servicio de inteligencia española comenzaron a despertarse.

—Voy a informar a las autoridades y cuerpos de seguridad de la situación, y que sepan que hay tres operativos dentro del edificio. Y así evitar el fuego cruzado.

* * *

EN EL PISO de arriba Tom se movía con celeridad. Entonces, vio a un terrorista, se replegó y quedó pegado a la pared mientras analizaba su situación.

Con rapidez y cuidado, miró desde la esquina y volvió a pegarse a la pared. Efectivamente, ahí seguía el terrorista, en posición de tiro.

Decidió hacerle frente. Saltó al pasillo al tiempo que apretaba el gatillo y corría en su dirección. Los cartuchos vacíos caían al suelo, produciendo su tintineo característico.

Entonces, se dio cuenta de que había sido engañado. El hombre que estaba apostado con un rifle, apuntando al pasillo, no era un terrorista, era un empleado vestido con el uniforme oscuro de uno de ellos.

Fue tarde para reaccionar, el terrorista se levantó desde un lateral y disparó. La bala impactó contra la pierna izquierda de Tom, cayendo al suelo y protegiéndose detrás de un escritorio. Sintió un dolor atroz al notar cómo le había rasgado sus músculos. La sangre comenzó a brotar de la abertura.

Se arrastró con rapidez hasta conseguir llegar al interior de un despacho, dejando un reguero de sangre a medida que avanzaba.

Con dolor alzó la cabeza, el terrorista gritaba órdenes por su pinganillo. Hablaba en árabe. El hecho de que no recibiera comunicación de sus compañeros lo debió de poner aún más nervioso y corrió hacia el fondo del pasillo, en dirección al búnker.

* * *

LAURA CONTESTÓ la llamada de Varun.

—Dime.

—Tom se encuentra herido. Y el cuarto terrorista va hacia vosotros. Un comando antiterrorista está accediendo al edificio desde la planta principal.

Fabián escuchó un ruido y le hizo una señal a Laura. Ella se guardó el teléfono encendido en el bolsillo, poseída por la rabia de conocer que a Tom lo habían herido.

Varun observaba con atención y nerviosismo en su pantalla las imágenes térmicas que proyectaban sus cuerpos.

Laura se adelantó, irrumpiendo en el pasillo con el fusil, disparando balas y rugiendo. Un disparo alcanzó al terrorista en la pierna en el momento que alzaba la pistola para disparar. Otra bala le impactó en pleno rostro, cayendo su cuerpo hacia atrás. Laura corrió hacia él y vació rápidamente el resto de balas del cargador en el cuerpo tembloroso y magullado.

Cuando los disparos cesaron, todo quedó en silencio.

Laura sacó el teléfono móvil del bolsillo.

—Ya puedes confirmar a Julián que el peligro ha acabado.

Varun, que había enviado un satélite espía fotoelectrónico, cuya calidad era tal que le podía permitir leer la pantalla de un teléfono móvil, le advirtió al ver el caos de seguridad que se había formado en las instalaciones del complejo.

—Que no os vean con armas en las manos. Un grupo de hombres va directo al búnker y otro está peinando planta por planta.

Laura hizo un gesto a Fabián.

—Vamos a encontrar a Tom antes de que lo hagan ellos, no sea que piensen que es un terrorista y lo abatan.

—Subid rápido por las escaleras de la derecha —dijo Varun—. Tom permanece quieto junto a un escritorio y está armado.

* * *

TOM, que había escuchado los disparos, consiguió llegar hasta el pasillo, pero notó que la cabeza le daba vueltas y la vista se le nublaba. Estaba perdiendo mucha sangre y no quería acabar inconsciente. Si no actuaba rápido, se quedaría inmovilizado. Se volvió a levantar a duras penas, pero tras unos pasos hacia adelante, cayó al suelo. Miró hacia el fondo del pasillo, y mantuvo su rifle apuntando. Tan pronto el terrorista apareciera, recibiría una ráfaga de disparos hasta que se le acabara el cargador.

Laura y Fabián llegaron a la planta corriendo.

—Tom —gritó Fabián—. ¿Puedes oírme?

Silencio.

—Tom, ¿dónde estás? —preguntó Laura en voz alta.

Se escuchó un gemido. Ambos alzaron la cabeza, y vieron a Tom empuñando el fusil al aire en dirección a ellos.

—No dispares —gritó Fabián—. Somos nosotros.

—No lo haré, si no lo hacéis vosotros —rio Tom.

Ambos corrieron a su auxilio. Se arrodillaron junto a él, donde yacía en medio de un charco de sangre.

—Qué gracioso eres, ¿verdad? —dijo Fabián rompiéndole el pantalón.

—Que Alá te recompense con setenta vírgenes.

Laura inspeccionó la herida en los músculos de los cuádriceps de la pierna izquierda.

—Si continúas delirando de esta manera, te dejamos aquí —le reprendió ella con una sonrisa.

—Sé que no lo harías aunque te prometiesen el paraíso.

Laura volvió a sonreír.

—Qué tonto eres.

Había perdido bastante sangre, pero estaba de suerte porque la bala no penetró en el hueso. Ella miró alrededor, se levantó, fue al despacho y volvió con un rollo de cinta aislante marrón. Le hizo un torniquete con su cinturón, presionó la herida con el trozo de tela desgarrada del pantalón y se la vendó con la cinta.

—Vámonos.

Caminando con cuidado lo llevaron hasta el exterior, donde fue atendido por una ambulancia, y de inmediato se le suministró suero intravenoso, se le administró plasma y calmantes para el dolor. Enseguida lo trasladarían a una unidad de emergencia privada, donde no se guardaría expediente ni informe acerca de la situación y causa de ingreso del paciente.

12

A primera hora de la mañana encontraron el cuerpo de Carlota tendido en la cuneta de un estrecho camino de tierra.

La halló un empleado de la cocina de Auroville, quien recorría a diario esa ruta en su bicicleta. Vio un cuerpo tendido bocabajo y se paró a observarlo. Era blanca, extranjera y había sangre, mucha sangre. Se subió de nuevo en su bicicleta y pedaleó como nunca lo había hecho en busca de auxilio.

Al cabo de una hora, la policía y los encargados de la seguridad en Auroville estaban alrededor del cuerpo.

La gente comentaba en corrillo en inglés y en otros idiomas.

—Tan joven.

—¿Qué habrá sucedido?

—¿Un animal salvaje?

—No, aquí no los hay.

—Entonces…

Un policía, con un uniforme tan ajustado que parecía que cualquier botón fuera a propulsarse desde su ancho estómago, dio la vuelta al cuerpo de Carlota y vio el enorme corte que le atravesaba la garganta, lo suficiente como para exponer el esófago.

Auroville, un lugar tan calmado, como permanecía a diario, ahora era ocupado por una manada de una creciente multitud de curiosos y mirones, en su mayoría locales indios, que la presencia de todos los anteriores les había atraído.

El policía supo que, si no conseguía disolver a toda aquella gente, pronto llegarían más y, además, un equipo de televisión regional y muchos periodistas. La ambulancia estaba a punto de llegar. Mientras más pronto se llevaran el cuerpo, más pronto la gente se olvidaría del asunto.

—¿Nos puede decir de qué ha muerto? —preguntó un hombre rubio con marcado acento británico.

—Asesinato —contestó el policía en inglés con un fuerte acento indio—. Esta joven extranjera ha sido asesinada.

La gente dio unos pasos hacia atrás y apartaron la mirada, horrorizados.

—¿Quién habría podido hacer una cosa así? —preguntó alguien entre la multitud.

Enseguida hubo gritos lejanos. Todos se giraron y vieron a pocos metros de distancia a un hombre ridículamente vestido con pantalón azul claro, chancletas y sombrero de paja que alzaba los brazos al aire.

—Aquí hay otra mujer muerta —gritó con pronunciado acento francés, señalando unos arbustos.

El policía trotó al lugar que indicaba.

Al acercarse vio a una señora más mayor. El cuerpo yacía sobre un extenso charco de sangre. Tenía un corte en la garganta muy parecido al de la joven. Habían intentado tapar el cuerpo con hojas de palmera.

Las víctimas eran personas blancas, extranjeras. Aquello tendría unas implicaciones y hechos que conllevarían problemas, mucha presión, búsqueda de responsabilidades.

El orondo policía miró apesadumbrado a los empleados de Auroville que habían corrido a ver el segundo cuerpo asesinado. Se miraron unos a los otros como si se estuvieran preguntando cómo podrían tapar lo sucedido, cómo podrían evitar que no se supiera fuera de Auroville y, por tanto, que no hubiera atención mediática.

Sin más demora, estuvieron de acuerdo que lo más prudente e inmediato era comenzar a dispersar a gritos a la gente, como si estuvieran espantando animales de ganado.

13

David se despidió del asistente de Anoop y de varios empleados del centro de rehabilitación. Sin más demora fue a su habitación, de mobiliario anticuado y estilo colonial. Recogió todo y dejó la estancia limpia.

Después se sentó en el borde de la cama, un camastro de bambú y fibra de coco, y llamó por videoconferencia a Hassena. Fuera, en la naturaleza salvaje que rodeaba el lugar, prácticamente reinaba el silencio, excepto por el graznido de los cuervos y otras aves.

—Llegas tarde.

—He tenido una visita inesperada. Me marcho.

Ella arqueó una ceja, curiosa.

—Vaya, si hubiera tenido la menor duda de que estabas en peligro te habría enviado protección.

—Sé cuidarme.

—Te veo con mejor aspecto que días anteriores —dijo, esbozando una amplia sonrisa.

—Sí, la verdad es que me ha venido muy bien la estancia en Kovalam. Pero ha tocado a su fin.

—Me ha llegado la noticia de Anoop. Lo siento.

Él suspiró.

—Era un buen hombre.

—Por otro lado, me alegra saber que has sabido ocuparte de Karthi Rajendran. David, te repito lo que te dije la última vez que hablamos. Te necesito en Bombay.

Él asintió.

—Yo creo que en una semana, como máximo, estaré de vuelta.

—No te retrases. La situación cada vez está peor. Los medios de comunicación afines a los políticos no dejan de hacer campaña en contra de los habitantes, representándolos como una amenaza por la falta de higiene, la delincuencia, y que en general ensucian la ciudad. Esos periodistas saben que mienten. Sus empleados viven en esas chabolas. Los guardias de seguridad, los electricistas, los carpinteros, las señoras que van a sus casas y a sus despachos a limpiar, los cocineros… Todos ellos viven en esos asentamientos.

David meneó la cabeza.

—Así es como les pagan, desahuciándolos.

—Por cierto, me llegan otro tipo de noticias de ahí del sur. Han asesinado a un grupo de turistas españoles en Auroville, cerca de Pondicherry.

—¿Se sabe algo de quién ha podido ser?

—Han muerto con heridas de cuchillo y de bala. Profesionales. La policía de Pondicherry y el personal administrativo de Auroville dicen que pudieron morir de causas naturales. ¿Te lo puedes creer? Eso es lo que pretenden, que se cierre el caso sin escándalo alguno y mala publicidad para ese centro comunitario. Encima, tu embajada procederá a la repatriación de los cuerpos sin presentar ninguna queja o solicitud diplomática al Ministerio del Interior indio. ¿Se han vuelto tontos en tu país o es el clima indio que les derrite el cerebro como el yogur? Ningún empleado de tu embajada o del consulado de España en Bombay ha viajado hasta Pondicherry. Los ataúdes irán por carretera hasta el aeropuerto de Chennai, y de ahí vía Fráncfort a Madrid. —Hassena se cruzó de brazos—. ¿No harán una autopsia? ¿No pedirán una investigación y responsabilidades?

David asintió.

—Es todo muy raro.

—Mi teoría es que los indios de Tamil Nadu están quitándose cuanto antes los cuerpos de encima, repatriándolos lo antes posible, contando tonterías a los diplomáticos españoles para acelerar la burocracia y una vez en España sea el Gobierno español quien tenga el problema en casa. —Ella pegó una palmada sobre la superficie de la mesa—. Es por el bien de la nación, dirán regocijándose los oficiales indios, pero por debajo de la mesa recibirán un suntuoso soborno por parte de la administración de Auroville.

—¿Por el bien de la nación?

—Por el prestigio, por la imagen del turismo, quiero decir. Por las divisas extranjeras. Date cuenta de los millones que mueven ahí en el sur de la India con ese turismo de extranjeros buscando la paz interior y demás niñerías. Con el estado en el que están las playas que ni siquiera te puedes echar un baño, con la arena tan sucia llena de excrementos porque los locales y pescadores no dejan de defecar…

—La India, desde luego, es imperfecta —le interrumpió David con un tono de sarcasmo.

—No tiene que serlo, querido David —replicó Hassena—. Lo que quería decir es que por el bien de la industria más importante de la India, y parte del engranaje del motor de su crecimiento económico, se quieren quitar los muertos de encima. Nunca mejor dicho.

—Si me has dado esta noticia es porque temes que desde España me contacten. Y si lo hacen, les ayudaré.

En la pantalla, Hassena hizo una mueca de asentimiento, imbuida de funestos presentimientos.

—No tienes que hacerlo.

—En eso tienes razón. Puedo negarme. Puedo decirles que no.

—Julián y su equipo ya son mayorcitos. Déjales que arreglen sus problemas. Además, no les debes nada.

—Les debo lo que soy, Hassena. Si me llaman, debo de hacer lo que es correcto. Es mi responsabilidad. *Koi baht nahi*. No te preocupes. No hay problema.

Hubo un silencio. Ella le observaba con seriedad.

—Por eso te admiro y te quiero como a un hijo —dijo ella, suavizando la voz—. Eres un hombre de honor. Pero comprende mi preocupación, cada vez que solicitan tu ayuda, te meten en un peligro aún mayor. ¿Qué pasó en Líbano? Estuviste a punto de morir. Y yo no quiero perderte.

David suspiró hondo.

—No me perderás. Te lo prometo.

Se despidió de Hassena. Quedaron en verse en Bombay en una semana. Mientras, ella viajaría a Cachemira para resolver unos asuntos de sus negocios turbios y regresaría en cuestión de días al bochorno de Bombay.

David metió sus pocas pertenencias en una mochila, que se colocó a la espalda. Salió al exterior, se subió en la moto, comprobó el amperímetro, arrancó y emprendió el viaje.

Su objetivo: viajar más al sur, hasta la ciudad de Kanyakumari, situada en el estado de Tamil Nadu, justo en la punta meridional de la península india: el cabo Comorín, lugar donde coincide la confluencia de tres aguas: el mar de Arabia, el océano Índico y la bahía de Bengala. Una vez allí, viajaría en tren a Bombay.

Atajó por las estrechas calles de tierra de un pueblo vecino. Le persiguió un grupo de perros callejeros por la orilla de un lago. Aceleró, el martilleo gutural del motor se convirtió en un agudo *crescendo*. A lo lejos, en una planicie, le saludaron unos críos que jugaban al fútbol. Pasó por un arrozal, palmerales, templos hindúes, mezquitas e iglesias cristianas.

Tras dos horas y media de conducción por caminos de tierra y grava atravesando áreas frondosas, lagos y cascadas, acompañado del rugido del motor, salió para incorporarse a una carretera de asfalto.

14

Sofía vio una tienda de alimentación con servicio de teléfono e internet. Corrió hacia allí.

Se paró en la entrada. Tomó aire y se echó el pelo hacia atrás, en un intento de aparentar normalidad. Sorteó varios taburetes de plástico y entró.

—Necesito hacer una llamada internacional —dijo ella al indio al otro lado del mostrador; él la miró, impávido, y le señaló dónde estaba el teléfono fijo al tiempo que servía un té a un cliente.

—Solo monedas —añadió él por encima del hombro—. No aceptamos tarjetas.

—No hay problema

Sofía agarró el aparato e hizo una llama a cobro revertido.

* * *

EL CENTRO CRIPTOLÓGICO NACIONAL, dependiente del CNI, encargado de que nadie accediera a las comunicaciones vía internet o teléfono del Gobierno y de la Administración, junto con la División de Seguridad del CNI, taparon de cara al público y de los medios de comunicación el ataque terrorista sucedido en el edificio Hexágono.

Esteban Gómez, ministro del Interior, era un hombre de cincuenta y siete años, bien conservado, de pelo grisáceo, delgado y movimientos ágiles. Era aficionado al *running*, deporte que realizaba, cuando tenía ocasión, con un grupo de amigos por rutas en la montaña.

Estaba sentado con su pulcro traje a medida frente a Ana en su despacho del ministerio. La naturaleza de lo que hablaran no se debía publicar ni resumir en informes. Las dos partes estaban de acuerdo en que la sensibilidad de lo que se tratara no debía de ser divulgado a ningún medio.

El ataque terrorista había dejado entrever la debilidad del principal organismo para salvaguardar los intereses de los españoles. Sería un daño irreversible para la imagen del Gobierno que se supiera.

Aunque recelosa al principio de tapar lo sucedido, el ministro la presionó.

—Esto es la democracia, Ana, su verdadera cara entre bambalinas.

—El tono de su voz era el de la suave amonestación que suelen tener algunos padres con sus hijos al enfrentarlos a la dura realidad de la vida; puso los pies sobre la mesa de café y se acomodó en el sofá—. Hay democracias que tienen laboratorios de armas bioquímicas de destrucción masiva. Hay democracias que han lanzado la bomba atómica. Hay democracias que han barrido e invadido países sin ninguna legitimidad. Hay democracias donde sus ciudadanos se van a dormir sin cenar porque viven en absoluta pobreza. Que un régimen sea democrático no garantiza, ni de lejos, la moralidad de sus acciones.

—¿Estás diciendo que este ha sido un atentado de falsa bandera?

—Me da igual quién haya sido. Lo importante es que no llegara a materializarse el propósito que tuvieran.

—Creo que querían matarme. ¿Qué otro propósito sugieres que tenían?

—Tonterías.

—¿Cómo puedes calificarlo como «tonterías»?

Él levantó una mano para indicarle que se tranquilizara, retiró los pies de encima de la mesa y se incorporó.

—Querían causar ruido mediático, un escándalo que trascendiera a nivel nacional, que llegara a los pasillos de Bruselas y a toda Europa, por tanto, una presión política y social al presidente del Gobierno. —Echó un bufido—. Por Dios, Ana, vosotros los del CNI, siempre igual.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenéis siempre la misma actitud independientemente de las circunstancias. Disparáis primero y pensáis en las consecuencias después.

—Si hay que cortar cabezas, que sea la mía —dijo ella, acentuando cada una de sus palabras. Él soltó un bufido y rio, o más bien, resopló por la nariz. Ana continuó—: Te lo digo en serio. Aceptaría toda la responsabilidad.

El ministro volvió a reír, aunque esta vez de manera más burlona.

—No te vas a hacer la Juana de Arco, por favor. Tú sabes que yo evitaría que te salpicara un escándalo. Pero es que, de hecho, la responsabilidad caería sobre mí y salpicaría consecuentemente al Gobierno. —Levantó el índice—. Y eso no es bueno porque peligraría tu carrera, ¿de verdad quieres que todo el Ejecutivo te dé la espalda a estas alturas de tu carrera? ¿Sabes lo que te esperaría? Una invitación para tu jubilación, marchándote por la puerta de atrás. Serías una apestada, incluso para la empresa privada. El único trabajo que encontrarías a duras penas sería el de conferenciante, divagando sobre geopolítica y la actualidad internacional. Y yo me ganaría una falta de confianza por parte del presidente, y una destitución, aparte de dar una rueda de prensa que sería de gran regocijo para la oposición. Te

lo repito, cubre un tupido velo sobre lo sucedido y abre una investigación cuyo resultado quede dentro de tu despacho. Aparte de poner los medios suficientes para que no vuelva a suceder.

Ana haría todo lo posible para asegurarse de que fuera así.

* * *

DOS HORAS después de su encuentro con el ministro, Ana Valverde estaba reunida con altos cargos del CNI, en lo que habían llamado como «Gabinete de Emergencia y Seguridad». La investigación sobre el ataque se había iniciado, así como el proceso de relevo y contratación de nuevo personal. Habían muerto asesinadas veintitrés personas, y doce se habían dado de baja como empleados, alegando daños psicológicos.

Luis Vega entró en la sala de reuniones, se aproximó a ella y murmuró a su oído.

—Su hija nos ha llamado. Dice que está intentando hablar con usted por teléfono. Me ha dicho que sus amigos han sido asesinados. Lo hemos cotejado y así es. Los cuerpos están siendo repatriados desde el aeropuerto de Chennai, al sur de la India.

Ana dio un respingo y sacó uno de sus dos teléfonos móviles de su maletín. Vio diecisiete llamadas perdidas de su hija, entre muchas notificaciones de otras tantas llamadas sin contestar y mensajes y correos sin leer.

—Haz que el Ministerio del Interior mantenga el nombre de mi hija fuera de ese suceso.

—Así lo haré.

Ana se levantó.

—Me tenéis que excusar —anunció, marchándose de la reunión. Los demás continuaron con el análisis de la situación y la toma de decisiones.

Ana cogió la siguiente llamada, que recibió desde el sur de la India, e hizo un gesto a un informático para que escuchara por otra línea.

—¿Qué pasa, cariño?

Sofía rompió a llorar al escuchar a su madre.

—Mamá, me quieren asesinar.

—¿Quién?

—Unos hombres. Han matado a todos.

Sofía continuó, sollozando. La visión de sus amigos muertos se había quedado grabada en la sinapsis de su cerebro. Le contó que había echado a correr junto con Carlota, a quien no había visto desde que decidieron separarse.

Ana pudo sentir su ansiedad, su agitación, su miedo.

—Sofía, ¿dónde estás? —le preguntó su madre.

—Estoy en una tienda al borde de la carretera.

—¿En qué ciudad?

—Anoche dormí en el bosque de Auroville. Me quieren coger, mamá.

—¿Auroville? Es ahí donde ibas a visitar a tu amiga Irene y a su novio.

—Mamá, los mataron a todos. Preguntaban por mí. Me buscan a mí.

Un informático señaló la población de Pondicherry en un mapa digital.

—Lo que vas a hacer ahora es quedarte donde estás.

—No puedo, mamá. No lo entiendes. Me quieren coger. Yo había salido a la tienda a comprar cervezas… Ellos llegaron y preguntaron por mí… Mataron a todos… Carlota huyó… Luego nos separamos… Creo que la habrán matado… Mamá, ayúdame.

—Escúchame, Sofía, haz lo siguiente. Dirígete a Pondicherry. Alójate en el primer hotel que veas.

—Me cogerán.

—Si no puedes encontrar un hotel, pide que te alojen en una casa particular. Nos comunicas dónde estás y te quedas ahí sin salir hasta que alguien vaya a recogerte. Ahora mismo tomaré las medidas para que emprendan tu búsqueda. Pero mantente en contacto. Con tan solo una llamada perdida que nos hagas a este número, sabremos dónde localizarte.

—Mamá… —pronunció de nuevo entre sollozos.

—Cálmate, Sofía. Serénate porque, de lo contrario, no puedes actuar de forma juiciosa. Tienes que calmarte. Recuerda lo que siempre te he dicho: no dejes la puerta abierta a tus miedos, que no influyan en tus decisiones. ¿Me oyes?

Aún intentando controlarse, ella continuaba respirando y hablando con dificultad; las lágrimas le cubrían los ojos.

—Mamá, tengo miedo de acudir a la policía.

—No vayas a ninguna comisaría ni acudas a ellos. No sabemos el nivel de implicación que tienen con esa gente. Así pues, haz lo que te he dicho. Yo ya te tengo localizada. Ve a Pondicherry, métete en un hostal, hotel o en la casa de algún local, haces una llamada perdida a este número que has marcado y quédate ahí hasta que una persona en mi nombre vaya a buscarte. Quizá tarde un día. Pero…

—Me quieren matar, mamá —le dijo y rompió a llorar.

—Calma, guarda la calma. ¿Qué te he dicho? Si no dominas tus miedos, no puedes actuar con juicio. Ahora mismo cuelgas y haces lo que te he dicho.

Sofía oyó el chirrido de unos neumáticos afuera, en la calle. Se

asomó, presa del terror. Unos jóvenes se bajaban de un pequeño Maruti Suzuki y tomaban asiento sobre los taburetes de plástico. Pidieron té al vendedor y se enfrascaron en una conversación. Ella respiró con alivio.

—Sofía, ¿estás ahí?

—Sí, mamá. Voy a hacer lo que me dices.

—Cielo, te quiero. Eres mi hija y no voy a dejar que te pase nada. ¿Me oyes?

—Sí, mamá. Te quiero.

—Yo también.

Sofía colgó el teléfono. Se quedó inerte, observando el rostro de los indios que permanecían en la tienda de alimentación, unos charlando amigablemente en un idioma que desconocía por completo, otros riendo, sosteniendo una taza de té. Llegó un hombre vestido con *lungui* a cuadros y cogió un plátano de los muchos que colgaban de una cuerda del techo. El repentino y fuerte sonido del claxon de un camión cercano la hizo volver en sí, bruscamente. Salió corriendo, apresurándose en llegar a Pondicherry.

Tras colgar la llamada, su asistente Luis la miró, esperando una decisión.

—Ponme con Julián Fernández —dijo Ana al fin con tono enfático.

15

Era una tormenta extremadamente violenta. Los relámpagos iluminaban el cielo: parecía que fuese de noche, y apenas era mediodía. Las enormes cortinas de agua se desplazaban horizontalmente.

David condujo su moto por una ruta paralela a la costa hasta que entró en una población. Pensó que había sido una equivocación no haber cogido la carretera nacional 66, popularmente conocida como NH 66, ya que ahora se encontraba, al cruzar el pueblo, con bastante tráfico.

De manera repentina dejó de llover. Tan rápido como cayó el aguacero enseguida paró el temporal. Entonces continuaron los numerosos peatones deambulando de un lado a otro de las calzadas, saltando charcos de agua.

Llegó a Thiruvananthapuram, capital del estado indio de Kerala. La ciudad más grande y poblada de la región. Se enfrentó a la conducción en el frenético y caótico tráfico típico de la India, aunque los había visto peores. Aprovechó y rellenó el depósito en una gasolinera. También revisó de forma concienzuda la motocicleta, como el estado de los neumáticos, el aceite, el conducto de líquido de frenos, las luces, asegurándose de que estaba en perfectas condiciones mecánicas.

Pasó por delante de un parque donde la gente hacía ejercicio. Bordeó la estación de tren y condujo por enfrente de un enorme centro comercial, con grandes marquesinas de anuncios de productos y películas de cine. En las escaleras de la entrada, la oleada de turistas extranjeros era inconfundible. Era época de vacaciones en Europa y, como todos los años, el escuadrón de mochileros visitaba la India.

Cruzó la ciudad y viró hacia la costa. Se adentró por pequeños y pintorescos pueblos, donde estuvo zigzagueando entre iglesias antiguas, campos de fútbol, grupos de estudiantes debidamente uniformados caminando hacia el colegio, zonas pobladas de cocoteros y lagos donde navegaban los barcos para turistas. También vio muchos lagos, lagunas, ríos y canales, cursos fluviales que forman un exótico panorama.

En ocasiones vio a lugareños recorriendo con sus barcas las aguas remansadas, mientras conducía, y admiraba el bello paisaje dejando que el viento fresco y el aire puro le impregnaran.

Kilómetros y kilómetros de zona selvática se extendían a su izquierda, a la derecha veía el mar y, más allá, pequeñas islas rocosas. Atravesó un cabo, en paralelo al mar, donde las olas golpeaban contra un sinfín de ensenadas.

A media tarde se detuvo en una playa espectacular. Estaba desierta. Lavó su ropa y la puso a secar. Luego, se lanzó al agua, disfrutando de un baño en el mar. Muy a lo lejos se podía apreciar un puñado de barcas pesqueras, como única señal de vida.

No tardó en reanudar el viaje. Cruzó un puente sobre un río con el agua de color turquesa. Llegó a una aldea con sus tejados inclinados. Preguntó a un aldeano dónde podía comer y este le señaló más allá del camino. Al poco tiempo llegó a una casa con tejado de palma, que en su exterior anunciaba, en inglés y con llamativos colores, Sunny Restaurant.

Unos pocos metros separaban la playa del restaurante. David se sentó en una mesa bajo los árboles y degustó un copioso menú típico malabar, con gambas picantes rebozadas, mucho arroz, curri de coco picante y de tiburón, entre otros alimentos.

Un perro vagabundo que deambulaba por allí se le acercó y se acurrucó a sus pies. David se agachó y le dio algo de comer. Luego, con la palma de su mano, le dio de beber vertiendo agua fría embotellada.

Tomó un té mientras admiraba el paisaje. Más allá, unas barcas solitarias cabeceaban entre las olas. El camarero que le había servido encendió las luces fluorescentes atadas alrededor del cartel que anunciaba el nombre del restaurante. El resplandor hipnótico le recordó a David que era momento de volver a la carretera. Oscurecería pronto.

Tomó la nacional NH 66.

Era ya medianoche cuando David aminoró la velocidad al ver que se aproximaba a una gasolinera. La luz de reserva del tanque estaba encendida y todavía le quedaban bastantes kilómetros hasta llegar a Kanyakumari, donde cogería el tren que iba directo a Bombay.

Bajó de nuevo la mirada. Las rayas indicaban que tenía que repostar. Entró en la gasolinera.

Detuvo la motocicleta al lado de un surtidor. Se bajó de la moto y estiró la espalda.

—Hola, ¿hay alguien? —gritó.

Un empleado salió de una garita. Al ver al cliente se le agrandaron los ojos. David supo que algo no andaba bien.

—¿Puedes llenarme el depósito?

El hombre cabeceó de manera afirmativa. Desde el interior de la garita se escucha un programa de televisión.

—Te llenaré el depósito y te marcharás cuanto antes. —Abrió la

llave del tanque, alzó la válvula y mientras metía la manguera en el orificio, añadió—: Te están buscando.

—¿Cuántos?

—Son dos, pero puede que hayan sobornado a policías o gente local para dar contigo.

—¿Extranjeros?

—Hablaban inglés con un acento diferente, difícil de entender.

—Estuvieron aquí y te prometieron unas cuantas rupias, ¿verdad?

El hombre rio.

—Unas cuantas, no, bastantes. Me dieron un pequeño adelanto.

David le miró fijamente.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Yo no te he visto —dijo el hombre sonriendo y encogiéndose de hombros, mirando el tanque. De inmediato, levantó la vista y señaló la cámara de seguridad instalada en el techo—. Pero creo que ellos sí te ven.

David sonrió.

—Te crees muy listo. Esa cámara está rota. Me lo dices porque piensas llamarles y alertarles de mi presencia, y por si acaso yo volviera por aquí para pedirte explicaciones, me dirías que fue por la cámara de vigilancia.

—Necesito el dinero —se excusó el hombre.

David le pagó y emprendió de nuevo el camino.

De vuelta en la carretera miró por el espejo retrovisor. Nada. ¿Qué es lo que habría decidido hacer el empleado de la gasolinera? Sin duda, alertar a sus perseguidores para obtener algunas rupias extras.

Si estaban por los alrededores dando vueltas, quería decir que pretendían atraparle en algún lugar de la carretera NH 66. Tenía que salir de inmediato en un desvío y encontrar otra ruta hasta el sur.

Pendiente de una salida, sus pensamientos vagaron libremente debido a la monotonía de la conducción por el asfalto y el placentero aire que le golpeaba en el rostro. Pensaba en esto y en aquello, a sabiendas de que tendría que parar a descansar, esconderse durante unas horas, analizar despacio su situación y esperar a que amaneciera.

Estaba acostumbrado a la privación del sueño, pero era consciente de que el mayor peligro estribaba en las malas decisiones, en la precariedad de discernimiento.

¿Quiénes eran los que le perseguían? ¿Sicarios? ¿Agentes operativos? ¿Mercenarios? ¿Serían compañeros del tal Marcos que le había atacado? ¿El CNI operando en la India? ¿Cuál sería el propósito final? ¿Qué interés tendría la directora del CNI para enviar un equipo contra él? La respuesta solo la obtendría de una persona: Julián Fernández. Cuando tuviera oportunidad, le contactaría.

Un camión apareció por detrás a gran velocidad. Tuvo que cambiar

de carril para dejarlo pasar y aceleró suavemente, utilizando los mandos de las manillas, oscilando de nuevo y relajándose un poco.

Vio un desvío hacia una carretera de tierra. Decidió abandonar la autopista.

Si le habían estado siguiendo por la NH 66, él conocía el juego que se tramaban. Sabía cómo reaccionarían. Esta era la razón por la que debía de moverse utilizando la oscuridad.

Accionó el panel de luces y calibró con la mirada el sendero iluminado que se abría por delante. Lo último que quería era chocar contra una vaca o un búfalo durmiendo en medio del camino.

Se encontró con una cima por delante. Pateó el freno trasero mientras echaba mano del freno delantero. La presión interna le agarrotó los antebrazos, y, entonces, manteniendo el embrague, se detuvo. Apagó las luces y se quedó observando la oscuridad.

De forma gradual, sus ojos se fueron acostumbrando a la noche. Observó alrededor. Los campos iluminados al claro de luna, extendidos en paralelo a la autopista. Allí, en algún lugar, le estarían esperando.

Entonces, se percató de la tensión de su torso, tenía los músculos tensos como cables. Debía relajarse, quedaban por delante muchos kilómetros. Había progresado conduciendo en la oscuridad y no iba a permitir quedarse en el camino. Tenía que llegar a Kanyakumari, donde iría a la estación de tren y pagaría por un billete, y subir la motocicleta hasta Bombay. Entonces se quedaría dormido todo el trayecto.

Se estiró, inspiró y espiró hondos suspiros, sintiendo una relativa calma y satisfacción, saboreando los aromas de la noche y el aire limpio del campo.

Escuchó un ruido. Le pareció ver un gato enorme. Observó con más detenimiento. Era un leopardo. El interior de la India ofrendaba la vida en abundancia y la muerte era la contrapartida. El animal salvaje devoraba lo que parecía ser una cabra. La India amamantaba a depredadores de toda clase para que mantuvieran el equilibrio del ecosistema. Así había sido durante siglos.

Se dio cuenta de la analogía. «En este país la sangre siempre ha sido derramada. Ni siquiera el paso del tiempo ha podido restañar el flujo de muerte». Su mirada vagó por el terreno, por los desolados campos. Él no iba a permitir convertirse en presa. Él era el depredador, el cazador perfecto.

Allá a lo lejos estaba la autopista con cierto aspecto fantasmal bajo la luz de la luna. No se podía quedar ahí en medio de la oscuridad. Tenía que encontrar una ruta para continuar su viaje.

Se estiró, movió la cabeza en círculos, dobló la espalda y los brazos a un lado y otro, haciendo crujir las articulaciones. Era momento de

irse.

Puso de nuevo en marcha la motocicleta.

Circuló por el camino de tierra paralelo a la autopista. Al poco tiempo, divisó a lo lejos el control de peaje. Conforme fue acercándose, vio un coche aparcado en un lateral. Estaban esperando su llegada.

Mantuvo bajas las revoluciones para que no pudieran escucharle cruzando el campo. Recorrió el sendero vecinal. Los neumáticos hacían crujir la grava a su paso, sin embargo, el sonido sería imperceptible a oídos de sus perseguidores.

El tubo de escape vibró con suavidad debido a la escasa velocidad necesaria para transitar por aquella ruta. Enseguida se metió por un estrecho camino, también de grava, que finalizaba en un cruce.

Se adentró en una carretera polvorienta que bordeaba varias casas. Atrás dejaba el control de peaje y la NH 66 que se desviaba hacia la izquierda.

Desde hacía muchas horas que no dormía. Su condición exhausta se palpaba en el escozor de sus ojos, la debilidad de sus piernas y en el latido que palpitaba en sus sienes.

Por fin entró en la ciudad de Kanyakumari por una zona periférica de edificios de una o dos plantas, arquitectura antigua, heredada del Viejo Mundo. Conducía despacio, aguzando el oído para oír señales de alarma, con la espalda tensa como si esperara la bala de un tirador.

Se detuvo en el *Stop* de un cruce. En la calle del fondo había autorickshaws y varios vehículos aparcados. Se dirigió hacia allí, acelerando suavemente, manteniendo la vigilancia por el espejo retrovisor y a los lados.

A esas horas de la noche aún había varios restaurantes a pie de calle sirviendo comida frita. David aparcó y entró en el Hotel Namaste. No era propiamente un hotel ni pudiera definirse como hostal. Eran habitaciones de alquiler por días.

El hombre medio dormido en la recepción, detrás de una reja metálica, le hizo firmar en un libro de huéspedes. Él puso un nombre ficticio hindú. El hombre se le quedó mirando, hizo una mueca, como no dando importancia, y le dio una llave.

—Puerta catorce. Parte de atrás. A través del patio.

David cruzó un pasillo y entró en un patio exterior. Alzó la mirada. Su habitación estaba en la planta superior. Subió por unas escaleras laterales y entró.

Al cabo de un instante yacía a oscuras, tumbado sobre un mohoso colchón de coco, la mirada perdida en el techo y las manos dobladas sobre el pecho. El ventilador estaba al máximo.

Echó una cabezada superficial, cruzando a rachas la frontera del sueño, mezclando sucesos reales con imaginarios.

Se vio a sí mismo caminando por un lugar inmundo, una zona de chabolas de Bombay, con estructuras de madera, barro y ladrillo, techos de chapas onduladas, otras con lonas de plástico.

Mientras caminaba, observaba los rostros de los habitantes de aquellos hogares miserables, niños, mujeres, personas ancianas. Había ratas y perros callejeros pululando a su libre albedrío.

La gente comenzó a mirarle con desprecio. Él no sabía el porqué.

—Oye, tú.

David se paró.

—¿Yo? —preguntó, alzando la voz. Buscó entre la multitud a quién había hablado.

Una anciana ajada, consumida por el dolor de la miseria, vestida con un sari de color blanco, dio un paso adelante.

—Sí, tú, extranjero ¿qué buscas aquí?

—A mi mujer. —Por un instante, él percibió que sus palabras parecían acobardarse en sus labios—. Se llama Cristina.

La anciana señaló al fondo.

Hubo un murmullo de voces. La gente hizo un pasillo, situándose a cada lado, para dejar a David caminar entre ellos.

Entonces, le pareció verla caminar.

—¡Cristina! —gritó David con la respiración acelerada y el corazón palpitándole en la sien.

—No vengas conmigo —le previno ella.

Él observó en derredor y se dio cuenta de que todos vestían de blanco y caminaban entre los cadáveres que yacían en el suelo. Quiso volver a gritar el nombre de su esposa, pero ningún sonido salía de su boca. La gente a su alrededor se mostraba indiferente a su desesperación.

Su mujer se iba, se alejaba de él.

Despertó del sueño, sobresaltado.

La imagen de Cristina en sus sueños era algo recurrente que su imaginación se inventaba para añadir más dolor a su existencia. Sabía que podía evitarlo y cada vez que sucedía sentía un dolor sordo en el pecho, pero aun así no lo hacía por autocomplacencia: quería verla, aunque su imagen no fuera real.

Después no pudo conseguir dormir, pero por lo menos comenzó a sentirse relajado, y algo más descansado.

Escuchó el ladrido de los perros por la ventana, las revoluciones de una moto Honda, luego el de un autorickshaw, una música en tonos bajos proveniente de algún lugar lejano, el zumbido de los insectos, el sonido de un timbre, las revoluciones de un coche que pasaba de largo por la carretera.

Se le reproducía en la mente una y otra vez los hechos sucedidos en su anterior vida en España. Pero enseguida se evaporaron por

ensalmo. Tenía que apartarlos de su mente y concentrarse en el presente.

¿Por qué razón le perseguían? Era debido a su pasado sin duda. ¿Por qué ahora? ¿Tendría algo que ver en esto Julián Fernández, su antiguo mentor y amigo?

El ronroneo del viejo y gastado ventilador junto con el aire que desprendía comenzó a producir en David un estado de somnolencia.

Sin embargo, en algún momento un trozo de conciencia se vio arrastrado fuera de la densidad del sueño. Tuvo el presentimiento de que algo ocurría, la sensación sofocante de verse encañonado.

De repente, su instinto se encendió mandando señales a su cerebro como un disparo a bocajarro, haciendo que David saliera rodando del colchón y continuara hasta alcanzar la pared junto a la puerta.

Desde el exterior alguien intentaba abrir la puerta con una llave, pero el cerrojo interno se lo impedía. Entonces, tocó la puerta con los nudillos.

—¡David! Somos amigos. —La voz era de origen español, sin duda, era suave y tranquilizadora. Pero la adrenalina brotó en las venas de David—. Solo queremos hablar contigo.

Silencio.

—Lo que queráis decirme, decírmelo desde ahí fuera. Os escucho.

—No, queremos decírtelo personalmente. Vamos a entrar. Somos amigos.

David esperó pacientemente, inmóvil. Dejó caer los hombros y puso los pies en posición, preparado. Quitó el cerrojo.

La puerta se abrió lentamente.

El primer hombre sujetaba una pequeña metralleta Heckler & Koch. David le desarmó, tumbándolo al suelo de una patada en el tobillo de la pierna delantera, y con la culata del arma le golpeó en el rostro, cayendo de bruces al suelo con la sangre saliendo a chorros de la nariz rota.

El segundo hombre iba desarmado. Le propinó un golpe seco donde se juntan los nervios, entre la espalda y la cabeza. El hombre calló de rodillas y se desplomó. David le cacheó, no tenía ningún arma.

—No me mates —suplicó el primero levantando los brazos al aire —. Su voz era ronca, distante, propia de un hombre desesperado.

David se retiró unos pasos apuntando a los dos hombres con la metralleta.

Ellos se quedaron parados, parecían traspuestos. Ahora estaban alucinando con la reacción tan rápida de la persona que pretendían asaltar.

—No lo haré. Yo quiero vivir como vosotros. Mi opción es la de seguir con vida, ¿estáis de acuerdo conmigo?

Los dos asintieron.

—¿Por qué me queréis matar? —les preguntó, claramente enojado.

En el suelo, los dos hombres se estremecieron.

—Órdenes —dijo el que mantenía una mano sobre su nariz chorreante; con la otra intentaba incorporarse.

—Dadme vuestros teléfonos.

Ellos hicieron lo que se les dijo.

—Vaciad los bolsillos.

Uno de ellos no llevaba nada. El otro sacó un monedero con mucho dinero en metálico y las llaves de un coche.

—Guárdate el dinero, lo necesitaréis —dijo metiéndose las llaves en el bolsillo.

David dio unos pasos atrás, cogió el teléfono fijo y llamó a un taxi con destino a la parada de autobuses, cuyo número estaba en una hoja plastificada junto con el de una pizzería, una agencia de viajes y el de recepción.

—Nos vamos —les dijo señalando la puerta.

Los acompañó a la calle. El recepcionista estaba tumbado en su escritorio.

—No está muerto —dijo uno de ellos—. Si es eso lo que piensas. Lo dejamos inconsciente.

El taxi paró frente a la entrada. David se quedó en el umbral con el arma a la espalda.

—Os quiero ver dentro.

—Tenemos nuestro propio coche en la acera de enfrente. Si nos das la llave…

—Me da igual —le interrumpió—. Así me dais tiempo para largarme de aquí. El taxi os llevará a la parada de autobuses. Cuando lleguéis, tenéis la opción de iros para siempre de esta región o volver a buscarme. Pero como vuelva a veros, os prometo que lo lamentaréis.

Hubo un silencio intenso, como si se hubiera suspendido el tiempo. La adrenalina hacía que todo se moviera a cámara lenta.

El de la nariz rota se giró.

—Todo el mundo anda muy nervioso contigo —dijo—. En España no pueden permitirte seguir vivo y sin control, viviendo a tus anchas aquí en la India y viajando al extranjero.

—Vuelvo a repetíroslo. No quiero haceros más daño. Pero no me presionéis —les reprendió David.

Él los vio partir en taxi. Lanzó a la oscuridad las llaves.

Entonces, se dio la vuelta. Recogió la mochila, metió dentro el arma y salió.

Al llegar a su motocicleta, pasó la mano por debajo de la carrocería. Dio con un pequeño GPS imantado. Así supo que el hombre de la gasolinera, al repostar el depósito, se lo había puesto. Lo

lanzó lo más lejos posible.

Más tarde, por el camino, se deshizo del arma, lanzándola lo más lejos que pudo bajo la superficie del agua de un caudaloso río.

16

El trágico suceso del atentado en el interior del edificio del CNI lo taparon para que no llegara a los medios de comunicación. Entre los métodos que utilizaron para silenciarlo, publicaron una serie de artículos con imágenes indicando que se habían realizado prácticas y simulacros por parte de un grupo antiterrorista de la Policía Nacional.

El helicóptero que había transportado a los cinco terroristas al edificio Hexágono del CNI fue encontrado calcinado en un descampado a las afueras de Madrid. Más tarde se pudo averiguar que un comprador anónimo se hizo con el aparato a través de una empresa fantasma que hizo de intermediaria con el vendedor español. Mediante un sofisticado inhibidor militar de señales habían conseguido sobrevolar las instalaciones sin ser detectados.

Julián Fernández se propuso averiguar los motivos de aquel inaudito ataque y, en concreto, la razón de tener como objetivo a la directora del CNI.

La sala de operaciones del Cervantes era impresionante. Había muchas pantallas planas de televisión y tantos otros monitores sobre una hilera de mesas. En la pared central había instalado un panel de control que parecía pertenecer a un transbordador espacial. El material era muy moderno y estaba instalado todo sistema tecnológico de última generación, capaz de causar envidia a la NSA, la CIA, el MI6 e incluso a los rusos de la FSB.

Julián estaba de pie, mirando una de las pantallas. A su lado estaba Varun.

—¿Se puede ver mejor?

—Por supuesto, jefe. Puedo jugar con el contraste y el brillo, acercando mejor las imágenes y evitar los píxeles. —En la pantalla los números comenzaron a aparecer más diáfanos y, por tanto, más legibles. Y enseguida se pudo apreciar muchos histogramas y tablas—. Creo que esto es lo mejor que se puede conseguir.

Varun volvió a presionar varias teclas y las cifras y anotaciones se vieron maximizadas en la gran pantalla central.

Julián resumió en voz alta la información.

—Según esto, Arturo Ferrer habría recibido dos millones de euros de un grupo de empresas afganas a través del intermediario comercial llamado Najeem Hosseini, más conocido por el nombre de Medusa,

afiliado a los talibanes. Es un facilitador. Actúa de mediador entre extranjeros y políticos afganos. También influye con mucho dinero en las diversas facciones regionales que crecen en Afganistán muy deprisa, según le convengan a sus intereses.

—Un especialista en amaños. No es más que el típico musulmán arribista y millonario que considera que el acatamiento estricto del islam no va con él, sino para los locos yihadistas y la población más pudiente, a las que sí se le impone a base de la fuerza.

Laura, que había permanecido en silencio con los brazos cruzados, intervino.

—Arturo Ferrer fue en su día una persona muy importante en el CNI, lo que demuestra que la deslealtad, la falta de escrúpulos, la traición y la ambición no son ajenas en la organización.

—Y a su vez, desmiente el dicho: si te van las reglas, hazte miembro de la Policía Nacional, no agente secreto —añadió Julián—. Todos esos rasgos del comportamiento salpican todas y cada una de las instituciones. Incluso a los vigilantes encargados de vigilarlos, Asuntos Internos. No se libra ninguna institución ni individuo.

Varun levantó la mano.

—Confieso que la última cesta de milhojas y bambas de nata montada de La Mallorquina las pagué con dinero destinado al *software* de mi Departamento.

—Eso no tiene gracia —murmuró Laura con una sonrisa aparentemente cálida y condescendiente por igual.

Julián seguía observando la pantalla central.

—Parece ser que recibió más de dos millones.

Varun tecleó y apareció el nombre de un banco suizo y un número de cuenta.

—No tres millones, sino diez —corrigió Varun.

—Pero la pregunta del millón es, ¿qué le habrá dado Arturo a cambio de ese pago? —dijo Laura.

—Sigue indagando, Varun —persistió Julián.

En ese momento, su teléfono móvil sonó. Ana Valverde quería verle de inmediato en el CNI.

* * *

SE VOLVIERON A REUNIR, pero en otro bloque de las instalaciones del CNI, más resguardado que la anterior sala de conferencias.

Él ya sabía que se trataba de su hija. En el Cervantes supieron los nombres del grupo de jóvenes españoles fallecidos en el sur de la India, y la única persona de la que no se sabía nada y se evitaba que su identidad saliera a la luz era la hija de Ana Valverde.

Nada más tomar asiento, Ana le pidió que le hablara sobre su

relación con David Ribas, como discípulo, agente operativo de inteligencia y posteriormente amigo.

—Desde luego que cuando me reuní por última vez con él en su etapa de la India, no era un hombre fácil de llevar —terminó de comentar Julián a grandes rasgos—. Aun así, él nos ha ayudado mucho a salvar vidas de inocentes.

Ana le observó y quedó convencida de la sinceridad de sus palabras.

—Entonces, ¿lo reclutarás para que salve a mi hija?

—¿Qué hay de esos operativos que tienes sueltos por la India yendo detrás de él?

—Ellos no sabrían hacer frente a esta situación. A ese equipo le falta control. Falta criterio. No son los operativos más cualificados. Hace unas horas David Rivas desarmó a dos y los envió en taxi a la estación de autobuses más cercana. Y se supone que eran los más preparados.

—De acuerdo, pero…

Ana le interrumpió, levantando una mano con ademán conciliador.

—A cambio, su ficha desaparecerá.

—Las imágenes que me mostraste también. Todo desaparecerá.

—Julián, tú sabes que todo, todo, no es posible —dijo con tono admonitorio—. Algo suelto siempre quedará, pero… Por mi parte, haré todo lo que esté en mi mano para enterrar a ese hombre de por vida y que nadie pueda localizarlo nunca más. Seguirá enterrado en el cementerio. A modo administrativo se mantendrá la versión oficial: declarado muerto tras el atentado terrorista en el hotel donde su mujer también fue asesinada. ¿Te deja esto tranquilo?

—Él hará lo imposible por salvar a Sofía.

—¿Tan convencido estás? —preguntó Ana mirando al director del Cervantes con intensidad, a la expectativa, casi suplicante.

—Hay hombres que son así, es una adicción, una enfermedad. —Julián se detuvo un instante, consciente del tono de sus palabras, de aquel giro fundamental, y se reclinó lentamente contra el respaldo de su asiento—. Él vive su existencia en aquel país con un vacío interior.

—¿Por el asesinato de su mujer?

Julián asintió.

—Es un hueco que no se llena nunca. La muerte de su mujer estando embarazada lo convirtió en lo que hoy es. A la vez, el remordimiento de no haber hecho todo lo necesario por poder salvarla.

—Y, ¿es verdad?

—No, pero él lo cree así, que pudo evitar que su mujer fuera asesinada de no ser porque bajó a la planta principal a hacer frente al asedio del hotel por parte de los terroristas. Algo en su interior se

rompió desde aquel entonces, y sobrevivir luchando contra las adversidades en el país donde la vio por última vez con vida es un modo de querer arreglarlo.

—Ese tipo de heridas no cicatrizan, se llevan consigo y no desaparecen por completo.

—Solo hay un remedio para él, seguir haciendo lo que hace. Es un animal que se aguijonea a sí mismo. Se permite el dolor físico para seguir adelante en la vida. No puede parar. Es una droga para su alma.

—Entonces, te pido que le llames de inmediato.

—Cuando uno tiene a su alcance un Ferrari, en algún momento querrá salir a probarlo. ¿Es eso lo que quieres de mí? ¿Comprobar si vale lo que cuesta?

Ana permaneció en silencio.

—Así es.

Julián se levantó y fue al otro extremo de la habitación. Llamó a Varun para que le conectara con David. Esperó unos segundos.

David conducía la motocicleta cuando sintió vibrar el teléfono móvil en el bolsillo. Se desvió de la carretera, frenó y apagó las luces. La noche era despejada y fresca.

Cuando leyó en la pantalla, en inglés, «Unknown number», enseguida supo que era del Cervantes.

—El jefe quiere hablar contigo, David. Cuídate.

Escuchó la voz de Varun nada más contestar la llamada.

Unos segundos después, oyó la voz de Julián.

—David.

—Julián, ¿se puede saber qué está sucediendo? —Sus palabras fueron pronunciadas con un tono brusco y duro.

Él quiso evadir el sentimiento de culpa, pero no era capaz.

—En primer lugar, me alegro de oírte. Y lo siento. Es injusto, lo sé. Necesitan un culpable, siempre lo buscan, y en este caso, ese eres tú.

—Al grano.

—He hablado con la directora del CNI. Ha dado la orden a sus hombres de regresar a España.

—Es una satisfacción el saber que me valoréis tanto, enviando a personal a buscarme y enfrentarse conmigo. Pero déjame decirte que la próxima vez que tenga que enfrentarme a mis propios compatriotas, lo lamentarán. Así mismo se lo he hecho saber a esos operativos que han enviado contra mí.

—Tú no me crees —dijo Julián en tono admonitorio—. Pero te doy mi palabra de que nadie más va a ir a por ti.

—Estás equivocado. No soy yo quien tiene que creerlo, sino tú.

Julián soltó un bufido.

—Dejemos esto a un lado. El motivo de mi llamada es porque necesitamos tu ayuda. Un grupo de jóvenes han sido asesinados.

—Lo sé. En Auroville, en el estado de Tamil Nadu.

—Una chica consiguió huir. Van a por ella. La quieren secuestrar. A ella no la han matado. La quieren coger viva, por alguna razón que estamos investigando saben que es hija de la directora del CNI.

Al escuchar estas últimas palabras, el rostro de Ana se ensombreció, Julián se dio cuenta de esto.

—Te escucho.

—Consiguió tener contacto con el CNI desde una cabina en una tienda de alimentación en el borde de la carretera entre Auroville y Pondicherry, en el estado de Tamil Nadu. Le dieron órdenes explícitas de que llegara a Pondicherry y consiguiera esconderse en un hostal, hotel o en una casa particular. ¿Tú dónde te encuentras?

Ana puso cara contrariada: Julián espiaba al CNI.

—Ahora mismo estoy de camino a Kanyakumari en moto.

—¿No puedes coger otro medio de transporte más rápido?

—La única forma de llegar cuanto antes es por carretera. En tren habrá mucha demora, parando en cada estación de pueblo en pueblo. Si conduzco toda la noche, creo que a primera hora de la mañana estaré en Kanyakumari. Desde allí ganaré tiempo cogiendo un tren hasta Pondicherry, creo que hay una distancia de unos seiscientos kilómetros.

—¿Cómo crees que podrás dar con ella?

—A ella no, porque estará atemorizada en algún rincón de la ciudad. ¿Cómo se llama?

—Sofía.

—Encontraré primero a esos hombres, y ellos me llevarán a Sofía.

—Suerte.

Julián colgó y se aproximó a Ana.

—David Ribas vive en un entorno que mantiene controlado, conoce la idiosincrasia del país, de sus gentes, se sabe desenvolver como un autóctono. Quizá aún mejor, ya que desde su perspectiva personal y experiencia profesional sabe discernir y evaluar ciertos aspectos antes de la toma de decisiones. —Julián guardó silencio, se cruzó de brazos y, mirando fijamente a Ana, añadió—: Ahora hay un tema que tenemos que comentar.

—No creo que sea el momento.

—Sí, sí que lo es.

Ana le indicó que volviera a tomar asiento frente a ella.

—El ministro del Interior me ha telefoneado esta mañana. Quiere saber si lo sucedido puede perjudicar a la actual legislatura.

—No veo el porqué. La prioridad es la seguridad de los ciudadanos, ¿está en peligro o más reforzada que nunca? Luego, si la toma de decisiones puede o no dañar indirectamente alguna política del Gobierno sería cuestionable, y si es así, ya sabes cómo lidiarlo.

¿No has hecho saber que lo sucedido había sido un simulacro ante un ataque terrorista? ¿Es así como se lo has comunicado a los familiares de los fallecidos?

—El personal fallecido firmó una cláusula —contestó enojada—. Y no te permito que me pidas justificaciones por mis acciones. Te recuerdo que lo que acabo de escuchar implica una pena muy grave, un acto criminal. Ahora mismo estarías en prisión a la espera de juicio y tu organización quedaría cerrada con candado y la llave tirada al mar.

—Ahora mismo no estás en ninguna posición como para presionarme. Es más, tengo tanto poder sobre ti en mis manos que deberías de sentirte más agradecida por el fin común por el que trabajamos, y que no vaya deseándote el mal. Yo te ayudo y tu comportamiento hacia mi organización será de absoluta avenencia.

Ana le mantuvo la mirada fija durante unos segundos, visiblemente enfadada.

—El ministro del Interior quiere que todo suceda sin ruido mediático.

—Me parece lo más oportuno. Mientras los periodistas y voceros de los medios de comunicación no se enteren, tomaré las decisiones que creas correctas por el bien de la nación. A los políticos, mientras no les salpique y estén bajo escarnio público, no les importará mirar hacia otro lado. Ya saben ellos cómo maniobrar al electorado con noticias y temas irrelevantes, pero que mantienen ocupados a los ciudadanos.

—Así es. Él me ha manifestado su preocupación. Quiere saber si lo sucedido puede ponerle en un aprieto.

—Tú haz lo que debes de hacer. El ministro debe cumplir con lo suyo. Con el tiempo todos acaban aceptando que fueron tomas de decisiones razonables.

—¿Y qué es lo que debo de hacer, Julián?

Él permaneció quieto, como si estuviera demasiado cansado para moverse. Sin embargo, no era así. La miró fijamente. Entonces, por primera vez, pudo notar su debilidad. Por el tono de su voz, su mirada apagada y su movimiento corporal más acentuado ahora que en el momento en el que lo recibió.

—A ti se te paga para solventar los aprietos.

—¿Qué quieres decir?

El silencio se alargó entre ellos.

—Creo que tu exmarido tiene algo que ver en lo sucedido.

—Explícate.

—Desde hace tiempo se lleva especulando acerca de sus actividades. Han cundido distintas sospechas durante años. Pero sobre todo desde que se apartó del sector de la Inteligencia.

—Si solo escribe libros. Novelas de espías, y escribió un tipo de autobiografía bastante edulcorada sobre su pasado. ¿Qué ha hecho?

—Ha hecho cosas peligrosas.

Ella esbozó una sonrisa y asintió con parquedad.

—Esto fue lo que aprendí de ti. No confiar en nadie. ¿Puedes ponerme al corriente de los pormenores?

Julián tomó su tiempo para poner en orden sus pensamientos.

Ana sabía que el Cervantes tenía fuentes fidedignas, información fresca y una adecuada organización que ponía al CNI al nivel de sus zapatos. Pero si Julián quería jugar un doble juego, ella debía de proveerse de un garrote más grande a la hora de jugar.

—Las armas biológicas, ¿qué me dices de ellas?

—Que representan una gran amenaza.

—Sí, ¿y qué más? —preguntó Julián levantando las palmas de las manos.

—Pedí una consultoría externa.

—¿Consultoría?

—Asesoría.

—¿Ajena a la casa?

—A ver, me explico. Pedí consejo a una persona que ha sido parte de esta organización.

Julián sabía el nombre, pero esperaba a que ella lo pronunciara.

—Consultoría, asesoría, consejo… ve al grano, Ana.

—Necesitaba a una persona cercana, que me pudiera dar una serie de consejos sobre las informaciones que íbamos obteniendo de bioterrorismo, la investigación biológica, la ingeniería genética. Hoy en día tenemos poco conocimiento y pocos especialistas en biología avanzada, el peligro que supone este nuevo tipo de amenaza y la proliferación de armas químicas. En conclusión, quería obtener información para estar prevenidos ante un próximo virus emergente o arma biológica.

—Has cambiado, Ana.

—¿He cambiado?

—Sí. No eres la misma.

—Soy la misma, pero con convicciones diferentes, Julián.

—Eso lo estoy viendo.

—Yo era la que ponía a sus maestros en un pedestal. La que soñaba con un mundo utópico, de seguridad, del bien sobre el mal. Con los años, vino el desencanto. La realidad fue mostrándose en mi camino. Mis compañeros, mis superiores y la gente que me rodeaba eran deshonestos, inestables. Muchos se quedaron por el camino. Tus propios jefes de departamento te engañan, mienten e incluso te apuñalan por la espalda, ya que están centrados en exceso sobre sí mismos y no quieren verte crecer. Fue un proceso gradual en

ocasiones traumático.

—Se llama experiencia, Ana.

Ella soltó un bufido, regresando a la realidad.

—Soy una romántica incurable, ¿verdad?

—Todos lo somos en cierta medida. No hay nada malo en ello.

—¿Como el hacer uso de la violencia?

Julián gesticuló; las líneas de expresión de su rostro profundizaron aún más sus arrugas.

—La violencia hierve a fuego lento en cada uno, es algo inherente a los humanos como especie. Solo unos pocos pasan su vida terrenal sin estallar. Pero perder los papeles en alguna ocasión lo hemos sufrido casi todos. En el mundo de la Inteligencia no somos ni buenos ni malos, hay mucho de ambos. Pero la violencia es el último recurso que yo quisiera provocar.

—Si sabes tanto de mí, ¿por qué no mencionas el nombre de la persona a la que acudí?

—Llamaste a tu exmarido, Arturo Ferrer. Al escritor de novelas y de vez en cuando tertuliano en programas de radio, contando batallitas antiguas y demás chorradas.

Ana tabaleó los dedos sobre la superficie de la mesa.

—¿Qué más?

—Y él, teniendo acceso a información confidencial, se la llevó consigo y la vendió a terceros. Estos viendo que les había engañado o que la información no valía el precio desorbitado que pagaron por ella, decidieron atacar nada menos que las instalaciones del CNI y asesinar a su directora. Y ahora que tu hija está en Asia, quieren secuestrarla para utilizarla como chantaje.

—El dinero hace extraños compañeros de cama.

—Ana, conociendo de antemano el comportamiento de Arturo, no debiste de contratar sus servicios. Él ha vivido en un mundo irreal, se ha creído que pertenece al mundo de las series y películas de espionaje.

—Me suplicó un contrato porque necesita dinero para pagar la hipoteca de su casa. —Frunció el ceño, recordándose a sí misma que debía de ser más cuidadosa con lo que decía, a pesar de las circunstancias—. Ha gastado dinero a raudales. —Dio un golpe con el puño en la mesa—. Y ahora, sea quien sea con quien estuvo en contacto, se propone secuestrar a mi hija.

—De ella, David se ocupa. Mientras, nosotros tenemos que utilizar lo que está en nuestras manos para saber qué está sucediendo.

—Esta mañana di orden a un grupo operativo de atrapar a Arturo, pero ha huido.

—Todavía no. Está huyendo, en gerundio.

—¿Qué quieres decir con eso?

PARTE TRES

LAS ACCIONES TIENEN CONSECUENCIAS

17

Arturo Ferrer llegó en taxi al aeropuerto con su nueva indumentaria, disfraz e identidad, bajo el nombre de Jorge Aragón.

Arrastró su maleta de manos y otra más voluminosa hasta el interior de la terminal de salidas.

Varun y varios informáticos, desde la sala de operaciones del Cervantes, cotejaban los rostros de los pasajeros que iban llegando. A través de un innovador detector de personas, podían obtener la identidad de un individuo aunque este se hubiera hecho la cirugía plástica y no quedara nada de su anterior rostro. Este adelantado sistema analizaba todo el cuerpo, cotejándolo con una base de datos.

Óscar, vestido de uniforme con el colgante identificativo de la aerolínea Lufthansa, caminaba de un lado a otro cuando escuchó a Varun a través de su pinganillo.

—Óscar, a las tres lo tienes. El que parece Peter Sellers como inspector Clouseau, ese de aspecto tan ridículo.

Él se aproximó con una cálida sonrisa.

—Buenos días, caballero, ¿viaja con nosotros? —preguntó dulcemente.

Él asintió y Óscar le indicó el mostrador de la aerolínea.

Empujando su maleta de ruedas, Arturo se dirigió a la cola específica del servicio para embarque prioritario.

Tras esperar unos breves minutos a que la pareja de americanos que tenía delante obtuviera su tarjeta de embarque, fue atendido.

Mostró su pasaporte a la joven. Mientras ella comprobaba la identidad, apretó un botón en el teléfono móvil que tenía en un rincón del mostrador fuera de la vista de los pasajeros. Enseguida se encendieron las alarmas y comenzó el seguimiento de Arturo por las cámaras.

La joven empleada de la aerolínea fingía estar escribiendo los datos del pasajero. De hecho, ella era algo atípica, ya que era una especialista en la lucha contra el terrorismo y experta operativa de Inteligencia en el Cervantes. Era Laura García.

—¿Podría darse prisa en darme la tarjeta de embarque? Quiero facturar estas dos maletas.

La atractiva mujer levantó la mirada, mostrándole una dulce sonrisa, respondió:

—Por supuesto, caballero.

Pero en realidad dio instrucciones a la cámara de seguridad que estaba situada a su espalda para enfocar y captar el rostro de aquel hombre, permitiendo así el hackeo de todas las cámaras del aeropuerto para seguirle. Y gracias a la tecnología comprada de Israel, desde el Cervantes podían incluso escuchar por micrófonos láser guiados todo lo que pudiera decir en cada momento, aunque estuviera rodeado de una multitud o encerrado en un baño.

Arturo se estaba poniendo impaciente. Comenzó a tabalear con los dedos el mostrador.

La mujer levantó de nuevo la cabeza y le sonrió.

—Aquí tiene, señor Aragón. Puede acceder por la puerta ocho. La puerta de embarque es la T67.

Mientras caminaba en dirección a la zona de control de seguridad, su equipaje era apartado de la cinta. Laura se levantó y abandonó el mostrador de Lufthansa ante la sorpresa de una veterana empleada que llegaba en ese mismo instante.

—Oye, disculpa —la llamó alzando el brazo—. ¿En qué turno…?

Laura ya se había perdido entre la multitud que bloqueaba parte de la terminal a la espera de que se abrieran mostradores de otras aerolíneas.

Arturo guardó cola, esperando su turno para pasar por la máquina detectora de rayos X.

El control de seguridad del aeropuerto de Madrid-Barajas disponía de equipos de vigilancia de alta tecnología y videocámaras. Así como personal vestido de civil encargado de la lucha contra el terrorismo. No solo esto, sino que los nombres de los pasajeros eran constantemente comprobados de manera minuciosa y cotejados con las fuerzas de seguridad del Estado, además de con la Interpol. Aunque el arco de la máquina detectora de metales no pitara, desde el interior de una oficina de control, señalaban a ciertos perfiles de viajeros y hacían pitar de manera intencionada la máquina para que el personal de seguridad le cacheara con minuciosidad.

Lo que nunca sospecharían es que eran hackeados por un informático tan inteligente y estrafalario como lo era Varun Grover.

Los operativos del Cervantes debían de evitar que la policía o la seguridad privada del aeropuerto desvelaran la identidad de Arturo Ferrer y lo detuvieran.

Arturo estaba detrás de una familia alemana con sus tres revoltosos niños, cuando dos personas vestidas de civil le enseñaron sus placas de la Policía Nacional y le pidieron amablemente que les acompañara.

—Y, por favor, le pedimos que colabore —le dijo Fabián—. Creemos que lo último que quisiera usted es un escándalo público.

—¿Verdad que sí, señor Aragón? —le preguntó su compañero—.

¿O debemos de llamarle don Arturo Ferrer?

Arturo dio un respingo al escuchar su verdadero nombre; tragó saliva, comenzó a sudar de forma profusa.

Lo condujeron a través de la terminal. En la salida, entre las idas y venidas de taxis y vehículos dejando a pasajeros con equipaje, le hicieron subir al interior de una furgoneta conducida por Óscar. Ya no se supo más de él.

Tiempo después, dijeron que había huido a una región de Malasia, donde vivía cómodamente bajo una identidad falsa. En otros medios de comunicación mencionaron que residía en Níger, bajo la protección del Gobierno al que había ayudado en un pasado dándoles información confidencial sobre una venta de armas con Rusia. Otros argumentaron que aún continuaba escribiendo novelas de espías bajo seudónimo y que su mejor obra estaba por salir, pero nunca más volvió a publicarse ninguna otra.

* * *

NADA MÁS CERRAR la puerta corredera de la furgoneta, Fabián le puso una capucha mientras otro operativo le ponía las esposas.

—Esto no es necesario.

—Tú te callas.

—Es ilegal.

—Lo que tú digas.

—No pueden.

—Lo hacemos.

—Merezco un trato con respeto.

—Tú no lo mereces.

Tras una hora circulando por el tráfico de Madrid, bajaron por una rampa y aparcaron cerca de la puerta de un ascensor.

Le llevaron a una habitación donde le hicieron sentar.

—¿Dónde estoy? Exijo que me digáis dónde me encuentro.

Sin que pudiera impedirlo, recibió inesperadamente un ligero pinchazo en el cuello. Acto seguido, se desvaneció en los brazos de un agente de seguridad. Lo tendieron sobre el edredón que cubría el grueso colchón de una cama de matrimonio y le quitaron la capucha.

Al poco tiempo se despertó en una estancia sin ventanas, parecía un hotel de lujo. Se tocó la cara y fue a mirarse el rostro en el espejo del baño. Le habían quitado la nariz postiza y el maquillaje.

¿Quedaría bajo arresto en algún lugar secreto? Nadie podría saber nada más de él. Sería como si hubiera desaparecido del mapa por completo. Quitó estos pensamientos de su mente.

Había folios sobre un escritorio con el membrete de «La Toja», y bolígrafos dentro de una taza de cerámica donde también estaba

inscrito con letras azules «La Toja». Se quedó pensando si en verdad le habrían trasladado desde Madrid a la isla de La Toja, en Galicia.

Estuvo reflexionando sobre esta posibilidad. «De Madrid a Pontevedra son casi seis horas en coche». «¿Por qué me habrán llevado hasta aquí?».

En realidad, era un método más para infundir confusión al detenido. Pero también forzar a su mente a trabajar en posibilidades y suposiciones. Un juego psicológico con el fin de mantener ágil y en alerta a la persona.

Intentó escribir alguna correspondencia con su hija y con su exmujer, explicando la situación en la que se encontraba y la razón de esta. Pero desistió. Rompió en pequeños trozos la hoja. Estaba demasiado cansado, eran demasiadas emociones.

Miró a su alrededor. Pensó que quien quiera que le hubiera retenido en aquella habitación de hotel de cinco estrellas había tenido una mínima consideración. La habitación tenía de todo. Era como estar encerrado en la *suite* de un hotel como el Ritz. Excepto que no había teléfono ni ventanas.

Las toallas del baño eran de algodón egipcio, y el albornoz de rizo, de lo más suave que había probado. El jabón de manos tenía un olor espectacular. ¿Y si estuviera detenido por un grupo extranjero dispuesto a facilitarle la huida de España? ¿Y si una agencia de inteligencia extranjera le quisiera proponer un trato de colaboración? Él sabía que las fuerzas de seguridad del Estado español no actuaban de esta manera. La Policía Nacional, por el contrario, del aeropuerto lo hubieran mandado al cuarto de una comisaría, después a una celda y al día siguiente estaría en presencia de un juez.

Dos fornidos hombres entraron en la habitación. Le pidieron que pusiera las manos en la espalda.

—¿Es necesario? No me voy a escapar.

Los hombres no dijeron nada. Con cintas de plástico, le sujetaron las manos, que se le clavaron a la piel y le cortaron la circulación de la sangre. Aun así, no rechistó. Le pusieron una capucha.

—¿En serio? Si ya saben quién soy, no hace falta taparme la cara.

Le cogieron de los brazos y le trasladaron a otra estancia, situada a pocos metros, donde le dejaron solo.

Cuando le quitaron la capucha, vio que estaba en un tipo de celda de interrogatorios, nada parecido a lo cómodo y el lujo de la anterior habitación. Luego le rompieron las bridas de plástico que ataban sus muñecas.

—Pero bueno, ¿esto qué es?

La temperatura era agradable y olía a limpio. No había mobiliario alguno, excepto una mesa y dos sillas adheridas al suelo de cemento. El techo parecía estar muy alto, ya que la oscuridad y las sombras que

había más arriba hacían imposible que la vista alcanzara más allá.

Dedujo que en algún lugar habría una cámara de seguridad monitorizándole. ¿Pero dónde? ¿Qué significaba todo aquello?

Enseguida entraron una mujer y un hombre. Le reconoció a ella como la empleada de Lufthansa, y él era uno de los hombres que le habían sacado del aeropuerto. En una mano la mujer sostenía la peluca, las gafas y la nariz postiza que había utilizado para asemejarse a la foto de perfil en su pasaporte falso. Imaginó que igual eran operativos del servicio de inteligencia, «gente del CNI que se las da de peliculeros».

—Miren, esto ya está tomando un matiz bastante grave —lo dijo con un tono amenazante mientras se tocaba las muñecas—. Exijo comunicarme con mi abogado. Me habéis puesto unas esposas y encerrado en un lugar desconocido sin haberme detenido previamente, encima me encapucháis y me secuestráis. Habéis cruzado toda línea roja.

—¿Por qué querías pasar desapercibido? —preguntó Laura, guardando los objetos del disfraz en una bolsa de plástico con cierre hermético.

Arturo guardó silencio. Intentaba mantener la calma e idear un plan para salir de aquella situación. Lo último que quería era que los medios de comunicación sacaran su foto, haciéndose viral por las redes sociales.

La atmósfera en la habitación se hacía cada vez más tensa. Arturo hacía esfuerzo por controlar la rabia, analizar con calma la situación y evitar que los nervios se inmiscuyeran en sus razonamientos.

«Por Dios, por algo soy un experto en Inteligencia», se dijo a sí mismo. Se aclaró las ideas. Sabía que le observaban desde la otra pared, donde el cristal oscuro estaba adherido al muro. Pero volvió a concentrarse.

—Muy bien, ¿qué quieren de mí? ¿A qué se debe todo esto?

—Que nos digas la verdad —contestó Tom—. Mi compañera te ha hecho una pregunta. ¿Por qué querías pasar desapercibido? Querías viajar a Fráncfort y desde allí a Bangkok.

—Confiesa —insistió Laura—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Arturo fijó la vista en ella y se rio.

—Como la canción de Louis Armstrong.

—Aunque te resulte irónico, no veo la relación con tu situación, pero si crees que te trae confort, puedes comenzar a cantar.

Arturo sonrió.

—Veo que tiene sentido del humor.

Laura lo miró con frialdad.

—Caballero, mi paciencia está llegando a un límite.

Arturo vio en aquella mujer una determinación que le hizo perder

los nervios, justo lo que sus interrogadores querían.

—No me diga. ¿Qué va a hacer? ¿Torturarme? ¿Me va a pegar? —Cerró los dientes y espetó con furia. Laura y Tom se mantuvieron impávidos, escuchando sus exageraciones y amenazas. Siguió farfullando—: Les pondré una denuncia que les arruinará su carrera y su vida personal. Si tienen familia, lo lamentarán. Se pondrán a la cola del paro. Nadie les contratarán y no habrá institución del Gobierno que emplee sus servicios porque quedarán descartados de por vida de cualquier puesto de funcionario. ¿Me han oído? Esto va por ustedes y la gente que haya observado detrás del cristal, ¡cabrones!

Laura, impasible ante las palabras que acababa de escuchar, dijo marchándose de la habitación:

—Muy bien, empecemos.

Ella cerró la puerta, pero enseguida se volvió a abrir.

Miguel, el psicólogo del Cervantes, entró en la habitación con una carpeta bajo su brazo derecho y con una caja metálica.

Arturo se levantó, mirando a uno y a otro.

Fabián adoptó la posición de observador, mientras, se mantenía apoyado a la pared con las manos en los bolsillos.

Miguel dio la vuelta a la mesa y señaló una silla.

—Por favor, siéntese aquí —dijo él tomando asiento, y esperando que Arturo se sentara de espaldas a la puerta, manteniendo el protocolo de un interrogatorio.

Él hizo lo que le dijo, se levantó y tomó asiento como se le pidió sin percatarse del detalle.

Eran tácticas que utilizaba para analizar a una persona, así se podía percatar de su situación anímica y si tenía algo que ocultar. Ya que con la puerta a su espalda se sentiría atrapado, exteriorizando los síntomas más evidentes. Al poco tiempo, estiraría una pierna, se tocaría el cuello o el rostro, pasaría los dedos por el cabello y se movería en el asiento. Era como dejar sentado en la cabeza de la mesa al invitado a comer, presidiéndola; de este modo, aunque no mantuviera una conversación con los demás, psicológicamente no se sentiría aislado.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó él—. ¿Es abogado? ¿Qué quiere de mí?

—Yo me llamo Miguel. ¿Quería hablar usted con alguien de Inteligencia?

Arturo le miró sorprendido.

—¿Usted trabaja para el CNI?

Silencio durante una pausa. Arturo mantenía su mirada a la persona que tenía enfrente, evaluándolo: su mirada no desprendía amenaza, eran suaves y su cuerpo permanecía relajado.

Miguel esbozó una sonrisa.

—Algo parecido.

Arturo tabaleó sobre la superficie de la mesa.

—¿Tiene algún tipo de identificación?

Miguel meneó la cabeza, pesaroso.

—No.

—Entonces, pertenece a una rama de los servicios secretos —dijo Arturo, sonriendo comprensivo—. Ni eres analista ni operativo ni trabajas dentro del CNI. Quizá, ¿inteligencia militar?

—Quizá.

—No, no puede ser, de acuerdo con las actas de procedimientos internos en el CNI, no puede haber otra organización exterior interfiriendo. ¿Estoy en lo correcto?

—Oh, sí. Es correcto.

Arturo parecía satisfecho. Dio una palmada sobre la mesa.

—Pues bien, quiero inmunidad.

—El vender secretos de Estado a terceros, y en esta ocasión, a una organización de inteligencia extranjera, es un delito muy grave, caballero.

Arturo le señaló con el dedo en tono admonitorio.

—Ojo con las acusaciones que vierte sobre mí. Va usted muy deprisa. Yo no he dicho nada de eso. Y ahora demando la presencia de un abogado.

—¿De verdad quiere que se airee esta situación? El escarnio público acabará con usted y todas las personas que le rodean, familiares, amigos y conocidos que hayan tenido una relación con usted. Muchos le darán la espalda y sacarán a la luz temas turbios del pasado sobre usted que se mantenían hasta ahora olvidados como argumento de que ellos no tienen nada que ver con su actual situación, pero que se veía en dónde acabaría Arturo Ferrer con sus malas prácticas. Toda su carrera profesional se irá al sumidero. Los medios de comunicación le tildarán de traidor. Sus amigos y antiguos compañeros hablarán tan mal de usted que no se lo creería. Del árbol caído, todos hacen leña. No tendrá a nadie a su lado porque la causa judicial contra usted es irrecusable. —Arturo se cruzó de brazos. Hubo un largo silencio. Miguel prosiguió—: De acuerdo, si mantiene usted esa actitud, tendremos que despedirnos. Crea que en estos momentos le faltan a su lado personas como yo que no quieren hacerle ningún daño y que quieren que esta situación se cierre de una vez por todas sin daño al Gobierno y sus intereses. Pero sobre todo, impedir que su reputación se vea menoscabada. —Se levantó—. Suerte cuando le llegue la notificación del día del juicio.

—Vale, comprendo mi situación tan delicada. —Arturo le señaló la silla—. Por favor, no se vaya y siéntese.

Miguel le observó un instante muy serio, y tomó de nuevo asiento.

Sacó un folio de la carpeta.

—¿Puede escribirme su nombre, apellido y número de DNI? —preguntó. Su voz sonó demasiado controlada.

Él le clavó la mirada. Miguel permitió que el silencio se prolongara, manteniéndole la mirada sin parpadear: quería que lo hiciera para observar los movimientos de sus ojos, y si era diestro o zurdo.

—¿Para qué? —preguntó Arturo al fin, sin poder seguir fingiendo que tenía dominada la situación. Arqueando las cejas e inclinándose hacia adelante, preguntó—. ¿No lo tienen ya?

—Puede rayar con el bolígrafo el resto de espacio vacío en el folio si teme que alguien pueda hacer un uso indebido.

Arturo resopló.

—Cuanto antes terminemos, mejor —dijo, e hizo lo que Miguel le pidió.

Miguel ya hizo la evaluación que quería de Arturo Ferrer: estaba muerto de miedo, se derrumbaría con facilidad si se le llegara a presionar, no dominaba sus sentimientos y no había sido entrenado en tácticas de interrogatorio. En definitiva, sería cañón fácil para la siguiente fase, que iba a comenzar.

Arturo le entregó la hoja.

—Muy bien —dijo Miguel, guardándola en la carpeta.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Información relevante sobre lo sucedido en el edificio del CNI. Quién cree usted que pudo ser, los motivos, cuál era el objetivo… ya sabe, cualquier detalle que pueda ayudarnos en la investigación.

—No sé de qué habla. No ha salido en las noticias.

—Usted sabe la razón. Lo han querido tapar en el CNI por precaución y no dar una imagen de debilidad al ciudadano español, por el que trabajan para proteger.

—Mire, sabihondo, no se las dé de listillo conmigo. No sé quién es usted, pero no tiene nada para retenerme en este lugar. Quiero hablar con mi abogado.

—Tiene usted la obligación de facilitárnosla.

—Váyase a la mierda —espetó Arturo.

—Señor Ferrer, no voy a permitirle que me hable usted así.

Arturo sonrió.

—¡Váyase a la mierda! —pronunció de nuevo, esta vez gritando.

Miguel lanzó una mirada a Fabián, que entendió que era el momento.

—Estas no son formas de hablar —intervino Fabián, situándose a espaldas de Arturo. El tono de su voz le sonó extraño. Su voz tenía la cualidad penetrante de una sierra de carne industrial.

Miguel le clavó la mirada. «Está hecho un flan», pensó.

Fabián le puso las esposas con los brazos por delante, inmovilizándole el cuerpo para que no se levantara y mantuviera un brazo estirado sobre el tablero de la mesa.

Miguel le subió la manga de la camisa y reconoció los síntomas que padecía: el ritmo cardiaco acelerado, una extremada sudoración en las manos y en la frente.

En ese instante fue cuando la rabia de Arturo empezó a convertirse en miedo.

—¿Qué pretenden? —gritó fuera de sí.

Miguel abrió la caja metálica que había traído consigo, sacó un algodón y lo mojó con un líquido de un pequeño frasco de cristal. Acto seguido, le limpió la piel del antebrazo hasta el codo.

Arturo sudaba de forma exagerada. Sintió una sensación de vacío en el cerebro. De manera instintiva, tomó una gran bocanada de aire con el propósito de controlar sus emociones. Hizo un intento de echarse hacia atrás y levantarse, pero Fabián le sujetaba con tal firmeza que le era imposible evitar lo que estuvieran a punto de hacer con él.

Miguel guardó el trozo de algodón en la caja y sacó dos jeringuillas.

—Ahora llega el momento decisivo —dijo.

Arturo no podía tragar saliva.

—¿Qué locura está diciendo? —gritó a más no poder—. Les denunciaré. Acabaré con vuestras carreras.

—Aquí le muestro dos opciones. —Levantó una jeringa—. En esta le inoculo el llamado suero de la verdad, contiene pentotal sódico. Y en esta otra —dijo y levantó la jeringa izquierda—, tenemos cloruro de potasio.

Arturo dejó de moverse, sudaba a borbotones. Hubo silencio en la habitación. El tiempo parecía haberse pausado.

—No pueden hacerme esto. Es ilegal.

—Usted elige —dijo Miguel con tono tranquilo—. Le pongo esta. —Levantó la jeringa derecha—. Habla y nosotros escuchamos. O por el contrario, le pongo la otra y ya sabe a qué atenerse, a un paro cardiaco.

—¿Sabes lo que haremos después con tu cuerpo? —preguntó a su oído Fabián, que le mantenía agarrado con fuerza por detrás—. Te meteremos en un saco de plástico con cremallera que tenemos preparado, después a una furgoneta que tenemos fuera y te llevaremos a cierto lugar donde incineraremos tu cuerpo en un horno eléctrico. ¿Qué te parece? Mejor método que pasar desapercibido por Asia con nombre ficticio, como pretendías vivir en Indonesia, ¿verdad?

Arturo sintió perder el control. Estaba paralizado. Sabía que hablaban en serio. No hizo movimiento alguno. Era incapaz de

pronunciar palabra.

Su estado era bien conocido por Miguel, que sostenía las jeringuillas, así pues, tomó él mismo la iniciativa con absoluta naturalidad y previa experiencia.

—Muy bien. Ha elegido muy bien —dijo de forma pausada. Dejó la jeringuilla izquierda en la caja metálica y, sin advertirlo, le clavó enseguida la aguja de la otra jeringa en la vena.

Arturo no hizo más gesto que el de mostrar una mueca de dolor, pero enseguida se sintió más tranquilo, sosegado y somnoliento.

Por un instante, mostró síntomas de intentar aferrarse a algo, para huir de la reacción y consecuencias de lo que pudiera decir sin ser consciente de ello, pero esa tabla de salvación resultó escurridiza y resbaladiza.

Se encontraba a gusto, en una situación de relajación, como cuando estás en la tumbona de la playa bajo la sombrilla, disfrutando de la brisa del mar y del ruido del oleaje.

Laura entró. Se inició la sesión de preguntas.

—Te llamas Arturo Ferrer, ¿verdad?

—Correcto.

—Eres analista de Inteligencia y has trabajado en el Centro Nacional de Inteligencia como jefe de departamento para Asia, ¿verdad?

—Correcto.

Laura levantó el dedo índice hacia el cristal opaco, haciendo una señal a las personas que estaban presenciando el interrogatorio al otro lado del cristal, ya que llegado a ese punto, comenzaba lo importante.

—¿Has pasado información secreta o confidencial a organizaciones de inteligencia extranjeras?

Drogado, con una turbia y espesa niebla de semiinconsciencia, comenzó a hablar.

18

Cuando se hizo de noche, Sofía paró a descansar. Recuperó el aliento, el control de sí misma y continuó caminando hacia adelante.

Entonces, vio una verja. A pocos metros había una casa típica de la zona, blanca con tejado y de una sola planta. Se acercó. Estaba cerrada. Miró por los alrededores, pero no vio ni oyó a nadie. Había una puerta en el anexo de la vivienda.

Se internó en el jardín y se coló por la puerta que estaba entreabierta. Encendió el interruptor. Había instrumentos para trabajar la tierra; palas, azadas y dos carretillas con cazos de plástico en su interior, había varios sacos llenos de hojas secas y bidones de gasolina para alguna máquina de jardinería. Una estantería estaba llena de botes de pintura, aceites, tornillos, tuercas, arandelas y clavos de distintos tipos.

Al ver que no había peligro alguno y que podría descansar, apagó la luz. Apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer hasta abrazar sus rodillas. Quería liberarse de la tensión y del agotamiento. Estiró las piernas. Sentada en el suelo, cerró los ojos, sin importarle el olor a humedad y aceite que desprendía aquel pequeño cobertizo. Solo quería descansar.

Entonces, los demonios le asediaron la mente, rememorando lo sucedido. Recordó la escena que se le había quedado grabada en la memoria: sus amigos tendidos en el suelo, muertos por disparos. Pero ¿por qué? ¿Por qué dijo Carlota que preguntaron por ella? ¿Sería por el trabajo que tenían sus padres?

Sin embargo, por recomendación expresa de su madre, no había comentado a nadie sobre la profesión de ellos, era un secreto. Ahora, tenía que hacerle caso, encontrar un lugar donde esconderse hasta que mandara a alguien a recogerla.

Le vino a la memoria la imagen de su padre, antes de que se divorciaran él y su madre, en la casa familiar. Él cocinaba mientras contaba chistes sin parar, haciéndola reír. La terrible añoranza que sintió en aquellos momentos le hizo sentir un deseo de llamarlo de inmediato.

Intentó que esos alegres recuerdos persistieran. Y se inventó una conversación imaginaria en otra situación distinta.

Él se encontraba en el césped del jardín, tomándose un aperitivo,

mientras leía el periódico deportivo.

—¿Qué tal, papá?

—Muy bien.

Los dos sonreían sentados en la terraza del jardín de casa, viendo cómo se entretenía jugando sola Nala, el *yorkshire terrier* que Sofía recibió en Reyes del año anterior.

—El tener un perro es una gran responsabilidad —le dijo él.

—Lo sé, papá.

—Hay que pasearlo, llevarlo al veterinario, darle de comer a sus horas, bañarlo, y no menos importante, entrenarlo.

—Sofía, Arturo —llamó su madre desde el interior del salón—. Venid a la mesa. La comida ya está lista.

Sofía, en sus recuerdos, sintió una añoranza terrible por su vida en familia. Ahora que se veía en grave peligro deseaba llamarlos, pedirles ayuda, oír sus voces, sentirse arropada por la seguridad de su casa en Madrid.

Sin embargo, no pudo evitar que la delicada situación en la que se encontraba la acabara abrumando.

Intentó quitar los malos pensamientos de su cabeza, pero no pudo. La impresión al ver la muerte de sus amigos había sido muy fuerte.

Escuchó voces en el exterior. Aquello la asustó tanto, como si hubiera recibido un martillazo en el estómago.

A gatas se asomó por la puerta del cobertizo. A lo lejos vio varias siluetas que pasaban por delante de la verja. Se llamaron unos a otros en un idioma que no entendía. No era alemán, ni inglés ni francés.

Uno de ellos cruzó la verja y entró en la propiedad.

Sofía se quedó quieta, observando las piernas de aquella figura, no conseguía ver su rostro debido a la oscuridad de la noche, que acentuaban las palmeras que había alrededor de la propiedad. Pero en un momento dado la persona se movió y a ella le pareció ver el rostro del novio indio de Irene.

«No, no podía ser Sandeep. Él estaría muerto junto con los demás».

Alguien lo llamó «Alireza» por detrás en un susurro, y, entonces, el hombre se volvió sobre sus pasos para unirse a sus compañeros.

Al recordar a sus amigos sintió que el terror le paralizaba todo el cuerpo.

El peso del cansancio la vencía.

Volvió a pegarse a la pared. Quiso remover de nuevo el pozo de sus recuerdos en familia, pero el sueño la invadió y la venció.

Por la mañana temprano, un hombre con barba morena y pelo largo atado en una coleta la despertó sobresaltada a causa de sus gritos.

—O te largas de aquí o llamo a recepción para que traigan a los de seguridad.

Aquella persona tenía un acento inglés que lo hacía parecer de origen belga o francés.

—Sí, por favor —replicó Sofía, poniéndose en pie—. Llame, pero llame a la policía. Me quieren matar. Han matado a mis amigos.

Una mujer preguntó en francés a lo lejos qué pasaba, por qué tardaba tanto. El hombre le respondió algo en el mismo idioma, y ella llegó corriendo al cobertizo.

—Necesito ayuda —dijo Sofía, acercándose a la mujer, pero sus piernas entumecidas la traicionaron y tropezó contra la pared de manera patética.

—Está drogada o con una resaca de caballo —comentó el hombre.

—Lárgate de aquí —dijo la mujer, señalando la salida.

—No, no lo han entendido —dijo ella sollozando—. Me quieren matar.

La mujer soltó improperios en su idioma materno y cogió una escoba.

—O te largas ya, o te saco a golpes —la espetó—. Debería darte vergüenza, comportándote de este modo en Auroville. Aquí no se viene a participar en fiestas. Para tomar alcohol y drogas te vas a otro sitio.

Sofía se quedó petrificada por aquella reacción. Estaban confundidos, pero ¿cómo hacerles entender lo contrario? Rompió en sollozos y comenzó a temblar.

—Por favor, llamen a la policía —dijo con espasmos en los hombros.

La mujer no esperó más tiempo, la agarró por el codo, la arrastró fuera por el jardín y la empujó al otro lado de la verja.

Al verse desamparada otra vez en el bosque, en su cabeza se reprodujo la escena de la noche anterior y la adrenalina volvió a manar a raudales, debía conservar su vida. Estaba en medio de un camino de tierra, y había dos senderos que se internaban en la frondosidad del bosque.

—¿En qué dirección está Pondicherry? —preguntó entre sollozos.

La mujer levantó un brazo en dirección a uno de los caminos.

Sofía miró por instinto alrededor, y echó a correr, se veía desconsolada. Aunque se encontraba desubicada por completo, la desesperación la arrastraba a seguir en la dirección que aquella mujer le había señalado.

19

La duración del trayecto suele ser pesado y lento, pero lleno de actividad. El tren pasaba a través de campos, aldeas, pueblos y ciudades. Era lo que ofrecía al viajar por el interior de la India, aunque solo fuera un recorrido por la parte sur. En un momento dado, comenzó a llover.

Hacía unas horas había llegado a la estación de tren de Kanyakumari, donde cogió un billete para Pondicherry. Debido a que el vagón de carga se iba llenando de equipaje, por recomendación del revisor dejó la moto atada con cuerdas, y él se tuvo que ir a otro de pasajeros. Allí pudo estirar las piernas, ya que los calambres le subían por el cuerpo atenazado.

Tumbado en su litera superior con el aire del ventilador de techo en su máxima potencia, se dejó llevar por un sentimiento de soledad que lo anegó por entero. Se había prometido a sí mismo no dejar entrar sentimientos que le causaran ansiedad. Pero conforme transcurrían los años, no podía evitarlos.

Buscó en su interior algún tipo de reacción. Desde hacía mucho tiempo se había bastado a sí mismo. Tenía una habitación permanente en el edificio de Hassena en Bombay, y solía recorrer la India en plan nómada. La realidad era que conforme pasaban los años, y él se hacía más mayor, se iba dando cuenta de que ya no hallaba placer en estar solo.

Veía con frecuencia en la India a extranjeros y se mantenía al margen, observándolos. En Kerala, hacía unos días, había coincidido con un grupo de españoles que viajaban en moto. Pararon en un puesto de carretera a descansar, donde él tomaba el té, tranquilamente. No se atrevió a saludarlos.

Los escuchó hablar sobre el itinerario que iban a tomar por distintos lugares pintorescos y las fabulosas fotos que habían sacado para subirlas en Instagram. Una chica del grupo anotaba en su cuaderno el nombre completo del guía indio, y cómo se escribía «buenos días» y «bienvenidos» en su idioma materno porque estaba haciendo un diario de viaje para publicarlo en su blog. Otro español no dejaba de hablar sobre qué gran negocio sería el vender en España plantas de té ecológico y sobre los beneficios positivos para el cuerpo del aceite de coco.

Encendió la luz para quitarse aquellos recuerdos de la cabeza y se puso a leer un periódico local hasta quedar sumido en el sueño.

Aquel era el momento que más le gustaba cuando viajaba en tren, contemplar el techo del compartimento claustrofóbico, sentir la curiosidad de asomarse por la ventana para ver qué nuevo paisaje descubría, o sentado en el suelo de un vagón con la puerta abierta, observando pasar casas rurales y campos de cultivo, o perderse en la lectura de una novela o periódico. Simplemente, no pensar en nada.

* * *

HABÍAN TRANSCURRIDO dos años desde que le dijera a Arturo, su marido, que el matrimonio no funcionaba debido al anhelo apremiante que tenía él por las jovencitas becarias.

Ana Valverde le había estado observando desde el otro lado del cristal oscuro. Habían trascurrido varias horas desde que confesó haber vendido información clasificada a una tercera persona ligada con el servicio de inteligencia de Afganistán, que a su vez tenía relaciones con Al Qaeda. Confesó que esa persona, cuyo verdadero nombre era Najeem Hosseini, se hacía llamar por el nombre en código de Medusa.

Ahora Arturo había vuelto en sí. No era consciente de todo lo que había hablado bajo los síntomas de la droga que le habían administrado. Estaba tumbado sobre el cómodo colchón de la habitación de La Toja. Se sentía desorientado. ¿Había soñado que le interrogaban?

Levantó la cabeza y vio a dos personas. Fabián y Miguel se encontraban sentados en los sofás, observándole. «No lo he soñado. Ha sido real, maldita sea», pensó.

Tenía tanta sed que se bebió medio litro de agua mineral de un trago. Miguel le hizo preguntas genéricas para mantener el ritmo del interrogatorio, pero Arturo hacía caso omiso a pesar de las habilidades que mostraba y su complexión intimidante.

Llegó un punto en el que Arturo les dijo:

—Que os jodan a los dos. Lo dije antes y lo vuelvo a decir, os voy a empapelar. Mi abogado os demandará y nos veremos en el juicio, chavales. No sabéis con quién estáis tratando. A ver si os enteráis.

Miguel se cruzó de brazos sobre el pecho. Luego tomó asiento de nuevo en el sofá, miró a su compañero, recibió una orden por su pinganillo y asintió.

—Está bien —dijo poniéndose de pie—. De manera que es usted inocente.

Arturo salió del baño envuelto en un albornoz, después de haber tomado una ducha, y se cruzó de brazos a su vez, mostrando su

altanería.

—Sí, así es.

Miguel hizo una mueca y asintió, teatralmente. Hizo un gesto a Fabián para que se lo llevara consigo.

—De acuerdo. Vístase. Nos vamos. Le dejaremos en paz.

Lo llevaron encapuchado a otra sala. Una vez que lo hicieron sentar sobre una silla, le quitaron la capucha. Era un despacho más informal.

—Ya no nos volveremos a ver —aseveró Miguel—. Buena suerte.

Arturo no le contestó, simplemente le miró de forma fija, levantó la barbilla dejando entrever su carácter prepotente, sonrió y una vez que le dejaron solo se sintió más relajado. Estaba convencido de que su actual situación era la antesala de pedirle disculpas, abrirle la puerta y dejarle marchar. Aun así, él se mantenía decidido en contactar con el despacho de su abogado y llevar a juicio lo sucedido.

Unos minutos después, entró la directora del CNI.

—Vaya sorpresa, Ana —soltó Arturo.

Ella asintió.

—La sorpresa es mía —tomó asiento y se cruzó de brazos. Él tomó asiento frente a ella—. Yo no sonreiría en estos momentos. ¿Eres consciente de la pérdida de vidas humanas que has causado? ¿Sabes cuántas familias has roto? Por no hablar de los daños económicos. Gente joven que acababa de empezar con nosotros, empleados ya veteranos de la casa. ¡Inocentes! —gritó Ana al pronunciar la última palabra, inclinándose sobre la superficie de la mesa—. Has sido el causante de la muerte de ciudadanos españoles que trabajaban por el bienestar de este país.

Las lágrimas, al fin, rebosaron en el rostro de Arturo.

—Yo no lo quise, de verdad —musitó.

Ana esperó unos segundos. Sacó un paquete de clínex de su bolsillo y le extendió un pañuelo de papel.

—Te comprendo, aunque no comparta tu modo de actuar. Tú querías enriquecerte sin tener en cuenta las consecuencias.

Él se sonó con delicadeza. Luego se limpió suavemente bajo los ojos, como si estuviera reflexionando sobre la presencia de su exmujer.

—Si me sacas de este atolladero, te juro que enmendaré todo lo malo que haya hecho.

—Hay un par de cosas que quisiera que me aclararas.

—Dime.

—El grado de relación que mantenías con la organización extranjera y la clase de información procesada que el *pendrive* tenía.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos has hablado de una persona a la que vendiste la

información.

Él se repantingó en la silla, y se dio cuenta de que ella habría escuchado su interrogatorio, que habría sido grabado por aquellas personas que más pronto o más tarde el equipo de su abogado empapelaría con demandas judiciales.

—No sé lo que contiene —manifestó con fingida sorpresa.

—¿No sabes lo que le diste a Medusa? No mientas más, por favor.

Arturo puso una cara de sorpresa. No recordaba haber pronunciado tal nombre.

—No, la verdad —suspiró.

—Lo has confesado todo gracias a la droga que te han suministrado. Lo tenemos todo grabado. Ahora mismo ya hay un equipo operativo trabajando con toda esa información.

—Sí, confieso que he hecho cosas para cubrir mis gastos. Me gusta llevar un tren de vida cómodo, sin preocupaciones. ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada si es legítimo.

—Me vas a dar tú ejemplo de moralidad.

—Dime, ¿qué cosas has hecho?

—He ofrecido a terceras personas cierta información a cambio de dinero. Lo confieso. Pero ojo, no soy ningún traidor. Si lo he confesado estando drogado, ¿por qué me haces estas preguntas?

Ella le miró al fondo de los ojos y supo que decía la verdad. «Ingenuo e imbécil», se dijo a sí misma.

—Esta conversación no está siendo grabada, idiota. Les he pedido reunirme contigo a título personal. Quiero que me lo digas tú a la cara, sin estar bajo los efectos de ninguna droga. ¿Qué información contenía el *pendrive*? Por favor, no me vengas con que no sabías qué estabas vendiendo, porque entonces me marcho.

La mirada de Arturo se perdió en la pared, como si quisiera rehuir de la verdad.

—Números, información, nombres…

—¿Qué nombres? —Hubo un largo silencio—. Es crucial para mí conocer lo que contiene ese *pendrive* para evaluar el daño que nos has causado. ¿No te das cuenta de que atañe al interés nacional? ¿Eres consciente de esto?

Arturo desvió la mirada de la pared y la observó.

—De políticos y empresarios.

—¿Quiénes eran?

—De la banca, del actual Gobierno, funcionarios.

Ana lo miró, impávida.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Fue Medusa quien me contactó. Vino a mi despacho y me propuso la venta.

—Entonces, tú me contactaste para prestar tus servicios de asesoría en bioterrorismo, investigación biológica y la ingeniería genética. Y yo que pensé que te estaba haciendo un favor personal, di el visto bueno en el CNI para que te contrataran. Y tú me lo pagas robando.

—Medusa me obligó.

—¿Así que te obligaron?

—Eso es. Me amenazó diciendo que mi familia estaría en peligro si no hacía lo que él quería.

—No te puedes imaginar en qué situación de peligro has puesto a nuestra hija.

Arturo abrió los ojos como platos.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tiene que ver Sofía en todo esto?

—Está en la India y se encuentra en peligro de ser secuestrada. Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para que eso no ocurra.

—Dios mío, hablé con ella hace unos días. Se iba a visitar a su amiga Irene y a su novio indio.

—Los han matado a todos. Sus amigos han sido asesinados. Ella consiguió huir. Todo por tu culpa. Ese tal Medusa no quedó muy contento con la información que le vendiste. Mandó atacar al CNI con la intención de asesinarme. Ahora tememos que quieren coger a Sofía viva para someternos a chantaje. Si esto se hace público, no solo acaba con mi carrera, sino que salpicaría al Gobierno.

Arturo tragó saliva. Movió la cabeza de un lado a otro, incrédulo.

—No ha sido mi intención. Yo solo he sido un instrumento al que han querido manejar.

—¿De manera que te crees inocente?

—Sí, y lo contrario es faltar a la verdad.

—Deberías de haberte dedicado a la política. —Ana dio unos golpes con el índice sobre la mesa—. Si te doy un documento donde conste tu confesión de que eres inocente y has sido utilizado por terceros para obrar contra tu voluntad, ¿lo firmarías?

—No sin mi abogado.

—Si llamas a una persona del exterior, esto acabará siendo público y tendrás que presentarte ante un juzgado. La verdad, Arturo, prefiero cerrar tu parte del caso y dedicarme a investigar en privado lo sucedido con un comité de expertos. Además, no creo que quieras la presión mediática, ¿verdad?

La expresión de Arturo había permanecido imperturbable hasta que escuchó ese último comentario.

—Lo firmaré —contestó, ansioso.

Ana salió de la habitación y volvió enseguida con un papel en las manos. Le leyó la declaración en voz alta.

—¿Estás conforme con esta declaración de inocencia?

Arturo tomó el documento de sus manos. Lo leyó por encima y asintió. Ella le tendió un bolígrafo. Él firmó y le devolvió el documento.

—Bueno, pues dejémoslo como un suceso infortunado —dijo Arturo resoplando y poniéndose de pie.

—Un momento, ¿dónde te crees que vas?

—Voy a salir de aquí antes de que pierda la paciencia.

—No, no te vas a ningún sitio —declaró Ana. El cometario produjo en él un sentimiento de perturbación, momentáneamente no supo cómo reaccionar. Ella continuó—: Eres cómplice de asesinato, de terrorismo y robo de documentación secreta del CNI, además de traición a tu país.

Arturo abrió los ojos de par en par.

—No me andes con juegos, Ana —dijo él, frunciendo el entrecejo —. Te he firmado mi declaración y tú misma decías que era mi declaración de inocencia.

—Yo no te he preguntado si lo eras, ¿recuerdas?

—Menuda zorra.

—Yo cuidaría mucho tu lenguaje.

—¿Ah, sí? Pues ahora quiero ponerme en contacto con mi abogado. Ya he perdido la paciencia.

—Lo que tú digas. Ahora mismo te está esperando un vehículo que te llevará a otro lugar.

—Bien, veo que comprendes el proceso judicial que puede desencadenar todo esto. —Él se quedó pensativo un rato y señaló el papel que ella mantenía sujeto entre sus manos—. ¿Para qué me has hecho firmar ese documento?

—Es tu declaración de culpabilidad.

Arturo lo comprendía ahora, irían a alterar el texto en su contra. Era tinta falsa lo que estaba escrito en el papel. Se borraría y se sustituirían las palabras por otras. Miró a su exmujer de arriba abajo.

—Ni se te ocurra, Ana.

—Ya veremos. Todo es negociable, ¿verdad? ¿No era eso lo que me dijiste durante nuestro divorcio y la división de bienes?

Arturo le lanzó una mirada reprobatoria.

—Dinero —dijo él rechinando los dientes—. Siempre has estado interesada en el dinero. Es por eso que has escalado hasta directora en el CNI. ¿Cuántos tíos te has llevado a la cama?

Ana tuvo que contener las ganas de darle una bofetada, en cambio, esbozó una sonrisa.

—Eres una pérdida de tiempo —afirmó ella con toda la calma que pudo, recuperando su arrogancia y control de sí misma—. Nuestra hija está en la India huyendo de unos secuestradores a los que tú les has engañado y te dedicas a pensar cómo evitar pagar por tu traición y a

insultarme.

Arturo abrió la boca para hablar cuando dos agentes vestidos de paisano entraron a la sala. Él no dijo nada de inmediato, pero le mantuvo una mirada que suplicaba perdón. Ella se limitó a mirarle con desprecio.

Los agentes le agarraron de los brazos y le hicieron girar hacia la puerta mientras él se resistía, pero acabó cediendo debido a la fuerza de ellos.

—No puedes hacerme esto —protestó él mirando hacia atrás por encima de su hombro izquierdo.

—Lo estoy haciendo —respondió ella—. No volveremos a vernos jamás. Estarás en buenas manos. Ahora mi prioridad es salvar a mi hija.

La nuez de Arturo comenzó a oscilar de arriba abajo. Siendo escoltado por el pasillo, abrió la boca, pero no fue capaz de pronunciar una sola palabra más.

20

Sofía se paró un instante. Escuchó el ruido inconfundible del motor de un autorickshaw. Estaba cerca de la carretera. Aceleró el paso. De repente, escuchó una voz que la dejó helada.

—¡Sofía! —gritó a su espalda un hombre—. Detente. Solo queremos hablar contigo.

Se dio la vuelta. Vio a lo lejos varias figuras de personas moverse entre la maleza. Se escondió detrás de un árbol. Su corazón palpitaba con violencia. ¿Cómo sabían dónde estaba? ¿Cómo la estaban viendo? Alzó la cabeza y a lo lejos vio un pequeño aparato flotando en el aire. Era un dron.

Estaba convencida de que si llegaba a la carretera, darían con ella. Pero si se quedaba dentro del bosque, la cogerían y la matarían. A la derecha el terreno estaba más elevado y se veían tejados de viviendas. Esto quería decir que ya no estaba dentro de la propiedad de esa «ecobiosecta espiritual-cantamañanas de Auroville», como en una ocasión Fernando había definido al lugar, sino que estaba próxima a la ciudad de Pondicherry.

Corrió, pero al pisar sobre una superficie rocosa, se cayó al suelo. Al intentar frenar el impacto con las manos, se las arañó y se quedó inmóvil sobre el terreno escarpado. Tomó aire e inspiró varias veces broncamente. Sabía que tenía que forzar el aire a entrar en los pulmones con jadeos irregulares: era eso lo que le decía el profesor de Educación Física durante las clases donde practicaban atletismo.

Se levantó, vio las casas a lo lejos. Si llegara a la ciudad, pediría a alguien que le prestara el teléfono móvil, haría la llamada perdida y esperaría a su rescate.

Continuó subiendo la pendiente hasta que llegó el momento de ir cuesta abajo.

Oyó a sus perseguidores.

—¡Sofía! ¡Para!

No sabía a qué distancia estaban. Sofía seguía corriendo, pero los oía detrás de ella. Pronto la alcanzarían.

Pensó en detenerse para que todo pudiera terminar y sucediera lo inevitable. Pero al cruzar una serie de matorrales, vio un agujero en el suelo, que parecía un desagüe. Decidió esconderse, metiéndose dentro.

Se quedó quieta, conteniendo su ardiente respiración. Cerró los

ojos, como si el gesto le infundiera mayor protección, convirtiéndola en invisible. Enseguida tres hombres pasaron a su alrededor, y un cuarto lo hizo más tarde, saltando por encima de donde se encontraba. Levantó la cabeza, eran ágiles y atléticos. Desde luego, no eran indios.

—No tiene que estar muy lejos —dijo uno de ellos en inglés, cuyo acento le delataba como de algún lugar de Europa del Este.

—Tal vez, pero debemos de darnos prisa —añadió otro, este tenía un fuerte acento árabe—. Si consigue hablar con la policía, lo podemos tener complicado.

—A la policía la conseguiremos sobornar. En eso no habrá problema. Recoge el dron. Ya no nos hace falta.

—Maldito lugar. ¿Hace esta humedad en todo el país?

—No, qué va. En el norte ahora mismo están en invierno. Y durante este mes, aquí la temperatura es muy agradable. Si vinieras más tarde te derretirías.

Sofía se sentía demasiado aterrorizada como para apartar la mirada de ellos. ¿Quiénes eran? ¿Por qué querían cogerla? ¿Cuántos eran? ¿Cuatro? ¿Cinco?

—Por cierto, ¿registrasteis la caseta como os dije? —preguntó otro con tono más duro.

—No hay nada de valor. Ni en los móviles ni en los portátiles. En Auroville continúa en alerta Alireza, haciéndose pasar por uno de esos *hippies* extranjeros, a la espera de que pueda volver la chica.

—No creo que ella vuelva. Llama a Alireza, dile que se vaya al barco y esté pendiente por si llega Medusa.

—Venga, vamos a seguir —dijo otro, emprendiendo todos de nuevo la persecución.

Sofía permaneció quieta durante muchos minutos antes de salir de su escondite. Tras haberlos visto y escucharlos hablar en inglés con un fuerte acento de distinto origen, respiraba de manera superficial y rápida, boqueando, buscando al aire y con la mirada clavada en el intenso cielo azul limpio de nubes.

«A la policía la conseguiremos sobornar». Aquellas palabras retumbaban en su cabeza. Tenía que conseguir un teléfono, este era su última esperanza. No dejaba de sudar aunque estuviera quieta y escondida en un lugar seco. Tenía miedo de salir. ¿Y si se quedaba ahí tumbaba todo el día?

Algo se le estaba clavando en la espalda. Una piedra. Estaba tan abrumada por los acontecimientos que ni se molestó en apartarla.

Pasaron los minutos y las horas.

Seguía teniendo miedo de ponerse de pie y que aquellos hombres la vieran. ¿Hasta dónde habrían estado corriendo? A ese ritmo habrían llegado ya a Pondicherry y se habrían dado cuenta de que ella no estaba merodeando por ahí. ¿Y si decidieran volver y buscarla por el

camino recorrido?

Ellos sabían que estaba por la zona. Así pues, lo más prudente sería esperar a que anocheciera. «Pero… ¿qué hora es? No será ni mediodía. No puedo quedarme aquí tumbada todo el resto del día». Sin embargo, se sentía cansada, y ahí bocarriba, estaba cómoda. Cerró los ojos y se fue quedando sumida en un profundo sueño.

Se despertó de sopetón, aturdida. De mala gana levantó la cabeza. Estaba atardeciendo. Se había quedado dormida como mínimo seis horas. No vio a nadie por los alrededores. Sus perseguidores la estarían buscando por la ciudad.

Se levantó. Ahora, en vez de ir en dirección recta, tendría que entrar a la ciudad por algún otro lado. ¿Dónde estaba la carretera general? Tenía que conseguir ayuda. Alguien tenía que escucharla. A esas horas habrían descubierto los cuerpos de sus amigos y seguro que la policía estaría sobre aviso. Pero ¿y si los hubiesen sobornado para que la noticia no saliera de Auroville?

Recordó unas palabras de Irene, diciendo que lo que sucedía dentro de la propiedad de Auroville, se quedaba dentro, como si la administración del lugar ejerciera sus propias leyes.

Miró hacia la izquierda. ¿No era donde estaba el mar? Cuando viajaron del aeropuerto internacional de Chennai a Auroville, recorrieron en un viejo coche Ambassador la carretera que bordeaba el mar del golfo de Bengala, una zona desbastada hacía varios años por un terrible tsunami, según les comentó el conductor nativo.

Despacio, como si no quisiera alterar nada que pudiera producir ruido, comenzó a caminar.

El terreno se volvió más escabroso conforme subía por la pendiente de una ladera. Calculó que serían las siete o las ocho de la tarde. Hacía mucha humedad. Su ropa estaba sucia y empapada de sudor.

Las rodillas le amenazaban con ceder y la garganta la tenía reseca. Sintió mucha sed. «Sigue adelante», se dijo a sí misma.

Entonces, vio las casas de la periferia de Pondicherry. Por fin.

El corazón le latía a toda velocidad. Eran viviendas antiguas de la época colonial francesa. Durante los años habían sido remodeladas en distintas ocasiones, pero mantenían la arquitectura de entonces. Algunas casas tenían macetas colgadas en las paredes exteriores y en las ventanas un clásico enrejado que para el visitante parecía que hubiera sido teletransportado a un pueblo del Mediterráneo.

Miró hacia atrás para asegurarse de que nadie la estuviera siguiendo. A toda prisa corrió hacia delante, donde se extendía un camino que recorría la parte trasera de aquellas casas.

Vio un Hyundai Creta frenando frente a un semáforo en rojo. Al volante iba una mujer india elegantemente vestida con una blusa estampada. Sofía corrió hacia ella. Se pegó al cristal de la ventana y

asestó unos golpes suaves con los nudillos.

—Por favor. Necesito ayuda.

La mujer volvió la cabeza con un gesto de irritación. Bajó un poco la ventanilla y Sofía notó el frescor del aire acondicionado.

—¿Qué quieres?

—Necesito utilizar un teléfono.

La mujer se levantó sus gafas de sol negras Cartier hasta la cabeza y la miró de arriba abajo.

—Vete a un cibercafé.

—Pero no voy a tener tiempo. Me quieren matar.

El rostro de la mujer reflejaba incredulidad y, a la misma vez, repugnancia. Era evidente que tenía a su lado a una joven extranjera bajo los efectos de alguna intoxicación. La mujer hizo una mueca de desprecio y subió la ventana. El semáforo se puso en verde y emprendió la marcha, dejando a Sofía de pie en la calzada con un aspecto de desamparo.

* * *

A CIERTA DISTANCIA, alguien la observaba.

—La veo —dijo un hombre subido sobre un banco.

—¿Dónde? —preguntó otro, levantando la cabeza.

—Creo que es ella.

—¿Crees o es ella? —preguntó otro.

Un tercero sacó de uno de sus bolsillos unos binoculares pequeños. La localizó de inmediato.

—Es ella. Habrá pedido ayuda a algún conductor.

—Déjame ver —pidió otro. La recorrió de arriba abajo con los prismáticos. Sí, es ella.

—¿Entonces a qué esperamos?

* * *

SOFÍA SALIÓ DE LA CALZADA. Se encontraba desconcertada, ¿a dónde ir? Avanzó por una calle y luego se metió en otra. De nuevo parecía que estuviera en un pueblo europeo y no en la India.

Cuando sus perseguidores llegaron a la calle donde la habían visto no pudieron encontrarla. Sin embargo, sabían que estaba cerca y muy pronto conseguirían atraparla.

Sofía observó una casa que tenía la puerta trasera abierta. Se asomó por una ventana y vio la cocina. Su primer pensamiento era alcanzar un grifo. Entró. Todo parecía muy rudimentario, excepto por los modernos electrodomésticos.

Se acercó al grifo, lo abrió y metió la cabeza debajo del chorro de

agua. Primero salía caliente y, después de unos segundos, fresca e intensa de repente. No le importaba que no estuviera purificada ni fuera mineral. Abrió la boca.

Una voz de mujer le hizo expulsar el agua en el fregadero.

—Esa agua no te conviene —dijo ella; tendría unos setenta años, pelo blanco, iba descalza y vestía con un camisón de flores estampadas. Abrió el frigorífico y sacó dos botellas de agua mineral. Le ofreció una.

Sofía se la arrebató de las manos y bebió el agua de un trago sintiendo un gran alivio, sin importarle que el líquido se derramara por su barbilla y cayera a su ropa.

Bebiendo agua había apaciguado la ansiedad y el miedo.

—Me he escapado —dijo tosiendo e intentando mantener la compostura. Respiró y espiró—. Me querían matar.

—¿Quiénes?

Había saciado su sed, pero el corazón le retumbaba de forma estrepitosa. Se encontraba mareada. Le dolía la cabeza. La respiración se le atascaba en la garganta. Dejó la botella en la mesa. Se apoyó en una silla para no caerse.

—Un grupo de hombres que no eran indios —consiguió decir al fin —. Tienen aspecto de extranjeros, pero no sabría de dónde. Ahora mismo están por las calles, buscándome.

Le retumbaban bastante los oídos. La mujer le estaba hablando, pero ella no le podía oír. Cayó al suelo, desmayada.

En su pesadilla aparecieron sus perseguidores. Uno la agarraba del cuello mientras otro desenvainaba un cuchillo de grandes dimensiones. Le decían que por ser hija de la directora de los espías españoles la querían secuestrar. «Pero ¿por qué? Yo no he hecho nada malo. No quiero que me matéis». Ahora ellos la amenazaban frente a una cámara digital con rebanarle el cuello si el Gobierno español no pagaba muchos millones de euros por su rescate. «Os habéis equivocado de persona», dijo ella. Pero el más fuerte y feo de los cuatro puso su rostro frente a ella y le dijo: «Tú eres Sofía Ferrer. Sabemos quiénes son tus padres. No nos hemos confundido».

El sueño la tenía atrapada en aquella pesadilla cuando sintió que alguien la zarandeaba.

—Joven, joven, ¿estás bien?

Era todo tan surrealista que pensó por un instante que se encontraba en su casa de Madrid. Al abrir los ojos no tenía ni idea de dónde se encontraba. Era como cuando un día te sientas frente al ordenador y, al escribir tu contraseña, la escribes mal, no te acuerdas exactamente cómo era. Tenía todas las extremidades rígidas y agarrotadas, y sus pensamientos eran tan borrosos como espesos. Entonces tomó conciencia de su horrible situación.

Sofía apoyó las manos en el suelo para levantarse y se incorporó de súbito, aunque seguía algo desconcertada. Vio que la persona que la había despertado era la mujer que le dio agua.

Se le estabilizó la respiración y su mente se tornó más clara.

—Tengo que pedir ayuda.

Ella asintió.

—Tengo mi móvil —sugirió.

Sofía se mostró eufórica.

—Sí, sí. Necesito hacer una llamada.

La señora le entregó el aparato.

Sofía se quedó allí sentada, con el móvil en la mano, reacia a aceptar el alivio, la relajación, la salvación. Reaccionó, se aclaró la cabeza y comenzó a teclear un número.

—Pero está apagado —dijo ella, decepcionada.

—Creo que necesita batería —añadió la señora.

21

Sofía había colocado el cargador al teléfono móvil y conectado al enchufe de la pared. El aparato mostraba rayas verticales en movimiento en su pantalla, señal de que se estaba recargando. La impaciencia pudo con ella y lo encendió. Soltó un sonoro bufido. Vio que en la pantalla pedían el código PUK de la tarjeta SIM.

—Señora, necesito el número PUK para poder usar el móvil —dijo Sofía, intentando ocultar su ansiedad.

—Ay, hija. No lo sé. Creo que lo tengo apuntado en una libreta.

Sofía vio a la mujer levantar la vista por la ventana y cómo se teñía su rostro con una repentina preocupación.

—¿Qué sucede? ¿Quién es? ¿Son ellos verdad? —preguntó ella, alarmada; el miedo había regresado a su voz

Fue junto a la ventana. Ahí los vio: eran cuatro hombres. Estaban accediendo a la propiedad, iban a entrar.

—Vete a la habitación del fondo —le sugirió la mujer—. Hay una puerta que da al exterior. Rápido.

Sofía corrió, pero se dio la vuelta al oír que golpeaban con fuerza la puerta principal, iban a conseguir astillar los goznes y derribarla.

—Venga conmigo —susurró Sofía, aterrorizada, haciendo esfuerzos por mantener la respiración controlada—. Esas personas le pueden hacer daño.

Comenzaron a aporrear la puerta. Enseguida cedería.

—No te preocupes por mí. Haz lo que te he dicho y no vuelvas la cabeza atrás, sigue corriendo.

Empezaron a golpear la puerta con fuerza, de un momento a otro cedería.

Sofía cruzó la estancia. Las suelas de su calzado retumbaban por el pasillo. Llegó a una habitación, la abrió, era el baño, la cerró con fuerza. Fue a probar la otra, en ese momento, miró hacia atrás y vio que la señora iba a dejarles entrar. Sofía abrió la puerta y contempló la calle que se extendía ante ella. Salió, pero se percató de que había un cerrojo en la puerta, lo agarró y lo deslizó con fuerza, quedando la puerta atrancada, esto le haría ganar tiempo. Entonces, echó a correr.

Enfiló desesperada por las calles de la ciudad sin saber qué rumbo tomar. Cuanto más lejos estuviera, más a salvo se encontraría.

Mientras tanto, la puerta principal se abrió tras un último golpe

seco. La mujer que estaba a punto de abrirla se quedó quieta de pie a escasos metros.

—O se marchan o llamaré a la policía —gritó ella.

—Llame a la policía, pero antes le recomiendo que nos diga dónde está la joven extranjera que ha entrado a esta casa.

—Ya no está aquí.

El hombre se quedó mirando a la mujer. Mantuvieron fija las miradas. Ella se mostraba desafiante. El hombre sonrió. La mujer no pudo evitar que un cuchillo le atravesara el pecho, con la hoja directa al corazón. Ni siquiera lo vio venir. Sus ojos se llenaron de asombro.

Instintivamente, ella agarró con ambas manos la funda del cuchillo como si aún pudiera tener tiempo de evitar su trágico final, pero no era así. El hombre sacó el cuchillo y acto seguido le asestó un empujón, cayendo de golpe sobre el suelo.

Los cuatro hombres se abalanzaron al interior, buscando por todos los rincones por si estuviera escondida.

—Aquí no está —aseveró uno.

—Nada —dijo otro.

—Ha salido por la puerta de atrás —gritó un tercero, intentando abrir la puerta atrancada desde el exterior.

—Demos la vuelta. No puede llegar muy lejos.

22

Antes de llegar a su destino, David Ribas sacó las pocas pertenencias que tenía dentro de la mochila: se lavó los dientes en el lavabo y se limpió el cuerpo, echándose agua en la cara, en las axilas y en el pecho; se secó con una toalla pequeña. Luego se cambió de muda, pantalón vaquero y de camiseta.

Tiró cada prenda en diferentes papeleras de los vagones que iba encontrándose de camino al lugar donde permanecía su motocicleta, hasta que finalmente se desprendió de la mochila vacía en una de ellas.

Al llegar a la estación de tren de Pondicherry, bajó la motocicleta del vagón de carga. Los edificios estaban manchados y agrietados. Los suelos de los andenes, sucios. Las estaciones de ferrocarril en la India no dormían nunca, y aquella era un claro ejemplo.

Era época de varias festividades religiosas locales y la gente peregrinaba de un lugar a otro con ofrendas. Sentados en el suelo había vendedores de caléndulas. A un lado mujeres acomodadas en el pavimento hacían guirnaldas de estas flores de color naranja y amarillo.

David salió de la estación y se adentró en la sinuosa concurrencia de las multitudes. Un gran número de conductores de autorickshaws y vendedores de agua mineral se agolpaban en las inmediaciones mientras turistas mochileros deseados salían al exterior restregándose los ojos como si se preguntaran en qué ciudad se encontraban.

Muchas motocicletas, peatones caminando por todas partes y direcciones. El ruido del tráfico no cesaba y había mucho humo del diésel y de la gasolina en el ambiente.

Arrancó la moto ante la mirada de sorpresa y admiración de varios locales. Tuvo que cruzar muy despacio un mercado lleno de gente: era a la vez un santuario muy concurrido en el que en medio crecía un viejo y enorme árbol.

En un lateral pudo ver que estaba construido un templo con muchas estatuas talladas en su fachada y donde había una piedra muy desgastada a causa de la veneración.

David prosiguió su recorrido entre grandes gritos de vendedores ambulantes, locales con sus *lunguis* de colores a cuadros y lisos, mujeres en saris de colores chillones y *salwar kameez*, niños

revoloteando y perros callejeros que cruzaban de un lugar a otro en busca de algún alimento en el suelo que llevarse a la boca.

Decidió coger un atajo para evitar más lugares de culto y variedad de santuarios, como los coloreados de la deidad hindú Aiyanar con su caballo blanco o los dedicados a Shiva con su característico tercer ojo y *lingam*.

Pasó por una calle donde había paredes de viviendas de una y dos plantas resplandecientes de colores vivos de los saris colgados a secar. Los edificios eran construcciones antiguas en muy mal estado, en un pasado, quizá espléndidas y bonitas, remendadas con una visible falta de cuidado debido a la necesidad.

Luego se cruzó con una serpenteante fila de mujeres envueltas en sus saris de colores con platos de grava sobre sus cabezas, que trabajaban en la construcción de un edificio comercial. Ellas formaban una imagen incongruente entre el ambiente físico de la obra, cargaban la mayor parte de las piedras y cemento sobre sus esbeltas espaldas. Varios hombres estaban subidos a andamios, con palas sobre dunas de tierra y manejando hormigoneras, que giraban incesantemente.

Condujo por un camino de tierra, flanqueado de cocoteros, hasta llegar a la ciudad. Sin más dilación, comenzó a recorrer a gran velocidad las calles.

Escuchó las sirenas de policía que subían por una calle. Tomó esa dirección. Les habrían sobornado en comisaría. De este modo, la joven española no saldría de Pondicherry.

El coche de policía estacionó en la acera. Un agente entró de forma violenta en una pequeña tienda de alimentación. Un hombre con una camiseta de algodón colocaba productos en una estantería.

El oficial miró en el interior y salió.

—¿Qué sucede? —preguntó el dueño del establecimiento.

—Buscamos a una persona que ha matado en Auroville a una mujer. Nos han dicho que anda por esta zona. Si ves a una joven con aspecto desorientado y buscando dónde esconderse, llama a la comisaría, ¿de acuerdo? Puede ser peligrosa y estar drogada.

—Así lo haré.

David permaneció inmóvil, dándoles la espalda, pretendiendo que buscaba un determinado producto. Aunque hubieran hablado en tamil, entendió algunas palabras sueltas.

Los policías se marcharon.

—Ese policía parecía violento, ¿es que le pedía algún tipo de soborno? —comentó David al propietario, buscando una excusa para sonsacarle lo que sucedía, mostrando su empatía.

—Oh, no, no —contestó sonriendo, exhibiendo unos dientes grandes y blancos—. Están buscando a una turista extranjera que ha asesinado a otra en Auroville.

—Vaya, qué triste.

—Ese es un lugar tranquilo, pero en ocasiones suceden este tipo de casos aislados.

—Entiendo —dijo, frunciendo el entrecejo—. Pero de allí a aquí hay una buena distancia.

—Eso creo yo —concedió el hombre—. Si yo fuera policía, estaría buscándola ahora mismo por la zona del norte, por Narmadha Nagar, por ejemplo.

David pagó una botella de agua mineral fría, le dio un largo trago y la tiró a una papelera. Se subió a la moto e inició de nuevo la frenética búsqueda.

23

Sofía subió corriendo a toda velocidad por New Madras Road. Sus ojos iban buscando, desesperados, algún lugar donde meterse, donde esconderse, donde se sintiera a salvo.

Pasó por una calle cuyas casas pintorescas a ambos lados eran muros de piedra, con macetas colgadas y lámparas como antaño. Miró por las ventanas, buscando a alguien que pudiera abrirle la puerta, pero parecía que no hubiera nadie.

Llevaría varios metros y minutos de ventaja, pero no sabía dónde buscar refugio. La voz de su madre le había infundido ánimo, una urgencia para seguir manteniéndose con vida y volver a España para abrazarla.

Empujó una puerta, pero estaba cerrada. Tocó el timbre de otra, pero nadie salió a abrir.

Continuó corriendo.

Entró en un parque, saltando una valla metálica de poca altura, y se escondió detrás de un árbol entre varios arbustos. Sabía que era su última oportunidad. Estaba cansadísima. La camiseta la tenía pegada a la espalda. El olor a sudor que desprendía era horrible.

Poco a poco se sintió más tranquila. La hierba estaba fresca y hacía más confortable el intenso calor. Consiguió recuperar la calma y la respiración pausada.

Pensó en quedarse ahí todo el resto del día. ¿Y después? «Debo de pedir ayuda». Una pareja de indios, vestidos con ropa deportiva, caminaba por el parque moviendo los brazos adelante y hacia atrás. Decidió abordarles.

Cuando los indios vieron acercarse a Sofía, por el aspecto tan sucio que tenía, sintieron recelos y aceleraron el paso, alejándose con prisas.

—Perdonen. Necesito ayuda. Un teléfono para hacer una llamada.

El hombre hizo un gesto con la mano a su mujer para que no se detuviera y ambos se alejaron con el paso rápido sin prestarle atención.

Sofía se dejó caer al suelo. Las magulladuras, el hambre y el cansancio no dejaban de atenazarle el cuerpo. No tenía energías para continuar. ¿Y si se quedara ahí tumbada hasta que la encontraran? Alguien acudiría a atender el cuerpo de una turista extranjera.

«No, porque la policía está con ellos», pensó. Entonces le vino a la

mente la visión de estar encerrada en un manicomio o en una habitación inhóspita de un hospital, sin que nadie en este mundo lo supiera. «Esa gente sería capaz de encerrarme de por vida», caviló.

Miró hacia el cielo, cerró los ojos y se levantó. Entonces, vio a un hombre llevando bolsas de la compra dirigirse a una casa situada frente al parque. Tendría no más de setenta u ochenta años. Observó cómo el hombre abría la puerta y entraba al interior de la vivienda.

Sofía se quedó un instante mirando la casa, aún no había cerrado la puerta, tendría tiempo de entrar y hablar con él. Le pediría usar el teléfono y quedarse durante unas horas en su casa. No podía quedarse en el parque. Tenía que evitar exponerse en el exterior. Tarde o temprano aparecerían sus perseguidores, sería cuestión de minutos. Además, necesitaba comer y beber agua.

Se decidió. Se incorporó a toda prisa. Consciente del riesgo que corría, con el corazón acelerado, cruzó corriendo la hierba del parque, un sendero pavimentado, y luego el pequeño trecho entre el parque y la casa.

En el umbral, titubeó antes de hablar, sopesó las consecuencias una última vez. Tenía que informar poco a poco sobre lo sucedido, pero de forma directa, de lo contrario, la tomaría por loca.

—Necesito ayuda —dijo en la entrada—. Soy una turista extranjera. Soy de España. Unos hombres me persiguen y quieren robarme.

La casa estaba fresca, solo se oía un ligero sonido procedente de las aspas del ventilador que colgaba del techo.

Un hombre salió de la cocina y miró con agrado a la visitante. Tenía un cabello gris abundante; los surcos de su cara, profundos e irregulares; el cuerpo, bastante combado por los años; vestía camisa blanca de manga corta y un *lungui* también blanco alrededor de su cintura; por debajo sobresalían unos pies descalzos y venosos de tamaño desproporcionados al resto del cuerpo.

—Pasa, pasa —dijo, su voz sonaba reconfortante, pero Sofía se asustó y se puso en actitud prevenida de todas formas—. En el salón hay aire fresco.

Ella hizo lo que le dijo.

—Gracias. Necesito un teléfono para llamar a cobro revertido a mi familia.

—Siéntate, pareces cansada.

—Gracias —volvió a decir Sofía.

El hombre se fue a la cocina.

Varias estanterías estaban llenas de libros. Las paredes, decoradas con fotos en blanco y negro. No había lujo. Todo era sobrio pero muy limpio. Se respiraba un ambiente de sosiego y calidez. Las grandes ventanas, abiertas de par en par, daban a la calle. Sofía miró por el

exterior un instante. Luego se giró y vio su reflejo en un espejo.

Tenía los ojos cansados, arrugas de cansancio en torno a la boca, y el pelo hecho un desastre. Se levantó el brazo, y se dio cuenta de que tenía moratones en el antebrazo de un color violáceo.

Enseguida volvió el hombre con un vaso de zumo de granada.

—Toma, esto te gustará. Te reportará energías. Pero siéntate, por favor.

Ella permaneció inmóvil un instante. Luego respiró hondamente, y con lentitud tomó asiento como si le dolieran las piernas.

—Gracias —dijo sosteniendo el vaso con ambas manos y bebiendo el contenido en dos tragos. Dejó el vaso sobre una mesita y se tocó la sien con la punta de los dedos de una mano, la otra la aferraba al brazo del sillón. La mirada la mantenía perdida en algún lugar, pero no en aquella habitación.

El hombre comprendió que la joven extranjera había sufrido algún trauma.

—Tranquila, aquí estás a salvo —dijo con una sonrisa que mostraba una dentadura postiza muy blanca—. Me llamo Jacques. Soy profesor de Literatura y de Inglés. Mis antepasados eran franceses. De hecho, esta casa es una de las más antiguas. En la parte superior tengo una enorme biblioteca. Pero no quiero causarte más estrés del que tienes contándote mis batallas de viejo. Me has preguntado por un teléfono.

—Sí, si no fuera molestia.

—De ninguna manera. —Sacó de su bolsillo un móvil Samsung y se lo tendió.

* * *

—LA HE VISTO.

—¿Dónde?

—Ha entrado a una casa de esas antiguas con estilo colonial —dijo señalando con el brazo a lo lejos—, justo enfrente del parque botánico.

—Yo no veo a nadie.

—La calle está despejada —dijo otro.

—Eso es porque ella está dentro. Ha entrado corriendo desde el parque.

—Esta vez no se nos tiene que escapar.

* * *

DAVID FRENÓ a varios metros de distancia. Los acababa de ver. Estaban observando a alguien con unos pequeños binoculares. Los vio

cómo se subían a una furgoneta y arrancaban con rapidez. Aceleró la Royal Enfield y, por instinto, se llevó la mano a la cintura para tocar la pistola que tenía cubierta por la camiseta.

Cuando enfiló por una calle en sentido contrario, un coche entró en el carril a gran velocidad, el impacto iba a ser seguro, pero David giró la moto en el último momento. Él estuvo a punto de caer sobre la calzada, pero apretó el manillar, dando impulso a la pesada moto y esquivando un vehículo aparcado en la acera. El coche frenó, pero no pudo evitar impactar contra un contenedor de basura.

David aceleró, alejándose con rapidez del lugar. Atrás, el conductor comenzó a soltar improperios a su espalda.

David cruzaba las calles desesperado por poder saber a dónde se había dirigido la furgoneta. Temía haberla perdido. Mantenía la cabeza alta, mirando en todas direcciones.

* * *

EN LA SALA de operaciones del Cervantes, Varun Grover recibió la señal.

—Sofía ha realizado la llamada perdida a su madre.

Enseguida localizó la ubicación y en la pantalla central se pudo ver la calle.

—Quiero imágenes —ordenó Julián—. Házselo saber a David.

—Ahora mismo.

Enseguida vieron la casa frente al parque y fueron espectadores de la escena que estaba a punto de suceder.

* * *

DAVID BORDEÓ el parque y giró a la derecha. Entonces vio la furgoneta, aparcada al frente en la acera. Recibió un mensaje en su móvil: era Varun informándole de la ubicación. En esos instantes, tres hombres salían de una vivienda llevando agarrada a una chica por las piernas y los brazos. Otro, que esperaba frente al volante, se bajó del asiento y abrió la puerta corredera.

David sacó la pistola y fue aprisa hacia ellos. Uno lo vio y llamó la atención a los demás. Empujaron a la chica al interior de la furgoneta, cerraron la puerta y, con las ruedas chirriando, el vehículo aceleró, derrapando de lado y subiéndose al bordillo de la acera.

David levantó su pistola.

El conductor vio a aquella persona desconocida que había salido de la nada, apuntándole. David disparó. El cristal del parabrisas se resquebrajó. Otra bala impactó en el cuello del conductor. El hombre que iba en el asiento de al lado intentó forcejear con el volante pero la

furgoneta se estrelló contra un coche aparcado, quedando inmovilizado.

David se aproximó rápidamente. Disparó de nuevo, matando al hombre del asiento delantero.

La puerta se abrió y dos hombres saltaron al asfalto, empuñando sus armas. David alcanzó a uno en una pierna y otra bala impactó en el pecho del otro. Al llegar corriendo, apartó de un manotazo la pistola del herido y le disparó en la cabeza.

Excepto por Sofía, paralizada del terror, no sabía si quedaba alguien en el interior.

David apuntó en todas direcciones. Nada. No había nadie más.

—Vámonos, Sofía —dijo David, tendiéndole una mano—. He venido a ayudarte.

Ella se sujetó de su brazo y dejó que la ayudara a salir.

—¿Quién eres?

—Un amigo de un amigo de tu madre, si esto te sirve de consuelo.

Corrieron hacia la motocicleta. Sofía se sentó en el sillín de atrás, agarrando con fuerza el costado de David. Él trataba frenéticamente de arrancar su motocicleta, pero no conseguía poner el motor en marcha. No había tiempo para resolver el problema mecánico.

—Baja —ordenó a Sofía mirando alrededor.

—No me dejes —le pidió ella, desesperada.

—No lo haré —dijo David. Necesitaban un vehículo para huir de la zona antes de que la policía llegara—. Tenemos que irnos de aquí cuanto antes.

Cogiéndola de la mano, salieron corriendo calle abajo.

Sofía señaló la casa del profesor.

—Él me dijo que tenía un coche.

—¿Quién?

—El dueño de la casa —contestó Sofía, señalando la puerta principal abierta—. Tiene un garaje en la parte de atrás.

Fueron corriendo al interior de la vivienda. Jacques permanecía tumbado en el suelo con el cuello cortado. Había mucha sangre a su alrededor.

—¿Por qué me persiguen? —preguntó Sofía sin dejar de correr.

—Ya hablaremos de ello cuando estemos a salvo.

Cruzaron el pasillo principal, bajaron por unas escaleras y abrieron una puerta. Había un viejo coche Ambassador color verde oliva.

—Adentro —dijo David.

Puso la llave, arrancó y pisó el acelerador. Al salir a la calle, no pudo evitar el impacto. Un todoterreno les golpeaba por un lateral. David quedó aturdido y semiinconsciente. Su visión estaba borrosa, pero fue aclarándose poco a poco. Vio cómo alguien abría la puerta del asiento del pasajero y se llevaba a Sofía a la fuerza. Él sacó la

pistola y efectuó un disparo, rompiendo en pedazos el parabrisas y consiguiendo herir a uno de ellos. Los demás consiguieron huir con la joven española en el todoterreno.

David abrió la puerta y se dejó caer al asfalto. Le martilleaban las sienes sin que pudiera controlarlas. Intentó dominar la respiración. Se levantó, dio la vuelta al coche y se acercó al hombre herido. Le apuntó en la cabeza.

—Vas a decirme a dónde la llevan antes de que cuente tres: uno, dos…

—Al puerto de Nagapattinam, a un barco con el nombre de Dharma. La llevarán a Yemen. Te lo juro.

—Te creo.

El proyectil le atravesó la cabeza.

David dio la vuelta a la manzana. Se asomó a una esquina. Un coche de la policía había llegado al parque. Daban instrucciones por sus *walkie-talkies*, sin atreverse a tocar nada. Vio su moto alejada de ellos y de los curiosos. Corrió y se agachó.

Se subió al sillín. Volvió a darle al estárter, hizo el vago intento de ponerse en marcha y falló. Probó una y otra vez con la palanca de arranque, sin conseguirlo. Un policía se giró y le vio desde la distancia, llamando la atención a su compañero.

—¡Eh, tú! —gritó uno de ellos.

Todas las miradas se dirigieron hacia aquel hombre de aspecto extranjero que se había subido en una Royal Enfield Bullet 500. Con los pies empujó la moto por la calzada. Los policías estaban a escasa distancia. David presionó de nuevo con el pie la palanca de arranque y entonces revolucionó el motor dejando que ronronease. Apretó el manillar, acelerando al máximo y huyó internándose entre las calles adyacentes.

* * *

EN LA SALA de operaciones del Cervantes respiraron aliviados tras ver que David había conseguido salir de aquella situación.

—Intenta seguirlo con el satélite —ordenó Julián a Varun. Miró la hora en su reloj de pulsera—. ¿Cuánto tiempo tardará en llegar Laura y su equipo? Ya estarán cerca de la India, ¿no?

Varun se giró hacia una pantalla situada en una mesa anexa a la suya, empujó su silla de ruedas hasta aproximarse al otro ordenador, amplió la imagen. Se veían dos aviones en dirección al sur de Asia.

—Aterrizarán en cuatro horas aproximadamente —confirmó, volviendo a su ordenador.

—Bien, informa a David de la llegada.

PARTE CUATRO

UN FINAL QUE NO TERMINA

24

Cuando Sofía fue llevada a la fuerza al interior del todoterreno, la pusieron tumbada en el suelo, bajo los pies de uno de sus secuestradores.

Tenía la cabeza tan dolorida tras haber golpeado el cristal de la ventana, cuando se produjo el impacto contra el Ambassador, que pensó que se había roto el cuello.

Por un instante, no sabía qué estaba haciendo ahí encerrada dentro de un coche. Luego lo recordó todo y se sobresaltó.

Se encontraba tan aterrorizada por el miedo que durante el trayecto de casi dos horas no pronunció palabra alguna. Al cabo de un tiempo notó el dolor en su rostro. Se quiso tocar la frente, pero no pudo.

Percibió la sensación de movimiento, era el vehículo en el que la habían metido a la fuerza que giraba con brusquedad y aceleraba. ¿Qué habría pasado con el agente español que había ido a rescatarla? «Ha muerto. Lo han asesinado intentando salvarme», se dijo a sí misma con profundo pesar.

Cuando el todoterreno paró, ella notó el fuerte olor a pescado. Pensó que ya nadie en España sabría sobre su destino final. La matarían.

—Por favor, no me hagan daño —suplicó.

La agarraron con fuerza de un brazo. Ella se debatió por seguir en el interior del vehículo, como si aquello significara una protección. Pegó codazos e intentó darles patadas a sus secuestradores.

Uno de ellos perdió la paciencia, respondió soltando insultos en su idioma y le propinó un puñetazo en la cabeza, haciéndose daño en los nudillos. Sofía perdió momentáneamente el conocimiento. La sacaron a rastras.

La llevaron casi en volandas hacia una pasarela. De alguna manera, ella consiguió contener las lágrimas e intentó caminar por sus propios medios, arrastrando los pies. Una vez dentro del barco la bajaron a una habitación situada al fondo de la nave.

Uno de sus captores abrió una puerta metálica, otro la lanzó a la fuerza al interior como si fuera un saco.

Había cables eléctricos en el techo y una bombilla desnuda que alumbraba la estancia con un tono amarillo pálido. El aire era mucho

más fresco que en el exterior, donde hacía un calor insoportable.

Tirada en el suelo, las lágrimas comenzaron a borbotear por sus mejillas.

Tras varios minutos, la puerta volvió a abrirse con un chirrido.

Un hombre entró, y le arrojó una tela negra.

—Te vistes con esto. Si en unos minutos no lo estás —Levantó una mano dispuesto a golpearla, pero se contuvo—, me encargaré yo y mi compañero de hacerlo. Ten por seguro que no te resultará muy agradable.

—Por favor, dejadme marchar —imploró.

De repente, apareció un hombre bien vestido, con un traje oscuro y una camisa blanca, sin corbata, parecía un ejecutivo. Tenía la piel cetrina, la frente abombada y las mejillas chupadas. El pelo lo tenía peinado a raya y, a diferencia de sus captores, iba afeitado.

—Así que tú eres Sofía Ferrer —dijo, mirándola con fijeza.

—¿Quién eres? —preguntó ella, desolada.

El desconocido la observaba de arriba abajo con delectación.

—Mi nombre es Najeem, pero tu padre me conoce por mi apodo, Medusa.

Sofía guardó silencio un instante, como si estuviera asimilando el sentido de lo que acababa de escuchar.

—Mi padre —balbució al tiempo que miraba a aquel hombre con una extraña expresión—. ¿Lo… Lo conoces?

Él asintió con sequedad.

—Digamos que hemos sido dos socios interesados —contestó con una sonrisa mientras observaba atentamente a su presa—. Sin embargo, tu padre me engañó en cierta transacción comercial. Perjudicó a las personas que represento.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Tú eres la compensación que yo les voy a dar a esas personas.

—¿Quiénes? —preguntó, aterrorizada.

El hombre suspiró.

—Será un viaje largo. Me reservo en revelarte la sorpresa.

Ella se levantó y comenzó a gritar:

—Ayuda. Socorro.

—Nadie en los alrededores se acercará a este barco. —Señaló las paredes y añadió con un tono sosegado—. Además, la habitación está insonorizada.

Sofía se dejó caer de rodillas en un rincón del suelo.

La puerta se volvió a cerrar de un golpetazo. Ella se levantó y recogió la prenda. La extendió. Se dio cuenta con horror de lo que era: el típico burka como los que el Gobierno talibán de Afganistán y en países musulmanes forzaban a las mujeres a vestir, que tantas veces había visto en las redes sociales.

En el exterior, Medusa dio órdenes a los demás de mantenerla con vida.

—Saldréis esta noche, *inshallah* —ordenó a uno de ellos, que repitió la misma palabra árabe como si fuera un mantra.

Entonces, se subió a un Audi y se marchó del puerto.

* * *

SITUADO a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de Pondicherry, el puerto de Nagapattinam fue un importante enclave comercial durante la dominación portuguesa, danesa y posteriormente bajo el mandato de los británicos.

Por muy autoritarios que fueran el Gobierno central o regional, los puertos de la India eran como mundos con sus propias leyes, seguridad y normas. La corrupción era galopante. A los funcionarios se les podía sobornar con absoluta facilidad. Facturas, listas de embalajes y datos del exportador y sus clientes extranjeros se vendían por un puñado de miles de rupias.

En su interior mantenían su autonomía, que solo la gente avispada y corrupta sabía cómo sacar provecho.

Cuando David llegó a las inmediaciones, pudo notar el fuerte olor a pescado y combustible que inundaba el lugar.

El sol iluminaba las rizadas aguas del puerto interior, donde había muchos barcos pesqueros alineados junto al muelle. También había amarradas grandes lanchas y pequeñas embarcaciones de motor.

Había estructuras de maquinaria pesada de maniobras y grúas obsoletas, abandonadas. También una hilera de ruinosos edificios de madera. Distinguió a lo lejos el todoterreno en el que se habían llevado a Sofía. Se apresuró en llegar hasta allí.

En un lateral del puerto quedaban pequeñas embarcaciones estropeadas, meciéndose contra las maderas, esperando a ser reparadas.

Enseguida vio el Dharma, un misterioso barco amarrado en un lugar alejado de otras embarcaciones. Desde el exterior parecía un barco corriente de carga, pero debajo de su vulgar aspecto se escondía una embarcación preparada para dar una potencia inusitada. Aparcó la moto a cierta distancia para que no les alertara el ronroneo de su motor.

25

Sofía se puso el burka encima de su ropa. Excepto los ojos, cubiertos de un delgado tejido de encaje, todo su cuerpo estaba tapado.

Entonces, la puerta volvió a abrirse. Sofía no levantó la mirada, estaba acurrucada en un rincón, mordiéndose el labio inferior. Entraron dos hombres, uno de ellos le dijo al otro que lo dejara solo.

—Siento lo ocurrido, pero no había otra opción —dijo la voz del terrorista, pero en esta ocasión en idioma español.

Sofía permaneció en el mismo rincón sin inmutarse. ¿Había escuchado hablar en su propio idioma? ¿Se lo había imaginado? Quedó analizando ese tono de voz. ¿Dónde lo había oído? Le resultaba familiar. «No, no puede ser».

—Reconozco tu voz —dijo de repente ella, poniéndose de pie y levantándose el burka—. ¡Sandeep!

En ese momento, recibió un bofetón que la tiró de bruces al suelo.

—Mostrarás respeto —le gritó el joven—. La próxima vez que intentes quitarte el burka lo pagarás muy caro.

Ella se cubrió de nuevo, temerosa, levantó la mirada a través de los pequeños tejidos de encajes que tapaban sus ojos. Era él. Sofía no salía de su asombro.

Llevaba una camisa de algodón gris con los faldones fuera, y los pantalones caqui estaban muy arrugados.

—Sandeep, eres tú —pronunció como si hubiera visto un fantasma —: ¿Cómo puede ser? Te vi muerto junto con los demás.

Las arrugas de la fatiga se veían pronunciadas en su rostro, otrora tan joven y sano. Aunque nunca le crecía tanto la barba, parecía que llevara días sin afeitarse. En tan poco tiempo su rostro parecía haber envejecido.

—La actuación no es lo mío, pero no se dio mal pretenderlo, ¿verdad?

—No me lo explico, Sandeep. ¿Cómo puedes ser de ellos?

—No me llamo Sandeep. Mi nombre real es Alireza.

* * *

DAVID SUBIÓ al barco a través de la rampa metálica.

Un guardia en el pasillo le pareció ver a un intruso, se echó a un

lado en la penumbra y preparó su fusil. Luego dio un salto al pasillo y disparó su AK-47, pero no había nadie. ¿Y si se lo hubiera imaginado? Bajó el arma y se secó el sudor.

—¿Otra vez? —gritó alguien desde el interior de la embarcación—. Eres imbécil.

—Me pareció ver a alguien —dijo el otro.

—Te dije que no dispararas sin avisarme antes, ¿lo tienes claro?

Por detrás, dando unos pasos largos e inaudibles, David se le acercó y, agarrando ágilmente su cabeza, le partió el cuello con sorprendente rapidez.

David caminó con rapidez y sigilo hacia el lugar donde provenía la voz.

—Te he dicho algo, ¿me has oído, idiota? Confírmame que lo has entendido.

David se encontró cara a cara con él. No tuvo tiempo de agarrar el cuchillo que tenía en el cinto; recibió un disparo en la frente.

Un terrorista apareció en la puerta con una pistola por delante. David le sujetó el arma por la empuñadura delantera mientras le asestaba dos golpes en pleno rostro con su pistola. Pero el hombre no se desprendía de su arma, entonces David le metió un tiro en el estómago. En ese instante, otro terrorista apareció al fondo del pasillo. David utilizó el cuerpo del primero como escudo protector ante las balas del AK-47 y disparó tres tiros, alcanzando al terrorista en el pecho. Luego soltó el cuerpo del primer terrorista abatido, dejándolo caer al suelo, y siguió el camino hacia el interior del barco.

Pero no había visto a un segundo hombre situado en un lateral, con el brazo extendido y el arma apuntándole a la cabeza.

—No te muevas o te mato —dijo una voz. David permaneció quieto—. Tira el arma.

Él dejó caer al suelo la pistola, pero con un movimiento rápido se giró al tiempo que le desarmaba y apretaba el gatillo, metiéndole una bala en el rostro.

26

Sofía no tenía comida en el estómago para vomitar, aun así se dobló por la cintura y tuvo arcadas. Por debajo del burka escupió. Levantó la mirada.

Al fondo se escuchaba como sonidos de golpes secos. Sandeep prestó atención, pero Sofía habló en voz alta.

—A Irene… La mataron con los demás… Mataron a mi amiga, a tu novia.

—Es el precio a pagar.

—Pero ¿por qué?

—Nuestra meta es la creación de un Estado islamista desde Afganistán a Marruecos y España.

Sofía le observaba con asombro. Era él, de verdad. No un doble o alguien a quien se le pareciera. Su movimiento corporal seguía siendo el mismo, pero tenía algo cambiado, algo de depredador en su mirada.

Él mostró una expresión lujuriosa en su rostro.

—Ahora vas a ser mía. Antes de que te mandemos con otros hombres, yo te voy a poseer. Es una de las recompensas que debo tener.

—Eres un cerdo, Sandeep.

Él la abofeteó.

—Te he dicho que me llamo Alireza.

Él se aproximó. La cogió del brazo, empujándola hacia el medio de la estancia.

Ella se volvió dándole patadas, pero Sandeep dijo algo en árabe al tiempo que le pisaba una mano y luego le pegaba un puñetazo.

Sofía quiso gritar, pero no pudo emitir ningún sonido.

—Nadie va a escuchar tus gritos. Esta habitación está insonorizada.

Él se sentó a horcajadas sobre ella. Con una mano le presionaba sobre el burka, la nariz y la boca, mientras que con la otra mano intentaba subirle la prenda hasta la altura de la cintura. Ella quedó sin aire en los pulmones. La mano le cerraba las vías respiratorias, creía que se moriría asfixiada. Las fuerzas y la defensa que creía que tenía se evaporaron: su cuerpo la traicionó. Él le bajaba el pantalón con movimientos frenéticos, mientras que ella sentía que se desvanecía poco a poco. Pero se escuchó un chasquido.

Como la habitación estaba insonorizada, no pudieron escuchar los

disparos que se produjeron en el barco como tampoco a una persona acceder al interior.

Todo ocurrió con absoluta rapidez. Una mano de hombre cogió a Sandeep por el mentón y otra por la parte posterior de la cabeza. Se escuchó un crujido, y el cuerpo del terrorista cayó hacia un lado.

Sofía se giró, tendida en el suelo entre cortos y espasmódicos jadeos.

—Tranquila —dijo David con una voz suave.

Ella lloraba a raudales.

—Gracias a Dios que estás vivo.

—Démonos prisa.

David le ayudó a desprenderse del burka y la levantó del suelo. Ella se abotonó el pantalón.

—Él nos engañó —dijo señalando el cuerpo sin vida de Sandeep—. Nos invitó a Auroville con el fin de secuestrarme. Salía con una amiga mía, Irene. Todo estaba muy bien planeado. Durante todo este tiempo actuó como una persona normal.

David le puso una mano en el hombro, daba muestras de estar traumatizada.

—Sofía, luego podrás contar todo lo sucedido, cuando vuelvas a España. Ahora mismo tenemos que largarnos de aquí.

Ella se abrazó a David y comenzó a sollozar. La frente le sudaba horrores y una de las venas del cuello le latía a toda velocidad. Él se fijó que tenía las dos mejillas hinchadas, que comenzaban a ponerse moradas, además, de un moratón arriba de la ceja izquierda y muchos cortes en las manos.

—No me dejes, por favor.

—No lo voy a hacer. —Con una caricia le quitó el pelo sudado de la frente—. Solo tienes que confiar en mí. Sígueme.

27

Desde Madrid despegaron dos aviones privados Gulfstream. En uno de ellos iba instalado un equipo médico, y el otro llevaba de pasajeros a Laura y a su reducido equipo operativo, compuesto de tan solo dos agentes, Fabián y Óscar.

Laura, en un asiento individual, estaba leyendo un libro, mientras, Fabián y Óscar jugaban a las cartas sentados uno frente al otro al tiempo que comían bolsas y botes de aperitivos, como torreznos.

Ellos formaban un equipo que bregaba perfeccionando sus habilidades con el trascurso del tiempo. De vez en cuando participaban en campos de entrenamientos privados de corta duración. El último en el que estuvieron fue en uno situado en las montañas de Hungría, durante quince días.

Los lazos que los ataban eran la amistad entre ellos, el compañerismo, la dedicación, el sudor, la hermandad, y la intensidad de superación física y mental.

Laura cerró el libro y miró por la ventana. Luego se giró a observar a sus compañeros, a quienes les tenía una total admiración y confianza absoluta.

—Preparados para el aterrizaje —anunció el piloto por los altavoces.

—Chicos —dijo Laura—, ha llegado la hora de mandar al infierno a más de uno.

Aterrizaron en un pequeño aeropuerto de Tiruchirappalli, situado en el centro del estado de Tamil Nadu. El motivo de llegar a este destino era que estaba bien comunicado por carretera y no tendrían dificultad de movimiento para entrar y salir de las instalaciones, además de evitar dificultades burocráticas para huir del país cuando el momento lo requiriera.

Laura bajó del avión. Era una noche calurosa. Como tenían previsto, a pie de pista había tres funcionarios indios y un oficial de aduana con su gorra y uniforme blanco impoluto. Uno de ellos se acercó y ella le entregó una maleta de ruedas. En su interior había un millón de rupias indias.

—Tienen ustedes permiso hasta las seis de la mañana —dijo el oficial entregándole cuatro tarjetas y unas llaves—. Esto es para enseñarlo a los de seguridad en el exterior cuando vuelvan a entrar.

Aunque ellos ya están avisados de que no deben de darles el alto a ustedes o hacerles preguntas. Pero por si acaso. Y aquí tiene las llaves del Mitsubishi Montero, aparcado en la entrada de acceso al aeropuerto.

Ella asintió.

—Otra cosa.

—Dígame.

—Quiero que dejen entrar a dos personas. Un adulto con una joven.

—Eso no será problema, ¿cuándo llegarán?

Fabián, desde lo alto de la escalera del avión, hizo un silbido y agitó el mentón indicando que David ya había llegado.

—Ahí están —respondió Laura, señalando la verja de la entrada.

El oficial hizo un gesto al aire para que abrieran la verja.

—Recuerde que el permiso es hasta las seis de la mañana —dijo el oficial. Se giró y se marchó tirando del asa de la maleta de ruedas. Se unió con sus colegas y desaparecieron en el interior de un hangar.

David condujo la Royal Enfield a la altura de los aviones. A su espalda tenía a Sofía, que se aferraba con fuerza alrededor de su cintura.

—Ya estás a salvo —le dijo él girándose hacia atrás por encima de su hombro.

La joven se bajó de la moto. Su estado era lamentable. El equipo médico del otro avión se apresuró a atenderla. Sin decirle nada, un enfermero le tendió una toalla por encima, mientras que una enfermera la acompañaba con celeridad hacia el avión. Desde lo alto de la escalera se despidió de David, levantando la mano en el aire. Él, de pie junto a su motocicleta, le devolvió el gesto.

Laura se aproximó a él y le dio un abrazo.

—¿Qué tal estás, David?

—Bien.

—Pues pareces cansado.

—No, qué va. ¿Vosotros?

—Estamos bien. —Señaló hacia la escalera del avión—. Estos dos siempre están hambrientos. No han parado de comer.

Mientras, el otro avión se disponía a despegar con destino a Madrid.

—Qué olor más raro —dijo Óscar descendiendo por la escalera con dos pesadas bolsas en sus manos—. La India sigue siempre oliendo igual.

—Es como una mezcla de flores aplastadas y olor a lejía —añadió a su vez Fabián, detrás de él, también con dos bolsas—. Cuando viajamos hace tiempo a Delhi olía muy parecido.

—Entonces creo que era peor porque parecían que acababan de

fregar los suelos del aeropuerto con ese trapo que utilizan como mocho.

—Me alegro de veros —les dijo David a pocos metros de distancia de la escalera—. Bienvenidos a la India.

Los dos dejaron las bolsas en el suelo y se acercaron a saludarle.

—Me alegro mucho de verte, tío —dijo Fabián, dándole un sonoro abrazo, golpeándole con fuerza la espalda con las palmas de las manos.

—Te has cuidado bien —dijo a su vez Óscar.

—Iremos con ese coche —dijo Laura señalando el Mitsubishi Montero aparcado a lo lejos. Venga, rápido —les apremió, caminando por la pista en dirección al vehículo—. Tenemos hasta el amanecer. —Se dio la vuelta e hizo un gesto al piloto, que desde la cabina le respondió de forma afirmativa con el pulgar en el aire. Luego se giró hacia David y continuó caminando a su lado—. Sabemos dónde se encuentra el culpable de lo sucedido. Un tal Medusa. Tiene vuelo programado para Yemen mañana por la tarde. Ahora mismo se encuentra a las afueras de la ciudad de Coimbatore, fuertemente protegido, y habrá venido para supervisar el secuestro.

—Bien. Entonces, es cuestión de empezar.

Laura le guiñó un ojo.

—Tú siempre tan optimista.

Óscar dejó sus dos bolsas en el interior del vehículo, tomó las llaves de Laura y se sentó frente al volante.

Una vez en camino, fueron abriendo las bolsas y poniendo las armas a punto.

Laura sacó un chaleco Kevlar EXO y se lo ofreció a David.

—No quiero que vuelva a suceder nada parecido como en Líbano.

Él sonrió, lo cogió y se lo puso.

28

En el Ministerio del Interior se encontraba Esteban Gómez reunido con la directora del CNI.

—¿Y qué vendió Arturo a esa organización extranjera?

—Información irrelevante.

Él sonrió.

—¿Qué es irrelevante para ti, Ana? ¿Las preferencias sexuales de la gente? ¿Fotografías comprometedoras?

—Si hubiera algo sobre ti, ten por seguro que lo habría hecho desaparecer de inmediato.

El CNI era conocido por manejar dosieres comprometedores que contenían investigaciones personales a empresarios y políticos, especialmente a ministros. También realizaba informes sobre personalidades públicas. De este modo se podría conseguir poner en marcha acciones de descrédito contra tal o cual persona, según los intereses del Gobierno. Además, campañas que terminaban con el escarnio público de tal sujeto, expulsándole de la primera línea de la vida nacional y acabando incluso en procedimientos judiciales.

—¿Entonces?

—Inteligencia caduca como supuestos traidores sospechosos, transacciones bancarias de hace algo más de una década y cotilleos de pasillos en Bruselas. Vieja inteligencia trillada que hacía tiempo había sido archivada. Muchos nombres no están actualmente en puestos relevantes del Gobierno, por tanto, hacerles chantaje es inútil.

—Tu ex quería seguir siendo partícipe en el mundo del espionaje. ¿No es así?

—Sí, él siempre se ha sentido parte del juego. Escribió un par de novelas de espías. Pero cuando se ha dado cuenta de que se ha metido en un lío, ahora vienen los arrepentimientos. Intentaba huir, lo localizamos y lo hemos hecho desaparecer.

El ministro se sintió aliviado porque sabía que Ana era una persona muy competente. Si ella descubriera algo en su contra, sabría de inmediato de dónde procedía la filtración. En ese conocimiento residía la conveniencia de tenerla como amante.

—Lo que ha ocurrido es terrible —dijo con frialdad. Enfatizó sus palabras dando un golpecito con el puño sobre el reposabrazos del sofá.

—Nada trascenderá a los medios de comunicación —dijo ella—. Así es como hemos procedido.

Esteban se levantó, estaba demasiado decepcionado como para permanecer más tiempo sentado. Miró a Ana mientras caminaba de manera lenta, con las manos a la espalda. Echó un rápido vistazo por la ventana y se giró.

—Esto ha sido una chapuza tras otra. Además, la operación que me planteaste contra ese agente o espía renegado no ha salido como esperabas. Sin embargo, a la prensa en su conjunto aún la tenemos en el bolsillo. —Caminó hasta el centro del despacho, se cruzó de brazos y continuó—: Saben que si no dicen lo que queremos que digan, se quedan sin la codiciada subvención con la que tienen que cubrir las nóminas de sus empleados. Además, la Policía Nacional es leal al Gobierno. Por eso estate tranquila que si algo sale mal echaremos mano de periodistas afines para hacer campaña pública contra el ministro de Defensa.

Ana respiró hondamente y mostró su sorpresa.

—¿El ministro de Defensa? ¿Qué tendrá que ver en todo esto?

—Es una sugerencia —admitió con una sonrisa—. Es lanzar una cortina de humo, aunque acabe en nada. —Se encogió de hombros—. La cuestión es que corra el tiempo y el público ya se olvide.

—Así es como acontecen las cosas en la vida, ¿no? No salen las cosas como estaban previstas.

Su tono era sarcástico.

Él arqueó las cejas en un gesto teatral.

—Pues sí —concluyó—. Así es.

—Lanzar la pelota al Ministerio de Defensa, ¿lo justifica?

—Ana, por favor. Echar la culpa a otros no es mi estilo.

Ella se levantó.

—Pues vaya ideas se te ocurren, Esteban. —Meneó la cabeza—. El comportamiento de mis operativos de campo puso en peligro la operación en la India. Esto tengo que admitirlo.

El ministro se aproximó a ella, cogiéndola de los brazos. El estado de ánimo de Ana era más calmado, pero todavía estaba indecisa.

—Ana, no vamos a buscar responsabilidades ni pensar en una reprimenda que nos merecemos. Admitamos que ha salido mal. Esta responsabilidad es de mi cartera. Rodaría también mi cabeza. Por tanto, barramos bajo la alfombra. Nadie vio ni oyó nada. Que corra un tupido velo por el ataque a tu sede, la actuación de tu exmarido y la presencia en Asia de ese espía, agente, operativo, o quien quiera que sea, pero me da igual y no quiero saber nada.

—No es lo que yo me propuse hacer al tomar el mando del CNI.

Él soltó un bufido de protesta.

—Ana, la vida en el mundo del espionaje es y será siempre en

blanco y negro, con sus héroes y villanos, con los cobardes y valientes. Lo mismo que en la política continuarán las ovejas descarriadas, los lobos y las hienas.

—Era eso lo que quería acabar cuando ocupé mi puesto como directora. En esa manada gris que nunca quieren ver nada para no ofender a organismos supranacionales y prefieren no tomar acciones escudándose en que trabajan por el beneficio de los ciudadanos, y sí, en seguir una agenda ya dictada con premeditación y alevosía con el fin de cambiar el mundo según sus intereses.

—No vamos a cambiar el mundo, Ana. Por lo menos hoy —añadió él con ganas de finalizar la conversación—. Por cierto, ¿hay alguien más en conexión con esta operación fallida que debamos de ocuparnos?

Ana pensó de inmediato en Julián Fernández y su equipo del Cervantes. Si le pusiera en la diana, sus operativos serían capaces de asesinarla, pareciendo que fuera un accidente e incluso matar a Esteban. Mencionar su nombre sería firmar la sentencia de muerte de ambos.

Esteban la vio vacilar.

—Te he hecho una pregunta, Ana.

—Por supuesto que no. Estaba pensando en el personal involucrado.

—No, esos son meros peones desechables. Trabajan bajo un código de responsabilidad. El revelar públicamente el trabajo interno está penado con acciones judiciales. Lo saben y callarán.

Ana asintió, se desprendió de él y volvió a tomar asiento en el sofá, cruzándose de piernas.

—Admito que los agentes españoles no han estado a la altura con ese hombre.

Esteban se apoyó sobre la superficie de madera de su escritorio que tenía detrás.

—Ana, el objetivo era crear una oficina clandestina de Inteligencia en la India, no ir en plan ejecutor contra un descarriado espía como si fuera una *vendetta* personal.

—Quizá más adelante acabemos con él.

—La verdad es que ese hombre no debería de estar vivo y coleando, intercediendo en la lucha contra el terrorismo. Pero nosotros seremos los últimos en reír.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Ya se te ocurrirá alguna otra brillante idea con la cual puedas quitarte a ese espía renegado de encima. Hay grupos privados que se encargan de este tipo de cuestiones. Diremos que se trata de un fugitivo español que trafica con fentanilo o algo así. Siempre hay mercenarios que se creen que luchan por salvar al mundo y se ven

motivados por causas de ayuda humanitaria contra los afligidos... Argumentos edulcorados para justificar sus acciones ilegales en países lejanos, como si fueran actores en *Los siete magníficos,* en plan película hollywoodiense. Ya te surgirá cualquier otro motivo que atraiga la atención de estos profesionales.

Ella se tomó su tiempo para reflexionar.

—Creo que no es muy prudente que tú lo menciones.

Esteban sonrió. Su teléfono móvil sonó sobre un lateral del escritorio y él se apresuró a apagarlo.

—Esta reunión no ha tenido lugar. Lo sabes. Todo queda a puerta cerrada. No malgastemos más nuestro tiempo y recursos intentando desentrañar el cómo y por qué ese hombre anda suelto por la India relacionándose con el crimen organizado, y cuál puede ser la mejor forma de acabar con él. Concentrémonos en los problemas que tenemos en casa.

—Entonces, concluiré la operación de forma satisfactoria. Cerraré la oficina en Nueva Delhi y al personal que tengo allí lo mandaré de vuelta a Madrid.

—Bien, es lo más sensato. Además, hemos de recordar algo, ¿no estamos tratando ya con un hombre que ha sido declarado fallecido? —preguntó, encogiéndose de hombros. Luego añadió con diferente tono y un poco ansioso—. Por cierto, me gustaría contarte lo sucedido en la última reunión del gabinete de ministros. ¿Qué te parece a las diez en mi casa?

—Esta noche no puedo, Esteban. Pero el sábado podemos quedar un rato por la tarde.

Él hizo una mueca pretendiendo que estaba decepcionado.

—¿Solo un rato? –preguntó, arqueando las cejas.

Ella asintió sonriendo.

—Solo un rato.

Al cabo de dos horas, Ana se encontraba de vuelta en la sala de operaciones del CNI. Los empleados sintieron su atmósfera de decepción.

—Quiero que comiences a cerrar la oficina en Nueva Delhi ya —ordenó a su asistente, Luis—. A todo el equipo lo quiero de vuelta en casa.

Él asintió y comenzó a dar órdenes a su vez a varios informáticos.

Ana era consciente de su situación. Navegar en contra de la corriente no era la mejor opción. Las cosas se habían torcido. Como líder, debía de superar este golpe. Ya no se sentía con redaños suficientes como para llevar a cabo ninguna implantación clandestina del CNI en el sur de Asia. Reconocía en sí misma los síntomas del fracaso.

Pero era manipuladora, una excelente estratega y planificadora. El

ministro le había reiterado su apoyo, y seguiría en su puesto dirigiendo el CNI durante los próximos años.

«Quizá no estoy muy versada en la gestión de operativos de campo, armas, la violencia y demás, pero soy una experta analista de Inteligencia y contraespionaje. No voy a dejarme embaucar en el drama ni el fracaso. Razono, pienso y me mantengo enfocada. Tengo muchos puntos fuertes que sumar».

Recordó la noche que mantuvieron el pasado fin de semana. Cenaron en casa de él. Fue una velada romántica que terminó en una pasión desatada.

—Quiero saber si hay alguien más —le preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Tú eres la espía, deberías de saberlo.

—Tu secretaria es muy atractiva.

Él miró callado su copa de vino. Luego alzó los ojos, mirándola fijamente.

—Ana, no hay nadie más. Pero, de verdad, ¿eso te importa?

—De momento no, pero quizá en un futuro.

Él sonrió.

—Es eso lo que yo quiero —dijo alzando su copa de vino—. Una relación estable.

Ana levantó a su vez su copa y la entrechocó con la de él.

—Por nuestro futuro.

Esteban dejó la copa a un lado de la mesa y se acercó a ella. Ambos acabaron abrazados en el sofá.

Vuelta en su despacho durante aquella mañana, se había dado cuenta de cuánto la necesitaba Esteban. Él era un hombre de edad y consumido, con muchos años cotizados como funcionario del Estado. Que estuviera al frente del ministerio en la próxima legislatura era muy dudoso. El presidente iba a realizar cambios en los ministerios. Su cabeza iba a rodar. Ella lo sabía por la información que manejaban en el CNI.

Sin embargo, Esteban era tan presumido que aparentaba que no era consciente de ello. Se aferraba a su puesto como un sirviente civil ya avejentado, usado, exprimido, pertrechado de su experiencia pasada, de sus títulos y buen porte físico, que presumía con sus trajes cortados a medida.

La idea de establecer una oficina en Nueva Delhi había sido inteligente, un plan muy bueno. Pero la operación emprendida contra David Ribas había sido un fracaso, ya predestinado antes de que Julián Fernández se lo advirtiera.

Tuvo que mantenerse serena, porque ahora tenía que ir a un aeropuerto privado a las afueras de Madrid a recibir a su hija, traumatizada por lo sucedido en la India.

¿Cómo explicarle que su padre era un traidor? ¿Cómo explicarle que todo había sido por culpa suya? ¿Cómo explicarle que la persona que le había salvado no existía?

29

Dejaron el Mitsubishi Montero escondido fuera de la carretera, entre la frondosidad de la vegetación salvaje y la oscuridad. Continuaron andando.

Estaban próximos a una reserva natural, cerca de Coimbatore, ciudad denominada como «la Manchester del sur de la India» debido a su industria textil.

El viento hacía estremecer el ramaje de las palmeras, convertidas en grandes sombras móviles en la penumbra de la noche.

Reptaron a lo largo de un muro de piedra que rodeaba la propiedad hasta la verja de la entrada principal. David hizo un gesto al aire con la mano para que se agacharan. Se quedaron observando la villa desde la posición en la que se encontraban.

—Voy a conectarme con Varun —susurró Laura. Sacó de su bolsillo una caja pequeña de auriculares y se puso en un oído un diminuto pinganillo, accionándolo.

—¿Y si realizamos alguna maniobra de distracción? —preguntó Óscar—. Ya que atacamos en la oscuridad, creo que lo mejor es aprovechar el efecto sorpresa.

—Lástima que no tengamos el equipo de visión nocturna —añadió Fabián.

—Lo que hagamos, debemos de hacerlo con rapidez —comentó David—. No dejarles analizar lo que está sucediendo. De este modo no sabrán quiénes les están atacando. Si no nos ven los rostros, se pensarán que es un comando indio. Y esto será un punto a nuestro favor, porque no saben cómo vamos a actuar.

—¿Y cómo sugieres que actuemos? —le preguntó Óscar.

—La mejor manera es ser impredecibles. No actuar de forma metódica como lo hacen las fuerzas de seguridad indias. Yo voy por el medio, vosotros por los laterales. De este modo les creamos una inseguridad: les daremos una percepción numérica mayor a la que en realidad tenemos.

—Estoy de acuerdo —dijo Fabián.

Laura escuchó por su pinganillo a Varun, que desde la sala de operaciones del Cervantes monitorizaba la operación. A su lado tenía a Julián Fernández, cruzado de brazos observando la pantalla central que retrasmitía en tiempo real las imágenes satelitales de la zona.

«Laura, Medusa no se encuentra en el interior. Ojo. Se aproxima un vehículo».

David tocó el hombro de Laura, y todos quedaron expectantes. Un Audi pasó por delante de ellos, y las luces largas atravesaron la enmarañada vegetación de bambúes, espesos matorrales, y el oasis de palmeras.

El claxon sonó. Un hombre apareció del interior de una pequeña puerta, apuntando con su fusil automático. Al reconocer al conductor, sacó un mando a distancia y accionó la verja, que se abrió de par en par. El rugido del motor del vehículo volvió a imponerse sobre el silencio de la noche, enfilando hacia el interior del camino que llegaba hasta la vivienda.

Laura hizo un gesto a Fabián y él corrió con su puñal de comando en la mano.

El guardia, tras accionar el mando a distancia de nuevo, quedó a la espera de que la puerta se volviera a cerrar. No pudo evitar la puñalada que recibió bajo el omoplato. Fabián le mantuvo amordazado al mismo tiempo con la otra mano, empujándolo contra el muro. Tras varios aspavientos, lo dejó caer en un lateral sin vida.

Laura, David y Óscar corrieron hacia la verja.

Un segundo guardia salió con su fusil por delante, alertado por el ruido de las pisadas sobre la gravilla. No tuvo tiempo de apretar el gatillo. Laura le disparó en la cabeza, cayendo hacia atrás.

Enseguida estaban todos dentro, moviéndose con rapidez en dirección hacia el edificio principal, iluminado por diodos led.

Conforme avanzaron, pudieron observar que era una vivienda de diseño moderno. Constaba de dos plantas.

«Laura, vais demasiado rápido. Tienen un sistema de seguridad con infrarrojos, lo vais a accionar».

Ella hizo un gesto a los demás tras escuchar a Varun.

—Tenemos que ir por el camino —anunció Laura.

—Desde ahí nos verán llegar —comentó Óscar.

—Tienen detectores por aquí en los jardines —dijo Laura.

En ese momento, Fabián se movió y sonó una alarma desde el interior del edificio.

—Nos has descubierto —dijo David levantando el fusil y matando a un hombre que salía con una pistola, dispuesto a disparar en la dirección en la que se encontraban.

El ataque al resto del contingente de seguridad no se hizo esperar. Salieron de la vivienda unas diez personas armadas con fusiles AK-47 y M-16.

Laura, David, Óscar y Fabián iban disparando sin parar de avanzar hacia adelante. Apuntaban, un disparo, un muerto cada vez.

Sorprendidos por el ataque, los hombres corrieron en desbandada

hacia el interior del edificio.

Un vehículo con sus ocupantes asomando sus armas por las ventanas se dirigió a toda velocidad hacia ellos.

—A las ruedas —gritó Laura.

David se agachó y apuntó a los neumáticos delanteros, que estallaron, lanzando trozos de goma al aire como una rueda de fuegos artificiales de feria. La llanta se hundió y el SUV se inclinó, volcando con estrépito.

Óscar y Fabián se acercaron y dispararon a los pasajeros antes de que salieran estos del vehículo.

Mientras, habían cerrado la puerta principal, recubierta por una plancha de metal sin ninguna característica exterior.

—Las bisagras están al otro lado —informó Fabián—. No tenemos explosivos para tirarla abajo.

—No hará falta —dijo David señalando el camión cisterna, utilizado para rellenar los depósitos de agua.

Óscar corrió hacia el vehículo, arrancó, pisó el acelerador al máximo y lo empotró contra la puerta justo cuando saltaba desde la puerta del conductor.

Toda la estructura se vino abajo. El camión continuó su renqueante marcha hasta volcar en una piscina.

—A mi señal —gritó Laura, entrando primero en la propiedad, observando todo a su alrededor con el fusil por delante—. ¡Ya!

Todos abrieron fuego mientras corrían para buscar refugio.

Las balas comenzaron a silbar alrededor. Ellos continuaron avanzando mientras disparaban y tomaban posiciones.

Habría quince o veinte hombres fuertemente armados; tenían municiones y estaban preparados para el combate de guerrilla.

David se tomó un momento para observar el lugar. Vio la figura fantasmal de una persona situada en el balcón de la habitación central. Hizo una señal a Laura, indicándole que aquel pudiera ser el objetivo. Ella asintió, sin dejar de disparar.

Los dos se pusieron a cubierto cuando las balas impactaron contra las columnas que tenían delante. Enseguida estalló una granada, que lo único que consiguió fue que la metralla destrozara las paredes y los cuerpos tendidos.

Tras la explosión, les pitaron los oídos. Laura se quitó el pinganillo y gesticuló para que el sistema auditivo volviera a la normalidad.

David no permitió que esto le distrajese e hizo un gesto a Laura de continuar. Levantó el fusil y disparó una ráfaga, matando al terrorista que se disponía a lanzarles una segunda granada de mano. Laura se puso de vuelta el pinganillo.

—Varun, ¿me oyes? —dijo ella. Todavía tenía los tímpanos dañados. Aun así, el pinganillo parecía no funcionar. La transmisión

había sido dañada.

En el extremo opuesto, Fabián y Óscar se levantaban del suelo, apuntando hacia delante.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar.

—Maldita sea, cuánto echo de menos tener las gafas de visión nocturna —contestó Fabián con voz amarga.

—Solo me queda un cargador —dijo Óscar, cogiendo uno de repuesto de la bolsa enganchada al chaleco y cambiándolo en el fusil.

Los terroristas comenzaron a hacerles frente uno a uno, haciendo uso de la preparación recibida en guerrilla urbana.

Fabián por un lado, Óscar por el otro. Intentaban evitar el fuego cruzado, haciéndose gestos para ir avanzando.

Por el otro lado de la propiedad, Laura iba en paralelo a David, decidido a hacer frente a Medusa.

—Debemos darnos prisa o se nos escapará.

Los terroristas caían, sujetándose sus heridas, y luego eran rematados para evitar que les dispararan desde el suelo de forma traicionera.

Uno cayó desde el balcón de la planta principal, disparando sin cesar a diestro y siniestro, hasta que su cuerpo impactó en el suelo.

De repente, sintieron que los terroristas habían aflojado los disparos.

Laura hizo un gesto a David: solo quedaban dos hombres armados.

—Haré una cortina de fuego y tú corres hacia adelante. Te daré una ventaja de cinco segundos.

David levantó el pulgar. Ella disparó sobre el muro donde estaban parapetados los terroristas y David salió corriendo hacia un lateral. A los cinco segundos, Laura corrió a su encuentro. Entonces él los vio, se lanzó al suelo y tomando posición, disparó una y otra vez, matando a los dos.

Después de cruzar la zona del jardín, entraron por la puerta de la vivienda, accediendo a un largo pasillo. Dos hombres grandes y barbudos se abalanzaron sobre ellos con cuchillos e increpándoles en árabe, enseguida cayeron acribillados por las balas.

Laura hizo un gesto a sus operativos, Fabián y Óscar: sin dilación recorrieron la planta principal; varias oficinas, una amplia cocina, un comedor. Nada.

Volvieron al encuentro de Laura y David, que permanecían apuntando sus fusiles hacia la primera planta.

Laura escuchó la voz con tono electrónico y distorsionada de Varun: «Arriba, arriba. Segunda puerta a la izquierda. Ahí está Medusa. Tiene una pistola». Ella hizo una serie de gestos al aire informando a todos en dónde el objetivo se encontraba y que este estaba armado.

Subieron con rapidez por las escaleras a la primera planta, apuntado en todas las direcciones, en alerta por cualquier inesperado ataque. Al llegar, había una hilera de habitaciones, el suelo estaba enmoquetado, amortiguando cualquier ruido.

Laura hizo un gesto a los demás, indicándoles la habitación.

Empujaron la puerta y entraron los cuatro con brusquedad, dispuestos a disparar a quienes les representaran una amenaza.

De pie estaba Najeem Hosseini, el hombre que se hacía llamar Medusa. Iba vestido con un tradicional *disdasha* blanco. A diferencia de los otros hombres, él no tenía ni sombra de barba.

—Suelta el arma —gritó David.

Él tuvo que tragar saliva antes de poder hablar.

—¿Quiénes sois?

—Eso no te importa —le espetó Laura—. Haz lo que te han dicho. Tira la pistola.

Medusa no solo estaba nervioso, sino que presentaba síntomas evidentes de estar dominado por la tensión.

—Habéis venido por la hija de Arturo Ferrer. Es eso, ¿verdad?

—Hemos venido para evitar que una persona como tú siga haciendo el mal.

—Entonces, no me lo niegas. Ese Arturo nos engañó.

—Puede que quisiera acercarse demasiado a las hienas, y al final estas acabaron destrozándole. ¿Es así? Queríais información secreta para materializar vuestros propósitos. ¿Es esto lo que tú y tu calaña pretendíais?

—Pagasteis por el engaño que nos hizo Arturo. Nuestro ataque al CNI fue un éxito que no podéis negar. No vamos a llevar la paz a Europa. ¿De qué nos serviría?

—Felicidad —contestó a su vez David—. Pero bueno, ya sabemos que la prosperidad no está entre vuestros objetivos. Sino la desesperación y el sufrimiento, ¿verdad?

—Eso que mencionas solo es para la carne. La guerra saca el coraje de las personas. La paz, nada.

—Claro —intervino de nuevo Laura—, y vuestro propósito es que todo el mundo acepte cómo queréis que vivamos. Nada de democracia, ¿para qué? Todos sometidos a la voluntad de Alá. Y una buena dosis de *sharía* bien impuesta. ¿No es así?

Él se rio, divertido.

—¿Vais a seguir de cháchara mucho tiempo? —murmuró Fabián sin quitar la frente de Medusa en la mira de su fusil—. Se me está entumeciendo el brazo.

—Sois todos unos infieles estúpidos, con el alma atrofiada —espetó Medusa.

—Y tú eres una excrecencia humana —replicó Laura—. Un matón

de poca monta. El Corán que tanto presumes que sigues prohíbe tajantemente el suicido, pero tú no tienes reparos en engañar a jóvenes a inmolarse, a cometer actos terroristas o dejarse matar por la policía.

—Mártires. Se llaman mártires. Algo que vosotros los occidentales nunca comprenderéis.

—Y dale —enfatizó Laura—. Te aprovechas de la fe religiosa de los jóvenes para obtener tus metas.

—No lo entiendes. Y aunque así fuera, tenemos una fuente ilimitada de gente joven dispuesta a convertirse en mártires. Ten por seguro que más pronto o más tarde en vuestro país y el resto de Europa se producirán ataques coordinados que harán que os pongáis de rodillas, claudicando ante el islam.

—Puedes dejar de pretender con nosotros —dijo David—. Tirarás la pistola y te pondrás de rodillas.

Él podía leer perfectamente el rostro de Medusa. No iba a tener una reacción condescendiente, al contrario. Los cuatro le apuntaban a órganos vitales de su cuerpo.

Medusa asintió.

—De acuerdo. Basta de interpretaciones. Pero les advierto que más gente como yo se infiltrará en vuestras instituciones. Trabajarán en la sombra, estarán dentro de vuestro círculo y poco a poco dominarán los puestos de los altos cargos. Entonces, serán ellos quienes realizarán la mejor interpretación, ensayada previamente durante años. Cuando comience a llegar ese día, vosotros no seréis más que meros espectadores.

—Suelta el arma —gritó Laura—. Te lo hemos dicho antes. Luego podemos seguir dialogando todo lo que quieras. Túmbate en el suelo bocabajo muy despacio.

El pánico circulaba bajo su piel, y esto era indicio de que sus acciones no iban a ser positivas. Pudieron observar cómo su párpado derecho comenzó a palpitar de forma frenética. Medusa se puso de cuclillas muy despacio, pero no soltaba la pistola de su mano. No vaciló, levantó el arma. La primera bala le perforó la cabeza, su cuerpo acabó acribillado por las ráfagas hasta caer al suelo.

Ella se aproximó a su cuerpo.

—Un terrorista vivo puede decirte cosas, como dónde, cuándo, quién más hay implicado, etcétera. —Le tomó una foto con su móvil. Luego le cogió el dedo anular y lo juntó a la pantalla digital. Se encendió una luz verde, anunciando que el escaneado se había completado de forma satisfactoria.

—No hubo otra opción —señaló David—. Él no hubiera permitido que lo secuestráramos, de lo contrario, hubiera soltado la pistola. Sabía lo que hacía.

—Así es. —Señaló a sus operativos y ordenó—: Registrar todo y larguémonos cuanto antes.

Fabián y Oscar se apresuraron en recorrer la estancia. Se metieron en los bolsillos teléfonos móviles, varios *pendrives* que vieron sobre un escritorio y un disco duro.

David, que permanecía junto a la ventana vigilando el exterior, escuchó el sonido de las sirenas. Enseguida vio a lo lejos una fila de luces que se dirigían hacia ellos.

—Vámonos de aquí ya —les ordenó—. La policía está por llegar.

Los cuatro salieron corriendo escaleras abajo y emprendieron el camino de vuelta a toda velocidad.

Corrieron hacia el exterior. Se subieron al Mitsubishi Montero. Tenían que alejarse del lugar cuanto antes, de lo contrario, transmitirían sus movimientos y más policías les bloquearían la carretera sin poder llegar al aeropuerto de Tiruchirappalli.

La calle se volvió recta. Una fila de *jeeps* de la policía con las luces de emergencia parpadeando, se acercaba a ellos en dirección contraria.

—Agachad la cabeza —les advirtió Óscar, disminuyendo la velocidad.

Cuando pasó el convoy vieron que les acompañaba un vehículo acorazado del comando de respuesta antiterrorista.

Óscar apretó el acelerador a fondo. Conducía a gran velocidad cuando de repente dio un volantazo desesperado, derrapando sobre el asfalto.

—¡Agachaos! —gritó.

Una ráfaga de disparos cruzó los cristales de las ventanas, rompiéndose en mil fragmentos. Fabián respondió al tiroteo sacando su rifle y disparando ráfagas al tuntún.

—Fuera, fuera —gritó Laura.

Ella se lanzó al asfalto, rodando y tomando posición de tiro, disparando contra el vehículo que bloqueaba la carretera y desde donde estaban parapetados cinco hombres que les atacaban. David, Fabián y Óscar hicieron lo mismo.

Un disparo dio de lleno en el pecho a Fabián, cayendo al suelo. Laura corrió a su encuentro, disparando y matando a dos terroristas.

David vio a un terrorista acercándose por un lateral con la intención de pillarles por sorpresa, levantó el arma y disparó.

Óscar corrió hacia el frente, a pocos metros del coche de los terroristas, para dar cobertura a Laura y Fabián, crepitando una ráfaga tras otra desde su fusil, vaciando un cargador. En el momento que recargaba, había cesado el movimiento de los terroristas. Todos estaban muertos.

Tanto el vehículo de sus atacantes como el Mitsubishi Montero

habían quedado como auténticos coladeros.

Fabián se levantó con un fuerte dolor en el pecho, aun así seguía vivo gracias al chaleco antibalas.

—Vamos, vamos —gritó Óscar, tomando asiento de nuevo frente al volante y arrancando.

Los demás entraron de forma precipitada.

Óscar aceleró al máximo, haciendo rugir el motor, embistiendo al todoterreno que bloqueaba la calzada y apartándolo hacia la cuneta, consiguiendo huir de la zona, enfilando recto por la carretera.

A lo lejos, por atrás, aparecieron otros faros.

—La policía —anunció Fabián.

Comenzó a salir humo por el capó.

—No os preocupéis que llegaremos —dijo Óscar.

La noche comenzaba a aclarar, lo cual reduciría las probabilidades de salir sin ser detenidos por las fuerzas de seguridad indias.

El guardia de seguridad junto a la valla les abrió la puerta, accediendo a la pista del aeropuerto. Alertado del regreso, el piloto puso en marcha el Gulfstream.

Todos salieron con apremio del vehículo. Óscar sacó de uno de los bolsillos de su pantalón cargo un espray vaporizador y roció el interior del Mitsubishi Montero para evitar la lectura de las huellas dactilares que hubieran dejado.

Fabián recogió el arma y el chaleco de David, y se despidió de él con un fuerte apretón de manos y un afectuoso abrazo. Óscar hizo lo mismo. Los dos entraron al interior de la aeronave cargados con las bolsas del equipo táctico.

—Te lo he mencionado en otras ocasiones, David —le dijo Laura—. Ven a España con nosotros. —Él se sentó en el sillín de su motocicleta y la arrancó. Guardaba silencio sin saber qué decir. Ella preguntó—: ¿Sabes en qué consiste la vida? Es poder disfrutarla en cada momento.

—Laura, yo lo hago.

—¿Aquí? ¿En la India? ¿Entre tanta miseria, dolor, maldad?

—Tú sabes que he tomado la elección de vivir como lo llevo haciendo desde hace años. Cuando llegué por primera vez, no me gustó este mundo, pero ahora sí. Conforme pasa el tiempo, cada desencanto vivido en el pasado, cada desilusión, cada decepción, se convierte en un empuje para continuar viviendo en este país.

—David, voy a ser sincera contigo. Cada vez que te veo es como ver a personas morir. Me recuerdas que la muerte te está esperando. No quiero que un día me den la noticia.

—En este país la vida te maneja a su antojo. Es lo que más me gusta y me anima a seguir adelante, Laura. No puedo irme a España. Mi mundo es este. Sube al avión que te están esperando. No hay tiempo que perder.

—¿Lo haces por Cristina?

—No lo puedo negar, ni esconderlo, no puedo suprimirlo. Sus últimos días fueron en este país y yo seguiré manteniendo vivo su recuerdo dentro de mí. Cuídate —contestó, alejándose con la moto.

Ella subía por las escaleras cuando le gritó:

—Cuídate tú también, y mucho.

Él respondió levantando el brazo al aire al tiempo que aceleraba y cruzaba la pista hasta salir del aeropuerto.

EPÍLOGO

Al cabo de unas horas, David Ribas estaba sentado en el suelo de un vagón de carga, con un pie levantado sujetaba la puerta abierta. El aire fresco del exterior le daba en el rostro. Observaba el paisaje pasar a gran velocidad. Junto con cajas y sacos de mercancías, su moto permanecía de pie en un lateral atada con cintas a la estructura metálica del vagón

En la periferia de Bombay le esperaban los habitantes de unas chabolas. En aquellos descampados llenos de mosquitos, junto a vertederos de basura, con millones de ratas, cientos de perros callejeros y muchos cerdos salvajes, matones a sueldo de políticos querían echar a las familias sin futuro, sin esperanza.

Los promotores inmobiliarios se habían apropiado de los terrenos y querían hacer todo lo posible por echar a la fuerza a la gente que habitaba en las chabolas.

La única persona que podía impedir las demoliciones y los reasentamientos era Hassena, quien, entre otras medidas, confiaba en las habilidades de David para hacer frente a los matones que atemorizaban a la gente. Mientras, ella urdía planes para revertir las órdenes judiciales y poner fin a las excavadoras que aplastaban viviendas de bambú, chapa, lona, de ladrillos y piedras sueltas.

Los habitantes pobres de Bombay eran invisibles a ojos de la justicia, que los consideraba vergonzosos y culpables de la decadencia de la ciudad. Así era el centro financiero de la India, la capital del cine comercial popularmente llamado Bollywood, la masiva meca de coloridas películas de heroísmo, romance, peleas y bailes, donde a menudo el argumento no tenía mucho sentido o ninguna lógica.

La respuesta de Bombay a Hollywood constituía una compleja producción audiovisual que solía ser motivo para que los actores trabajaran simultáneamente en varias películas a la vez. La razón estaba en que el rodaje de una de ellas se pausaba para obtener más financiación. De este modo entraban más fondos, en muchos casos del lavado de dinero por parte de redes criminales a través de complejas empresas extranjeras y filiales indias.

A ojos del occidental podía interpretarse todo lo que sucedía en el país del sudeste asiático como una abominación, pero aun así, la manifestación de la cultura popular india actual más importante

producía momentáneas punzadas de esperanza y de alegría.

Tumbado en el suelo del vagón, con la puerta abierta, levantó los ojos hacia el cielo. Creyó ver una visión ante sus ojos. Pero no era más que lo que él creía ver. Su mente estaba desbocada, haciéndole ver locura y muerte. Tenía que saber controlarla. No debía dejarse precipitar en siniestros pensamientos. Se mesó el cabello con los dedos, respiró hondo. «¿Qué me importa si la muerte orbita a mi alrededor? Ya sabré esquivarla, como lo llevo haciendo desde hace tiempo», pensó aclarándose la garganta.

David pasó horas de tranquilidad y reflexión, admirando el paisaje, estampando en su corazón las imágenes que veía pasar y que sabía que nunca más se reproducirían. El mundo estaba en constante cambio. Nada volvería a ser igual. Se reafirmó en su decisión de seguir adelante en la vida.

* * *

EN UN LUGAR DE ISRAEL, en un centro de internamiento, Lior Allon permanecía inmóvil tumbado en la cama de su dormitorio con la mirada fija en algún punto de la oscuridad. Mientras el centralizado aire acondicionado ronroneaba, pudo escuchar las pisadas del militar que le vigilaba aquella noche alejándose por el corredor. Después, oyó el lejano chasquido del cerrojo. «Ya ha salido del bloque. Ahora es el momento», se dijo a sí mismo.

Se inclinó y permaneció sentado en el borde de la cama, con los pies descalzos sobre el suelo de cemento gris de su habitación. Por un instante sintió un dolor en el estómago. Y un tenso palpitar en el cráneo. No estaba bien. No, no estaba bien.

La tortura sometida en Irán y su posterior traslado al Líbano, como pieza de regalo a Hizbulá, lo habían destrozado física y psicológicamente. Pero a pesar de esto, debía vencer la situación en la que se encontraba a fuerza de voluntad. Al menos por una última vez en su vida.

Hizo un esfuerzo por olvidar el dolor, aislándolo en un rincón de su cerebro. Su impaciencia por escapar no debería de traicionarle. Llevaba preparando su fuga desde hacía tiempo. Era esa noche o nunca lo lograría. Se puso las zapatillas.

«Si pensáis que merezco estar encerrado en este lugar por más tiempo, porque dudáis de mi persona, habría sido mejor que me hubierais puesto en una prisión de máxima seguridad». «Con los años que he dado como espía por este país, arriesgando mi vida en incontables ocasiones, no merezco este trato tan injusto como vejatorio. No deberíais de haber cuestionado mi lealtad. Esto es insoportable. No es vida».

Con la sangre palpitando aceleradamente en sus sienes, se puso de pie y se dirigió al cuarto de baño. No encendió el interruptor, ya que la luz se podía ver desde el exterior a través de la ventana.

Como tenía memorizadas las dimensiones, se acuclilló frente al lavabo, se giró y metió la mano por detrás. Sacó unas tijeras metálicas. Hacía unas semanas el psicólogo le planteó diversos métodos para mantener la mente relajada y le propuso emplear parte de su tiempo libre haciendo alguna actividad manual.

Lior propuso el textil, pero como implicaba artículos punzantes como agujas, lo desestimó. Entonces, Lior le insistió con el ganchillo, argumentando que los ganchos no eran peligrosos. Además, dijo que su madre le había enseñado cuando era pequeño porque tejía manteles, caminos de mesa, fundas de cojín, telas para cubrir los posabrazos de los sofás, posavasos y tantos otros artículos, que luego vendía en Jaffa Flea Market. El psicólogo lo mencionó al jefe de sección y este se quedó un tanto sorprendido, hasta soltó algún comentario jocoso, pero si su mente permanecía relajada y esa actividad le ayudaba, daría su visto bueno.

Durante mucho tiempo Lior estuvo haciendo esta manualidad, hasta que un día escondió las tijeras. Al ser cuestionado, él adujo que en la caja no estaban. Registraron su habitación. Al no encontrarlas, los guardias dedujeron que el asistente encargado de entregarle el material las habría extraviado en la habitación dedicada a los artículos de manualidades. Las tijeras fueron reemplazadas, y para no despertar suspicacia, Lior dejó pasar un mes hasta el día de su fuga.

Lo había estudiado todo minuciosamente. Había pasado mucho tiempo elaborando el plan y puliendo en su mente cada detalle.

Se subió a una silla. Con las tijeras, desenroscó los tornillos del panel metálico contrachapado sobre la cavidad del techo, lugar de entrada de tubos con cables y de cañerías de agua caliente y fría. El edificio era tan antiguo que databa del mandato británico de Palestina.

Con gran esfuerzo consiguió auparse, quedando con medio cuerpo colgado. Su tiempo de encierro le había debilitado. Pero en el último momento consiguió subir todo su cuerpo, agarrándose con fuerza a una tubería.

El aroma del aire fresco de la noche se colaba por el boquete. Continuó reptando por la superficie húmeda hasta que encontró el lado que daba al exterior.

Con las tijeras, raspó el estuco alrededor de la chapa de ventilación. Podía oler y respirar el aire del exterior, aquello le dio fuerzas. Cuando terminó lo empujó hasta caer al otro lado.

Asomó la cabeza. Había una distancia de seis metros hasta el suelo. Se agarró bocabajo de una tubería adherida contra la pared. Dobló el

cuerpo, sacando las dos piernas en paralelo a la tubería, agarrando la superficie fría con la planta de sus zapatillas.

Poco a poco, aferrándose a la tubería, fue bajando hasta saltar sobre la hierba. Se quedó inmóvil, jadeando, observando los alrededores, sopesando el siguiente paso en su plan de fuga.

A lo lejos, escuchó un ruido de neumáticos. Conocía muy bien el lugar. El edificio donde le habían encerrado estaba cerca de la Ruta 60, que cruzaba la ciudad de Tawara. Su objetivo ahora era llegar a la ciudad de Itamar.

Se irguió, pero enseguida sintió un tremendo dolor en su organismo. Se tocó las sienes, que le martilleaban. Por un momento, sintió que no contaba con las fuerzas necesarias para continuar. Faltaban cuatro horas para que comenzara a amanecer. No tenía que perder ni un minuto.

«Si no consigo huir, perderé lo único que ya me queda, la dignidad como ser humano. No debo permitir que nadie consiga aniquilármela. Es mi bien más preciado».

La luz de una ventana próxima se encendió, iluminando su rostro, pegó un respingo, ocultándose en la oscuridad. Su temeraria necesidad de huir le impulsó a seguir adelante.

Llegó a la valla que rodeaba el perímetro. Estiró la mano hacia adelante, se colgó, con mucho esfuerzo consiguió sentarse a horcajadas en la barra superior, se puso de costado, se balanceó hacia afuera y se dejó caer.

Ya estaba fuera.

Se había convertido en un fugitivo.

Miró hacia atrás. La ventana de su habitación, en la segunda planta del edificio, estaba a oscuras. Dentro, sobre la superficie del escritorio, había dejado una nota de máxima importancia para Laura García: las vidas de innumerables personas inocentes dependerían de lo que hiciera ella.

FIN



Puedes encontrar todas las novelas de la serie David Ribas aquí:
Serie David Ribas

NOTA DEL AUTOR

Querido lector:

Al igual que los anteriores títulos de la serie de David Ribas, los acontecimientos narrados en esta nueva entrega, como nombres, lugares e incidentes, son enteramente producto de la imaginación del autor, así como los personajes que los protagonizan. Esta es una novela de entretenimiento y como tal ha de leerse. Cualquier parecido con la realidad, personas vivas o muertas, hechos u organismos, es meramente coincidencia.

Quisiera mencionarte que la mejor recompensa para mí como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de EL ESPÍA RENEGADO.
Para mí es de suma importancia tu opinión, ya que esto me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra.

Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

A continuación te comparto los enlaces de Amazon donde podrás escribir tu opinión:
Amazon.com
Amazon.es
Amazon.com.mx

Muchas gracias.
Alfredo



ÍNDICE